

LA GUERRA
DE ALFA DEL
CENTAURO



SALVADOR RANGEL ABUD

La guerra de Alfa del Centauro

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Ur, capital del imperio acadio, tercer milenio antes de nuestra era. La suma sacerdotisa Enheduanna es la hija de Sargón el Grande y el verdadero cimiento de su poder: posee un don de adivinación que el pueblo atribuye a Inanna y que ningún general ni consejero ha logrado cuestionar sin equivocarse. Pero en la corte de Ur hay hombres que llevan años midiendo el peso de ese don con la única balanza que conocen, la del resentimiento, y uno de ellos está a punto de actuar.

Lo que comienza como una crisis política en el corazón del imperio más poderoso de su tiempo se convierte, página a página, en algo que ninguno de sus protagonistas habría sabido nombrar al principio, y que el lector irá comprendiendo mucho antes de que los propios personajes encuentren las palabras para hacerlo. Porque detrás de la ambición de un general, detrás del don de una sacerdotisa y detrás de la arquitectura de un zigurat que nadie ha mirado con suficiente atención, hay algo que lleva más tiempo en este mundo de lo que cualquier crónica sumeria se atrevería a registrar.

La exaltación de Inanna es el texto literario con autoría conocida más antiguo de la historia de la humanidad. Esta novela propone una explicación de por qué existe.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene violencia política y militar en el contexto de un golpe de Estado ambientado en la antigüedad, escenas de destierro y supervivencia extrema en el desierto, tensión psicológica derivada de la pérdida súbita de una capacidad cognitiva central, y referencias a posesión o control mental en el marco de la ficción. Contiene también una escena de hemorragia y colapso físico durante un ritual de esfuerzo extremo. No contiene contenido sexual, gore explícito ni violencia gratuita. Es una novela de ciencia ficción histórica con fuerte componente filosófico y psicológico, apta para lectores adultos y jóvenes adultos.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Nacido en México con raíces en Xalapa, Veracruz, su obra literaria abarca más de doscientas dos novelas publicadas en géneros que van de la narrativa histórica y la ciencia ficción filosófica a la novela coral didáctica, la narrativa genealógica y la ficción contrafactual. Su trabajo como escritor independiente explora de manera sistemática la intersección entre el rigor del dato histórico y la libertad de la imaginación narrativa, con especial

atención a los momentos en que la historia oficial deja huecos que solo la ficción puede habitar con honestidad. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La guerra de Alfa del Centauro

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Ciencia ficción histórica

Subgénero: Ciencia ficción especulativa con base arqueológica y mitológica

Extensión: Prólogo + 15 capítulos + Epílogo

Ambientación: Ur, capital del imperio acadio, y desierto mesopotámico. Tercer milenio antes de nuestra era

Idioma: Español

Primera edición: 2026

País de origen: México

Licencia: CC BY-NC-ND 4.0

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que la arqueología lleva décadas rozando sin responder del todo: ¿por qué Enheduanna, suma sacerdotisa de Ur e hija de Sargón el Grande, es la primera autora con nombre propio de la historia de la humanidad, y por qué el texto que le sobrevive, La exaltación de Inanna, tiene una estructura tan inusualmente precisa para un himno religioso de su época? Hay en ese texto una arquitectura interna que los especialistas han descrito como matemáticamente rigurosa, una repetición de patrones que va más allá de lo que la mera liturgia exige. Esta novela toma esa anomalía en serio y propone una respuesta que no es la que los arqueólogos esperarían, pero que tampoco descarta nada de lo que la evidencia histórica establece. Enheduanna existió. El golpe de Lugalanne contra ella está documentado. La exaltación de Inanna existe y puede leerse hoy. Lo que ocurrió entre el golpe y el himno es el territorio donde esta novela construye su mundo.

LICENCIA

Esta obra está publicada bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción y distribución no comercial del texto íntegro siempre que se cite al autor y la fuente. No se permite la modificación, transformación ni creación de obras derivadas sin autorización expresa del autor.

PALABRAS CLAVE

Enheduanna, Sargón el Grande, Ur, Sumeria, Akkad, Lugalanne, zigurat, diadema, primer contacto, civilización extraterrestre, Alfa Centauri, ciencia ficción histórica, mitología sumeria, La exaltación de Inanna, Inanna, don de la adivinación, destierro, desierto mesopotámico, nómadas, golpe de Estado, posesión, himno cifrado, protocolo de defensa, autora más antigua, texto más antiguo

TEMAS PRINCIPALES

El mito religioso como memoria distorsionada de un hecho tecnológico real, y las consecuencias de tomar esa distorsión en serio como hipótesis narrativa. El poder político construido sobre un don incomprendido, y la fragilidad de ese poder cuando el don desaparece de manera súbita. La diferencia entre sobrevivir y seguir siendo uno mismo, explorada a través del destierro de Enheduanna y su recuperación entre los nómadas del desierto. La creación artística como acto de transmisión urgente, cuando el poema no es decoración sino instrumento y el lenguaje se convierte en código porque ningún otro canal está disponible. La fe religiosa como marco de comprensión legítimo para fenómenos que la ciencia de una época no puede procesar, y la dignidad de ese marco aunque su vocabulario no sea exacto. La ambición como vulnerabilidad explotable, y la manera en que las fuerzas que manipulan a los hombres eligen siempre el resentimiento que ya existía antes de intervenir. El legado como decisión consciente de plantar algo para quienes vendrán, sin saber si llegarán a tiempo ni si sabrán leer lo que se les dejó.

CITAS DESTACADAS

"La diosa le había concedido un don que ningún otro mortal poseía: ver, a través de los velos del tiempo, lo que aún no había sucedido."

"Ningún don de los dioses llega sin condiciones, y que tarde o temprano toda deuda se cobra."

"El resentimiento llevaba ya tiempo buscando algo más que un consejo de guerra donde desahogarse. Buscaba, sin que nadie lo dijera todavía en voz alta, una voz propia que le respondiera."

"Un escriba que copia sin entender no es un escriba. Es una herramienta."

"La pérdida no se parecía a la paz sino a una herida abierta de par en par."

"Lo que ella necesita ser esta noche no lo decidimos nosotros. Seguimos."

"Habremos sido la civilización que escribió el himno más largo de su historia para un enemigo que no llegó a tiempo para leerlo. Y eso me parece una manera bastante digna de haber gastado la arcilla."

COMPARACIONES LITERARIAS

Por su tratamiento del hecho histórico documentado como punto de partida de una especulación rigurosa y no como mero decorado, esta novela dialoga

con la tradición de Arturo Pérez-Reverte en obras como *El club Dumas* y *La tabla de Flandes*, donde el dato real y el artefacto histórico se convierten en los verdaderos protagonistas de la trama. Por su voluntad de reinterpretar la mitología antigua como posible recuerdo de un contacto tecnológico real, se aproxima a la línea especulativa que Erich von Däniken popularizó y que la ciencia ficción de rigor ha explorado con mayor solvencia narrativa en obras como *Contacto*, de Carl Sagan. Por su densidad psicológica y su atención al costo físico y emocional de los poderes excepcionales, comparte algo con la tradición de la fantasía histórica de Guy Gavriel Kay, en particular de *El tapiz de Sarantine* y su tratamiento del Bizancio tardío como espacio donde lo humano y lo trascendente se rozan sin explicarse mutuamente. Por su estructura de revelación tardía, en la que el lector comparte con los personajes la incertidumbre sobre la naturaleza real de lo que está ocurriendo hasta los últimos capítulos, la novela se acerca a la narrativa de primer contacto de Ted Chiang en *La historia de tu vida*, donde la revelación no anula el misterio sino que lo traslada a otro nivel.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿En qué medida la novela cambia la manera en que el lector lee o podría leer *La exaltación de Inanna* como texto histórico real, y qué dice eso sobre la relación entre la ficción especulativa y el conocimiento arqueológico?

¿Por qué Lugalanne no es presentado como un villano simple sino como un hombre cuyo resentimiento era legítimo antes de que algo externo lo amplificara? ¿Qué consecuencias tiene esa complejidad para la manera en que leemos su traición?

¿Qué revela la convivencia de Enheduanna con la tribu nómada sobre la diferencia entre el poder institucional y el poder personal? ¿En qué sentido los nómadas la devuelven a sí misma antes de que pueda devolver algo al mundo?

¿Cómo interpreta la novela la relación entre el arte y la urgencia? ¿Es el himno de Enheduanna una obra de arte que también es un instrumento, o un instrumento que también es una obra de arte, e importa la distinción?

¿Qué papel juega Ur-Namma como figura de sabiduría práctica frente a la sabiduría institucional que Enheduanna representa? ¿En qué se parecen y en qué se diferencian sus maneras de entender el mundo?

¿Qué significa que la novela mantenga el lenguaje religioso hasta el capítulo catorce? ¿Es una estrategia narrativa, un acto de respeto hacia la cosmología de los personajes, o ambas cosas?

¿Qué queda de la historia si se elimina el componente extraterrestre? ¿Sigue siendo una historia sobre el poder, la pérdida y la creación, o depende de ese componente para sostenerse?

CÓMO CITAR

APA (7.^a edición): Rangel Abud, S. (2026). La guerra de Alfa del Centauro. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA (9.^a edición): Rangel Abud, Salvador. La guerra de Alfa del Centauro. Internet Archive, 2026. <https://archive.org>

Chicago (17.^a edición): Rangel Abud, Salvador. La guerra de Alfa del Centauro. Internet Archive, 2026. <https://archive.org>

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas dos novelas publicadas, entre las que destacan: El Continuum de Antemóesa, novela de ciencia ficción filosófica ambientada en el mar Egeo que reinterpreta el mito de las sirenas como posible recuerdo de un primer contacto; El último rojo del Soviet, novela didáctica ambientada en la Ciudad de México en estilo Vargas Llosa; Una España siempre en llamas, novela coral sobre la familia Pereda Samaniego a través de la guerra civil española y el siglo XX; Las voces de la razón, novela coral ambientada en un seminario de La Sorbona; La sangre del norte, novela histórico-genealógica que traza el linaje del Barón von Wrangel hasta la familia Rangel Abud en Xalapa; La república que pudo haberse sembrado, novela histórica contrafactual sobre México desde Juárez hasta el presente; Aquiles, el señor de los barcos negros, novela histórica desmitificada sobre la guerra de Troya y el colapso de la Edad del Bronce; y Esto es lo que hicimos de México, novela coral sobre la historia nacional desde sus siete ejes temáticos fundamentales.

MENSAJE FINAL

La guerra de Alfa del Centauro es una invitación a mirar los textos más antiguos de la humanidad no como reliquias de una ingenuidad superada, sino como documentos que guardan, bajo la única forma de verdad que cada época puede sostener, algo que ocurrió y que no tenía nombre entonces y quizás no lo tiene del todo ahora. Enheduanna existió. Compuso un himno bajo circunstancias que la historia documenta como traumáticas y extraordinarias. Ese himno sobrevivió cuatro mil años. Esta novela se pregunta por qué un texto así sobrevive cuando tantos otros se pierden, y propone que quizás la respuesta no tiene que ver solo con la belleza del lenguaje sino con la naturaleza de lo que ese lenguaje, sin que nadie lo supiera del todo, estaba haciendo. Si el lector termina estas páginas mirando de otra manera la próxima vez que encuentre el nombre de Enheduanna en un manual de historia de la literatura, esta novela habrá cumplido con creces lo que se propuso.

ÍNDICE

PRÓLOGO:	Ur en el cenit de su gloria
CAPÍTULO 1:	El don de la suma sacerdotisa
CAPÍTULO 2:	La sombra bajo la piel
CAPÍTULO 3:	Grietas en el imperio
CAPÍTULO 4:	El asalto al sanctasanctórum
CAPÍTULO 5:	El día en que la diosa enmudeció
CAPÍTULO 6:	El destierro y la ceguera
CAPÍTULO 7:	La voz de las dunas
CAPÍTULO 8:	El templo profanado
CAPÍTULO 9:	Sueños de un mal sin nombre
CAPÍTULO 10:	El precio de romper el silencio
CAPÍTULO 11:	La cueva de medianoche
CAPÍTULO 12:	El himno prohibido
CAPÍTULO 13:	El grito que sangra

CAPÍTULO 14: El descenso de Inanna

CAPÍTULO 15: La batalla de Ur

EPÍLOGO: El legado tallado en arcilla

LA GUERRA DE ALFA DEL CENTAURO

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

Ur, capital religiosa del imperio acadio — años de esplendor de Sargón el Grande

Para los hombres y mujeres de hace casi 5 milenios, los dioses no eran una idea ni una costumbre heredada de los abuelos: eran una presencia tan real como el limo que el Éufrates dejaba cada año sobre los campos.

Cada mañana, en algún rincón del imperio Acadio, un haruspex como le llamaban a los adivinos de las entrañas animales, inclinado sobre el hígado todavía caliente de un cordero sacrificado leía en sus pliegues la voluntad de lo alto, y nadie a su alrededor dudaba de que aquella lectura fuera tan exacta como el curso de las estrellas. Los sueños que tenían los que se hacían llamar videntes, se contaban al despertar con la misma seriedad con que se contaba una orden del rey, porque un sueño podía serlo.

Y existía, además, una tercera vía, la más temida y la más venerada de todas: la posesión directa de un cuerpo humano por la voluntad de un dios, que podía tomar para sí la voz, la mirada y la mano de un mortal, para bien o para mal, sin pedir permiso ni dar explicaciones a quien lo habitaba. Nadie en Sumeria o en el territorio Akkad habría puesto en duda esa posibilidad. La habrían temido, sí. Pero no la habrían negado.

El propio Sargón, que antes de ser Rey servía copas al anterior Rey Kish, debía su trono, según contaban los cantores en cada plaza del imperio, a un destino

tejido por manos que no eran humanas. Decían que había nacido de una sacerdotisa y de un padre que nadie nombraba jamás, que su madre lo había confiado de recién nacido a una cesta de juncos y lo había entregado a la corriente del Éufrates, y que un jardinero de Kish lo había rescatado de las aguas y lo había criado sin saber que alimentaba a un rey.

De copero del palacio de Kish pasó a ser amo de Kish, de Kish a Uruk, de Uruk a Lagash, de Lagash a Ur...y así Sargón fue desmontando, ciudad por ciudad, un mosaico de reinos sumerios que durante generaciones se habían desangrado entre sí por el control de un canal de riego o de un templo más rico que el vecino, hasta que su autoridad llegó a extenderse desde las aguas del golfo hasta los montes de donde se traía la madera de cedro.

Ningún hombre vivo recordaba una extensión semejante de tierra obedeciendo a un solo cetro, y muy pocos se atrevían a preguntar en voz alta si un destino tan improbable podía explicarse solamente con ambición y con hierro.

Pero conquistar Sumeria y conquistar a sus dioses eran dos guerras distintas, y Sargón, que había aprendido a sobrevivir antes de aprender a mandar, lo sabía mejor que ninguno de sus generales. Por eso no impuso a los suyos sobre los sumerios. Prefirió fundirlos. Y en ningún otro lugar resultó tan visible esa fusión como en el nombre mismo de la diosa más poderosa del panteón: los acadios la llamaban Ishtar, señora de la guerra y del deseo; los sumerios, que la veneraban desde mucho antes de que Akkad existiera siquiera como aldea, la llamaban Inanna.

Unos y otros juraban servir a la misma diosa bajo dos nombres distintos, y esa ambigüedad, lejos de resolverse con los años, se convirtió en una herida que la corte prefería no nombrar en voz alta, pero que cada sacerdote sumerio sentía cada vez que debía inclinarse ante un rito oficiado en la lengua del conquistador.

En el centro exacto de esa herida colocó Sargón a su propia hija. La princesa Enheduanna fue investida como suma sacerdotisa, la "en", del dios Nanna en Ur, ciudad sagrada de la luna y corazón espiritual de todo el sur sumerio.

El día de su investidura, el Giparu o palacio-residencia oficial de la suma sacerdotisa del templo, que era el ejemplo más famoso de la ciudad sagrada de Ur (dedicado al dios de la luna, Nanna, y a su consorte, Ningal), se llenó de un gentío que había acudido tanto por devoción como por curiosidad de ver de cerca a la hija acadia que ahora gobernaría el templo más venerado del sur.

Los sacerdotes locales, vestidos con sus mejores lienzo, condujeron la ceremonia con una solemnidad que no alcanzaba a disimular del todo la incomodidad de entregar las llaves de su dios a una mujer nacida fuera de sus murallas. Cuando le colocaron sobre la frente la diadema de plata y lapislázuli que desde entonces no volvería a quitarse en público, Enheduanna se tambaleó un instante, como si el peso del metal fuera mayor que cualquier metal conocido, y aunque los sacerdotes lo atribuyeron de inmediato a la

emoción propia del momento, hubo más de un anciano entre los presentes que, esa misma noche, comentó en privado que aquello no se había parecido a la emoción, sino a un golpe.

Aquel nombramiento no era, en la superficie, más que un acto de piedad. Bajo ella, garantizaba que ningún sumerio pudiera ya reclamar el favor divino sin pasar antes por una mujer de sangre acadia. Los sacerdotes más veteranos lo entendieron de inmediato, aunque pocos se atrevieran a decirlo en voz alta: aquello no era devoción, era ocupación, vestida con los ropajes más sagrados que el sur podía ofrecer.

Y entre los generales que habían conquistado aquellas mismas ciudades a sangre y fuego, no faltaban quienes, copa en mano durante los banquetes de la victoria, se preguntaban con amargura por qué el favor de los cielos parecía reservado para una sacerdotisa que jamás había sostenido una espada, mientras ellos, que habían pagado el imperio con su propia sangre, debían arrodillarse ante sus visiones como cualquier campesino del delta.

Porque Enheduanna no se limitaba a officiar los ritos de Nanna. Su devoción verdadera, la que la dejaba pálida y temblando después de cada ceremonia nocturna, era para Inanna, la diosa de los dos nombres, y de ella había recibido, según se decía en los pasillos del Giparu mucho antes de que el pueblo lo supiera, un don que ninguna otra mujer de su rango había recibido jamás: *la capacidad de ver, antes de que el tiempo lo entregara al mundo, lo que aún no había ocurrido.*

Bajo la luz de la diadema que nadie más en Ur estaba autorizado a tocar, la suma sacerdotisa anunciaba ante el consejo real crecidas antes de la primera lluvia, desplazamientos de tropas enemigas antes de que ningún explorador los hubiera avistado, cosechas perdidas antes de que la semilla tocara la tierra. El pueblo llamaba a todo aquello el don de la adivinación y lo aceptaba con la misma naturalidad con que aceptaba que el sol naciera cada mañana por el oriente. Y lo aceptaba porque no tenía otro remedio ya que las predicciones en realidad sucedían. Todo apuntaba a que la gran sacerdotisa en realidad “adivinaba” lo que estaba por suceder.

Los escribas, más cautos por oficio que por temperamento, preferían hablar de un precio que la diosa cobraba a quien llevaba su voz, porque habían visto, más de una vez, a la suma sacerdotisa abandonar el salón del consejo con la nariz sangrando y la mirada perdida, como si el conocimiento del futuro le costara una porción de su propio presente.

Ese resentimiento militar, contenido durante los banquetes pero nunca del todo extinguido, encontró su escenario más visible en los consejos de guerra que precedían cada nueva campaña de Sargón. Era costumbre que los generales expusieran primero su estrategia, fundada en años de experiencia en el campo, y que después Enheduanna confirmara o corrigiera esa estrategia con una sola frase, pronunciada con la diadema encendida bajo las antorchas, que invariablemente pesaba más que cualquier argumento militar expuesto antes.

Entre los oficiales que asistían a esos consejos, vestidos con el bronce y las cicatrices de campañas que la propia sacerdotisa jamás había presenciado, había generales leales que aceptaban aquella jerarquía como parte natural del orden divino, y había otros, menos numerosos pero no menos peligrosos, que salían de cada consejo con la mandíbula apretada y la certeza, cada vez más difícil de sofocar, de que su valor en el campo de batalla pesaba menos, a ojos de su propio rey, que la palabra de una mujer que nunca había manchado de sangre su espada.

Hubo una tarde en que el don de Enheduanna mostró, de golpe, las dos caras que llevaba dentro. Anunció, sin que mensajero alguno hubiera traído noticia del norte, que el río se desbordaría antes de tiempo y que los graneros debían vaciarse en un plazo de diez días.

Los administradores más veteranos protestaron, citando generaciones de registros que contradecían la predicción, y Sargón, que para entonces ya había aprendido a no dudar de su hija aunque toda la experiencia acumulada de su reino le aconsejara lo contrario, ordenó el traslado contra su propio consejo de administradores. La crecida llegó al noveno día, devastadora, y arrasó cada granero que no había sido vaciado a tiempo.

Los leales lo celebraron como una prueba más del favor de los cielos sobre la dinastía. Pero entre los oficiales que habían visto sus propias advertencias militares descartadas en consejos anteriores, la escena dejó un sabor distinto: la certeza, ya no susurrada sino sentida en el pecho como una quemadura lenta, de que en aquel imperio ya no hacía falta empuñar el bronce para gobernar, bastaba con saber escuchar a una diosa que, por algún motivo que ninguno de ellos alcanzaba a comprender, había decidido hablarle a una sola mujer y a nadie más.

Así vivía Ur en esos tiempos. Y es aquí donde comienza esta historia. Una ciudad que se creía bendecida por dos nombres de una sola diosa, sostenida por un imperio que se creía invencible y por una sacerdotisa que se creía, ella misma, sencillamente elegida. Pero no todos en aquella corte rezaban con la misma fe ni se arrodillaban con la misma sinceridad, y entre los hombres que servían a Sargón con la lealtad que exige un juramento, y no siempre con la que exige el corazón, el resentimiento llevaba ya tiempo buscando algo más que un consejo de guerra donde desahogarse. Buscaba, sin que nadie lo dijera todavía en voz alta, una voz propia que le respondiera con la misma autoridad con que respondía la de Inanna.

Nadie en aquel consejo, ni el más anciano de los sacerdotes de Nanna, ni el más suspicaz de los escribas, ni el propio Sargón, que había sobrevivido a una infancia abandonada en un río para llegar a ceñirse la corona del medio mundo conocido, sospechaba que esa voz estuviera ya por encontrar a quien la pronunciara. Ni que el precio de encontrarla fuera a costarle a Ur mucho más de lo que cualquiera de ellos, en su fe más sincera, habría estado dispuesto a pagar.

CAPÍTULO 1

El don de la suma sacerdotisa

Ur, salón del consejo real de Sargón — primavera, meses antes del golpe de Lugalanne

Ur despertaba aquella mañana como despertaba siempre, con el ruido parejo de los remos golpeando el agua en los muelles y los pregoneros anunciando desde temprano el precio de la cebada en el mercado del templo. Los pescadores descargaban sus redes junto a los graneros reales, los niños corrían entre los puestos de cobre y de lana persiguiendo a algún perro callejero, y nadie en aquellas calles habría podido adivinar, por la indiferencia con que la ciudad seguía su rutina, que en el salón del consejo real se estaba decidiendo, en ese mismo instante, hacia dónde marcharían varios miles de hombres antes de que terminara la semana.

El salón del consejo olía a aceite de lámpara y a bronce recién pulido, y a esa hora de la mañana la luz entraba todavía baja por los vanos altos, dibujando franjas doradas sobre el suelo de ladrillo cocido. Sargón ocupaba su asiento de costumbre, no un trono sino un simple banco de cedro tallado, porque solía decir que un rey que necesita un trono para que lo obedezcan ya ha perdido media batalla. A su derecha, los escribas reales esperaban con las tablillas de arcilla húmeda preparadas. A su izquierda, de pie y con los brazos cruzados sobre el pecho, los generales discutían entre ellos en voz baja, como hacían siempre antes de que el rey abriera la sesión.

—Si los elamitas cruzan por el paso de Susa, como dicen los exploradores, llegarán a la frontera antes de la próxima luna llena —decía Itti-Bel, el más veterano de los comandantes, un hombre de barba entrecana y una cicatriz que le cruzaba la ceja izquierda desde la campaña de Lagash—. Propongo reforzar la guarnición del norte de inmediato, antes de que sea demasiado tarde para moverse con tropas frescas.

—El paso de Susa es la ruta evidente —respondió otro general, más joven, con la impaciencia de quien lleva poco tiempo en el cargo—. Demasiado evidente. Yo apostaré a que es una distracción. Los elamitas saben que vigilamos ese paso desde hace años.

—¿Y entonces por dónde propones que ataquen, Puzur-Sin? ¿Por el desierto? Ningún ejército sobrevive tres días marchando por esas dunas sin agua.

—Propongo que esperemos información más segura antes de mover a la mitad de nuestras tropas hacia el norte —insistió Puzur-Sin—. No me gusta tomar decisiones basadas en lo que un explorador cree haber visto desde una colina a media legua de distancia.

—¿Y prefieres esperar a verlos acampados frente a nuestras propias murallas? —replicó Itti-Bel, sin levantar la voz pero sin ceder un palmo—. La cautela tiene su momento, Puzur-Sin, y el momento de la cautela ya pasó hace dos semanas, cuando los primeros exploradores hablaron de movimiento en la frontera.

—No es cautela, es prudencia. Una cosa es no dormirse, y otra es desangrar al ejército marchando de un lado a otro detrás de cada rumor que trae un explorador asustado.

Un escriba sentado junto a la pared, con una tablilla de arcilla húmeda apoyada sobre las rodillas, anotaba cada intervención con un estilo de caña que no dejaba de moverse, registrando para la posteridad una discusión que ninguno de los presentes consideraba todavía digna de la historia.

Sargón escuchaba sin intervenir, como hacía siempre en esa primera parte del consejo, dejando que sus generales agotaran sus propios argumentos antes de pronunciar palabra. Entre los presentes, apoyado contra una de las columnas con la misma quietud disciplinada de siempre, se encontraba Lugalanne, comandante de la guardia oriental. No había dicho una sola palabra desde que comenzó la sesión, y su rostro no dejaba traslucir si estaba de acuerdo con Itti-Bel, con Puzur-Sin, o con ninguno de los dos.

La discusión se interrumpió cuando las puertas del salón se abrieron y entró Enheduanna, escoltada por dos sacerdotes del templo de Nanna que se detuvieron respetuosamente junto a la entrada. La diadema de plata y lapislázuli brillaba bajo la luz de la mañana con un fulgor que ningún otro objeto del salón conseguía igualar. Los generales callaron de inmediato, y hasta Puzur-Sin, que un momento antes defendía su posición con vehemencia, inclinó la cabeza con una reverencia que no necesitaba fingir del todo.

—Suma sacerdotisa —dijo Sargón, y en su voz había algo que no aparecía cuando hablaba con sus generales: un alivio apenas disimulado—. Tus oídos llegan justo a tiempo. Discutíamos sobre el paso de Susa.

—No discutan más sobre el paso de Susa, padre —respondió Enheduanna, y su voz, aunque serena, tenía el peso suficiente para que ningún hombre en el salón pensara en interrumpirla—. Los elamitas no cruzarán por ahí. Cruzarán por el vado de Eshnunna, donde el río es más bajo en esta estación, y lo harán dentro de seis días, no de una luna llena.

Itti-Bel frunció el ceño, no por desconfianza sino por cálculo militar.

—El vado de Eshnunna está a tres días de marcha más al oeste de donde tenemos apostadas nuestras mejores tropas. Si es verdad, suma sacerdotisa, no tenemos tiempo de reforzar esa posición y la del norte al mismo tiempo.

—Entonces no refuercen las dos —dijo Enheduanna—. Refuercen solo Eshnunna. El paso de Susa seguirá vacío hasta después de la cosecha.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó Puzur-Sin, y aunque se apresuró a añadir un título de respeto, el tono de la pregunta llevaba más reto que curiosidad—. Con todo respeto, suma sacerdotisa, los exploradores hablan de movimiento cerca de Susa, no de Eshnunna.

Hubo un silencio breve, durante el cual Enheduanna no apartó la mirada del general que la había cuestionado.

—Los exploradores ven lo que el enemigo quiere que vean, general Puzur-Sin —respondió finalmente—. Yo no.

Sargón dejó escapar algo parecido a una sonrisa, la sonrisa de un hombre que ha visto repetirse esa misma escena demasiadas veces para sorprenderse, y que sin embargo no deja de disfrutarla cada vez.

—Se hará como dice mi hija —ordenó, con una autoridad que no admitía más discusión—. Itti-Bel, mueve la guarnición hacia Eshnunna esta misma tarde. Puzur-Sin, quiero que tus hombres queden de reserva, por si la suma sacerdotisa se equivoca por primera vez en su vida.

La frase provocó risas contenidas entre los generales más leales. Puzur-Sin sonrió también, aunque la sonrisa no le llegó del todo a los ojos, y Lugalanne, todavía apoyado contra su columna, observó la escena entera sin que su expresión revelara absolutamente nada.

El consejo se prolongó todavía un rato con asuntos menores, tributos pendientes de una ciudad del sur, la reparación de un canal cerca de Lagash, y cuando por fin Sargón dio por terminada la sesión, los generales fueron retirándose en grupos pequeños, comentando entre sí los detalles de la marcha hacia Eshnunna. Lugalanne fue el último en abandonar el salón, y lo hizo solo, sin detenerse a cambiar palabra con ninguno de sus compañeros de armas, como si llevara consigo un pensamiento demasiado pesado para compartirlo siquiera con el aire de la sala.

Enheduanna ya se había sostenido del brazo de uno de los sacerdotes sin que casi nadie lo notara. Solo Sargón, que la conocía mejor que ningún otro hombre vivo, se levantó de su banco de cedro antes de que los demás terminaran de inclinarse para retirarse.

—¿Otra vez la nariz? —preguntó en voz baja, mientras la sostenía con suavidad por el codo.

—No es nada, padre. Pasaré antes de que llegue al Giparu.

—Eso dijiste la última vez, y la vez anterior a esa.

—Y las dos veces pasó —respondió ella, con un intento de sonrisa que no logró disimular del todo el cansancio—. Esta también pasará.

Sargón no insistió más, aunque la preocupación no desapareció de su rostro mientras la veía alejarse escoltada de vuelta hacia el templo.

En el Giparu, ya lejos de las miradas del consejo, Enheduanna se dejó caer sobre los cojines de su cámara privada mientras Amat-Mamu, la sirvienta que llevaba a su servicio desde antes de su investidura, le acercaba un cuenco de agua fresca y un lienzo limpio.

—Sangra más que la última vez —observó Amat-Mamu, sin levantar la voz, mientras le limpiaba con cuidado el labio superior.

—La última vez solo eran tres días de plazo. Hoy fueron seis. Más tiempo, más hilos que seguir.

—¿Y vale la pena, mi señora? Ver tan lejos cuesta cada vez más, y usted cada vez sangra más rápido.

Enheduanna cerró los ojos un momento antes de responder, dejando que el frescor del agua le bajara por el cuello.

—Si no vale la pena para mí, Amat-Mamu, que valga al menos para los hombres que no morirán en el vado equivocado.

—Eso no es lo que le pregunté.

—Lo sé —dijo Enheduanna, y no añadió nada más.

Amat-Mamu guardó silencio un momento, doblando el lienzo manchado entre las manos antes de hablar de nuevo.

—Cuando usted llegó de Akkad, mi señora, todavía se quitaba la diadema cada noche para dormir sin ella. Ahora ya ni lo intenta.

—Porque ya no puedo —respondió Enheduanna, en voz tan baja que pareció hablarse a sí misma más que a su sirvienta—. O no sé si podría. Hace tiempo que no lo pruebo.

—¿Le da miedo probarlo?

Enheduanna no respondió esa pregunta tampoco, y Amat-Mamu, que conocía de sobra los límites de lo que su señora estaba dispuesta a compartir incluso con ella, no insistió, como tampoco insistía nunca, pero permaneció un rato más sentada junto a ella, en el mismo silencio cómplice que llevaban compartiendo desde que la suma sacerdotisa era apenas una muchacha recién llegada de Akkad y todavía no se acostumbraba al peso de la diadema sobre la frente.

Esa misma tarde, cuando el calor empezaba a ceder y las sombras del zigurat se alargaban sobre los tejados de Ur, Sargón subió personalmente al Giparu, algo que no hacía con frecuencia y que los sacerdotes de Nanna siempre recibían con una mezcla de honor y nerviosismo. Encontró a su hija ya recuperada, de pie junto a la terraza desde la que se podía ver buena parte de la ciudad y, más allá, el brillo lejano del río.

—Itti-Bel ya tiene a sus hombres en marcha hacia Eshnunna —dijo Sargón, deteniéndose a su lado—. Si los elamitas cruzan donde dices, los estaremos esperando.

—Cruzarán ahí, padre.

—Lo sé. Siempre cruzan donde dices. —Hizo una pausa, mirando el mismo horizonte que ella miraba—. Hay generales que han empezado a preguntarse si necesitan seguir afilando sus espadas, ya que basta con afilar el oído.

—Eso no es justo para ellos, ni para mí.

—No —admitió Sargón—. Pero la justicia y el poder rara vez se sientan a la misma mesa, hija mía. Tú lo sabes mejor que cualquiera de mis generales.

—Lo que sé, padre, es que ninguno de ellos cambiaría su espada por esta diadema, aunque se la ofrecieran sin condiciones.

—Eso también lo sé —dijo Sargón, y por un instante algo parecido a la tristeza le cruzó el rostro, antes de que la disciplina de toda una vida de gobierno volviera a borrarla.

Enheduanna no respondió de inmediato. Observaba el zigurat, donde el fuego de la cima ya empezaba a destacar contra el cielo que oscurecía, y por un instante, que ni ella misma habría sabido explicar, sintió que aquel fuego le devolvía la mirada con una insistencia que nunca antes había notado.

—¿Pasa algo? —preguntó Sargón, que conocía bien los silencios de su hija.

—No, padre —respondió ella, apartando la vista—. Solo estoy cansada.

Sargón asintió, sin del todo convencido, y permaneció a su lado mientras la última luz de la tarde se apagaba sobre Ur.

CAPÍTULO 2

La sombra bajo la piel

Ur, cuartel de la guardia oriental — pocas noches después del consejo de guerra

La lámpara de aceite ardía baja sobre la mesa de Lugalanne, y aun así él no la dejaba apagarse, porque desde hacía semanas el sueño llegaba acompañado de algo que prefería no recibir a oscuras. Sobre la mesa, envuelta en un retazo de lino que había robado de su propio lecho, descansaba una piedra negra del tamaño de un puño cerrado, de una superficie tan lisa que ningún cantero de Ur habría sabido explicar cómo se había pulido sin dejar marca alguna de cincel. La tocó con dos dedos, como hacía cada noche desde que la trajo de las colinas del oriente, y la piedra, como cada noche, conservaba un calor que no debía tener nada que ver con la lámpara.

Llamaron a la puerta antes de que pudiera guardarla, y Lugalanne la cubrió de nuevo con el lino en el mismo movimiento con que ordenó pasar.

—Comandante —dijo Ibni-Adad, su lugarteniente, entrando con una tablilla bajo el brazo—. El recuento de la guarnición que partió hacia Eshnunna. Itti-Bel pide que confirméis el número de carros antes de que salga el segundo destacamento al amanecer.

—Déjala sobre la mesa. La revisaré antes de dormir.

Ibni-Adad obedeció, pero no se retiró de inmediato. Llevaba el tiempo suficiente sirviendo bajo Lugalanne para reconocer cuándo algo no estaba en su lugar, aunque no supiera nombrar qué.

—Os veo cansado, comandante. Más que de costumbre.

—Duermo mal. Nada que no cure una buena campaña.

—Pues no faltará campaña, si la suma sacerdotisa tiene razón sobre Eshnunna. —Ibni-Adad lo dijo sin malicia, casi como un comentario de cortesía, pero algo en el rostro de Lugalanne se tensó antes de que pudiera

evitarlo—. Dicen en los cuarteles que jamás se ha equivocado. Que ni falta hace ya enviar exploradores, con tenerla a ella.

—Los exploradores existen porque los hombres confían más en lo que ven con sus propios ojos que en lo que les dicta una mujer desde un templo —respondió Lugalanne, con una sequedad que no se permitía habitualmente delante de sus subordinados—. Aunque por lo visto, eso ya no le importa a nadie en este consejo.

Ibni-Adad guardó silencio un instante, sopesando si convenía insistir, y decidió que no.

—Como digáis, comandante. Que descanséis lo que podáis.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, Lugalanne se quedó mirando la tablilla sin leerla, y poco a poco sus dedos regresaron al bulto envuelto en lino sobre la mesa.

No era la primera vez que sentía aquel peso conocido subiéndole desde el estómago. Le bastaba cerrar los ojos para volver, sin proponérselo, a un banquete de hacía casi dos años, celebrado en este mismo cuartel tras una victoria que él mismo había dirigido contra una coalición de ciudades rebeldes del sur. Recordaba el vino corriendo, las antorchas, los cantores improvisando versos sobre el valor de las tropas. Y recordaba, sobre todo, el instante en que Sargón se había levantado de su asiento, copa en alto, para brindar.

—Por la victoria de mis ejércitos —había dicho el rey aquella noche, con la voz que usaba para los discursos que se repetirían en los mercados al día siguiente—. Y por mi hija, cuya palabra nos ahorró media campaña al señalarnos, semanas antes de que ocurriera, el lugar exacto donde la coalición pensaba reunir sus fuerzas. Sin ella, esta copa que hoy levantamos con alegría, la habríamos levantado con la mitad de los hombres.

Los presentes habían brindado con entusiasmo, e Itti-Bel, sentado junto a Lugalanne, había alzado también su copa con una sonrisa sin doblez.

—Bien merecido, por la diosa —había dicho, dándole una palmada amistosa en el hombro—. Aunque el mérito del campo también fue tuyo, Lugalanne. Sin tu maniobra en el flanco oriental, la información de la suma sacerdotisa no habría servido de mucho.

—El rey no brindó por el flanco oriental —había respondido Lugalanne, con una sonrisa tan medida que ni Itti-Bel, atento como era, llegó a notar nada extraño en ella.

Más tarde esa misma noche, ya con el vino aflojando las lenguas, Puzur-Sin se había acercado a buscarlo junto a las antorchas del patio.

—¿Te das cuenta de lo que acaba de pasar ahí dentro? —había preguntado, en voz baja, mirando hacia el salón donde todavía se oían los cantores—. Diez años de campaña, comandante, y al rey le basta una frase de su hija para olvidar quién puso el bronce sobre el terreno.

—El rey brinda por quien le ahorra bajas, Puzur-Sin. Es lo único que le importa.

—Entonces que nos ahorre también el trabajo de fingir que no nos molesta —había respondido Puzur-Sin, antes de alejarse hacia sus propias tropas, dejando a Lugalanne solo junto al fuego, con la copa todavía llena y el brindis de Sargón resonándole en los oídos mucho después de que la música hubiera terminado.

Pero fue solo después de la campaña en las colinas del oriente, casi dos años más tarde, que aquel resentimiento encontró por fin algo más que palabras con que alimentarse. Lugalanne había sido enviado con dos centenas de hombres a poner fin a una partida de saqueadores que durante meses había hostigado las caravanas que cruzaban hacia las minas de cobre, hombres sin bandera ni rey que atacaban de noche y desaparecían entre los barrancos antes de que nadie pudiera darles caza. La emboscada que les tendió Lugalanne fue limpia y breve, apenas el tiempo que tarda el bronce en encontrar carne, y cuando todo terminó, sus hombres recorrieron el campo recogiendo lo que pudiera servir de botín.

—Comandante, venid a ver esto —había dicho entonces uno de sus soldados, un muchacho llamado Shubur que apenas llevaba un año bajo armas, arrodillado junto al cuerpo de uno de los saqueadores caídos—. Este no es como los otros.

Lugalanne se había acercado, y en efecto, el hombre muerto no vestía como los saqueadores de las colinas, ni llevaba las armas habituales de esa gente. Junto a su mano abierta, como si hubiera caído de ella en el último instante, había una piedra negra que ningún soldado quiso tocar al principio.

—Cayó del cielo, comandante —había dicho otro de los hombres, persignándose con un gesto antiguo que los soldados acadios todavía conservaban de sus abuelos sumerios—. Lo vimos hace tres noches, una luz cruzando el cielo del oriente. Pensamos que era un presagio de la diosa. Quizá lo era, y este hombre lo encontró antes que nosotros.

—Supersticiones de campamento —había respondido Lugalanne entonces, aunque se guardó la piedra esa misma noche, sin decir a nadie por qué, ni él mismo habría sabido explicarlo.

Las primeras noches no sintió nada fuera de lo común. Fue al regresar a Ur, ya en su propio lecho, cuando los sueños comenzaron: una voz sin forma definida, que no hablaba en acadio ni en sumerio sino en algo que su mente traducía sin esfuerzo, como si la lengua misma no importara para comprenderla. Le decía que había sido visto. Que su valor en el campo no había pasado inadvertido para quien de verdad gobierna los destinos de los hombres, aunque la corte de Sargón se empeñara en mirar solo hacia una mujer y su diadema.

Le decía que un dios olvidado, cansado de ver cómo Inanna acaparaba toda la devoción de Ur, había decidido por fin elegir a un hombre digno de llevar su favor al campo de batalla, en vez de encerrarlo en un templo a sangrar por la nariz.

La primera vez que despertó con esas palabras todavía resonando, Lugalanne se dijo que era apenas un sueño nacido del resentimiento que ya cargaba antes de la campaña. La segunda vez, intentó convencerse de que toda guerra deja huellas extrañas en el sueño de un hombre.

Pero hacia la sexta o séptima noche, cuando la voz comenzó a anticiparle pequeños detalles, el nombre de un mensajero que llegaría al día siguiente, la ubicación exacta de una emboscada elamita que ningún explorador había reportado todavía, Lugalanne dejó de buscar explicaciones sencillas.

La prueba que terminó de convencerlo llegó una mañana cualquiera, cuando Ibni-Adad entró a anunciarle la llegada de un correo desde la frontera norte.

—Comandante, ha llegado un mensajero llamado Apil-Kushuh, con noticias del paso de Tutub.

Lugalanne no dijo nada durante un instante demasiado largo, porque esa misma madrugada, antes de que el sol tocara los tejados de Ur, la voz le había susurrado ese mismo nombre con la misma claridad con que ahora lo pronunciaba su lugarteniente.

—Hazlo pasar —dijo finalmente, con una calma que le costó fabricar.

—¿Os encontráis bien, comandante? Os habéis puesto pálido.

—Es solo cansancio, Ibni-Adad. Hazlo pasar.

Cuando Ibni-Adad se retiró a buscar al mensajero, Lugalanne permaneció de pie junto a la mesa, con las manos apoyadas sobre la madera para que no le temblaran, sintiendo por primera vez con total claridad que aquello que le hablaba en sueños no era ya una sospecha que pudiera seguir aplazando.

Decidió, sin decírselo a nadie, consultar a un augur que no respondía ante el templo de Nanna ni ante ningún sacerdocio oficial, un viejo intérprete de presagios llamado Enlil-bani que vivía en las afueras de Ur y que, según se rumoreaba entre los soldados, leía los sueños con la misma destreza con que otros leían entrañas de cordero.

—Un dios que habla en sueños y que no exige sacrificio ni templo a cambio —dijo Enlil-bani, después de escuchar el relato de Lugalanne sin que este mencionara la piedra ni su procedencia exacta—, es una de dos cosas, comandante. O un dios extraordinariamente generoso, cosa que jamás he visto en cuarenta años leyendo presagios. O algo que se hace pasar por generoso porque todavía no ha dicho lo que en verdad quiere a cambio.

—¿Y si lo que pide a cambio es simplemente que se le reconozca? —preguntó Lugalanne—. ¿Tan extraño sería que un dios cansado de ser ignorado buscara, por fin, un hombre dispuesto a llevarlo de vuelta a los altares?

Enlil-bani lo miró largamente antes de responder, con la misma cautela con que un hombre mira un canal cuyo fondo no alcanza a ver.

—No conozco ningún dios que pida solo reconocimiento, comandante. Todos, sin excepción, terminan pidiendo algo más. La pregunta nunca es si os pedirá un precio. La pregunta es si para entonces ya sabréis que lo estáis pagando.

Lugalanne no volvió a visitar a Enlil-bani después de aquella noche, no porque la respuesta lo hubiera convencido de detenerse, sino porque temía, sin admitirlo del todo, que el augur tuviera razón, y prefería no escucharla dos veces.

De vuelta en su cuartel, semanas después de aquella consulta, con la tablilla de Itti-Bel todavía sin revisar sobre la mesa y la piedra otra vez tibia bajo el lino, Lugalanne se recostó sin apagar la lámpara, como cada noche, y esperó.

La voz llegó antes de que el sueño terminara de cerrarle los ojos, más clara que nunca.

Pronto, comandante. Pronto sabrán todos en Ur a quién deben temer de verdad.

Lugalanne no respondió en voz alta, porque nunca lo hacía, pero algo en su pecho, una mezcla de horror y de un orgullo que llevaba años hambriento de alimento, asintió por él. Y aunque a la mañana siguiente firmó la tablilla del recuento militar con la misma disciplina de cada día, y despachó al segundo destacamento hacia Eshnunna exactamente como Itti-Bel había pedido, hubo algo en su manera de mirar el zigurat al cruzar el patio del cuartel, algo nuevo y frío, que ninguno de sus hombres supo interpretar, y que él mismo, de haber podido nombrarlo, tal vez ya no habría sabido detener.

CAPÍTULO 3

Grietas en el imperio

Ur, salón del consejo real — semanas después de la marcha hacia Eshnunna

La noticia llegó primero a los mercados, donde los pregoneros la repetían entre puesto y puesto antes de que el sol terminara de subir, y solo después, formalmente, al consejo, con la lentitud propia de todo lo oficial: los elamitas habían intentado cruzar exactamente por el vado de Eshnunna, exactamente en el día previsto, y la guarnición de Itti-Bel los había rechazado con pérdidas mínimas para Ur y una matanza considerable para el invasor. En las calles, los vendedores de cerveza ya habían empezado a improvisar versos sobre la victoria antes de que el propio Itti-Bel hubiera terminado de cruzar las puertas de la ciudad, y más de un niño correteaba imitando con palos de madera la maniobra del flanco oriental que todos juraban conocer al detalle, aunque ninguno hubiera estado a menos de cien leguas del campo de batalla.

Cuando Itti-Bel entró aquella mañana al salón del consejo, todavía con polvo de campaña en las sandalias, los presentes lo recibieron con un murmullo de aprobación que Sargón no se apresuró a interrumpir.

—Tu victoria, Itti-Bel —dijo el rey, levantándose de su banco de cedro para recibirlo—. El imperio no olvida a quienes ponen el bronce donde la profecía señala el camino.

—La victoria fue de los hombres que marcharon conmigo, mi rey —respondió Itti-Bel, con la modestia de quien no necesita fingirla—. Aunque sin la palabra de la suma sacerdotisa, habríamos estado defendiendo el paso equivocado.

Enheduanna, presente junto al banco de su padre, inclinó la cabeza ante el reconocimiento sin decir palabra, pero antes de que el consejo pudiera deslizarse hacia la celebración, levantó la mano con un gesto breve que bastó para que todos los presentes guardaran silencio.

—Esta victoria no cierra nada, padre. Los elamitas probarán otra vez, y no por el mismo vado. —Hizo una pausa, recorriendo con la mirada a los generales reunidos—. La amenaza real, en los meses que vienen, no vendrá del oriente sino del norte, por el corredor que hoy vigila la guardia oriental. Conviene reforzar esa frontera con tropas de más experiencia antes de que la presión se vuelva insostenible.

El silencio que siguió fue distinto al anterior. Lugalanne, al frente de la guardia oriental desde hacía años, mantuvo el rostro inmóvil, pero sus dedos se cerraron con más fuerza de la necesaria sobre el borde de su propio cinturón.

—¿Insinúa la suma sacerdotisa que mis tropas no bastan para esa frontera? —preguntó, con una cortesía tan medida que resultaba casi más hiriente que un reproche abierto.

—No insinúo nada sobre vuestras tropas, comandante Lugalanne —respondió Enheduanna, sin alterar el tono—. Insinúo que la magnitud de lo que viene exigirá más hombres de los que hoy tenéis bajo mando, y que ese mando deberá coordinarse, de aquí en adelante, bajo la autoridad conjunta de Itti-Bel, que ya conoce el terreno desde Eshnunna.

—Entonces no es una sugerencia. Es que se me retira el mando independiente de mi propia guardia.

—Es que se refuerza tu guardia con un mando que ha demostrado, esta misma semana, que sabe estar donde la amenaza realmente llega —intervino Sargón, antes de que la tensión pudiera crecer más—. Considéralo un honor compartido, Lugalanne, no una pérdida.

Lugalanne inclinó la cabeza, la inclinación exacta que el protocolo exigía, ni un grado más ni uno menos.

—Como ordene el rey.

Itti-Bel, incómodo con el giro que había tomado su propio reconocimiento, intentó suavizar el momento.

—Lugalanne conoce esa frontera mejor que ningún hombre vivo, mi rey. Sería un error no aprovechar eso, mando conjunto o no.

—Por eso es mando conjunto, y no relevo —respondió Sargón, dando por cerrado el asunto con la autoridad que no admitía más discusión.

El consejo se disolvió poco después entre comentarios sobre la distribución de las nuevas tropas, y fue Puzur-Sin quien alcanzó a Lugalanne ya en el corredor, lejos de oídos reales.

—Mando conjunto —repitió Puzur-Sin, con un resoplido que no se molestó en disimular—. Llámalo como quieran en el consejo, comandante, pero todos en ese salón sabían exactamente lo que acababan de presenciar.

—El rey lo llamó honor compartido.

—El rey lleva veinte años llamando honor a todo lo que conviene a su trono. — Puzur-Sin bajó la voz, aunque no había nadie cerca para escucharlos—. Yo solo digo que no eres el primero al que la suma sacerdotisa le recorta el mando con una sonrisa, y dudo mucho que seas el último.

Lugalanne no respondió, y Puzur-Sin, que tampoco esperaba respuesta, se limitó a darle una palmada breve en el hombro antes de seguir su propio camino.

Apenas se había alejado Puzur-Sin cuando Itti-Bel, que había observado el intercambio desde la distancia sin alcanzar a oír las palabras, se acercó con el paso franco de quien no sospecha que algo pueda estar verdaderamente roto.

—Lugalanne. Espero que no haya malentendido entre nosotros por lo de esta mañana. Yo no pedí ese mando conjunto, si es lo que te preocupa.

—No lo dudo, Itti-Bel.

—Conozco esa frontera del norte casi tan poco como tú la del oriente. Si la suma sacerdotisa dice que ahí vendrá la próxima amenaza, prefiero que la enfrentemos juntos antes que solos y mal preparados.

—Es un razonamiento sensato —dijo Lugalanne, con una cortesía que no dejaba traslucir nada de lo que sentía por debajo—. Trabajaremos bien juntos, Itti-Bel. Siempre lo hemos hecho.

Itti-Bel pareció aliviado por la respuesta, y se despidió con un gesto cordial antes de retirarse hacia sus propios cuarteles, sin sospechar que la cortesía de Lugalanne escondía algo mucho más parecido a un cálculo que a un alivio compartido.

Fue poco después, ya en los pasillos exteriores, donde la verdadera discusión del día comenzó a tomar forma de otra manera. Adad-shuma, administrador principal de los graneros imperiales y una de las voces más influyentes entre los cortesanos no militares, caminaba junto a dos escribas cuando se topó con el joven Lu-Nanna, sacerdote menor del templo de Nanna, que salía en ese momento de acompañar a Enheduanna de vuelta al Giparu.

—Dime, Lu-Nanna, tú que vives entre incienso y profecías —dijo Adad-shuma, con un tono que pretendía ser ligero y no terminaba de lograrlo—. ¿No te inquieta nunca que el destino de tantos hombres dependa de las palabras de una sola mujer? Hoy fue un mando militar. Mañana podría ser la distribución del grano, o la sucesión del trono.

—Me inquietaría mucho más que dependiera de los hombres —respondió Lu-Nanna, sin dudar—. Los hombres mienten, administrador Adad-shuma, o se equivocan, o cambian de opinión según les convenga. La suma sacerdotisa no ha errado una sola vez desde que tomó nota de sus palabras.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora —concedió Lu-Nanna—, que es más de lo que puede decir cualquier general de este imperio sobre sus propias campañas.

—Curiosa defensa, viniendo de un sacerdote de Nanna y no de Inanna —observó Adad-shuma, con una ceja levantada—. ¿No te incomoda servir a un dios cuyo templo gobierna, en la práctica, una mujer devota de otra diosa?

—Sirvo al templo, administrador, no a las rivalidades que los hombres inventan entre los dioses para justificar las suyas propias. Y si Inanna habla a través de la suma sacerdotisa con la exactitud que todos hemos visto, no seré yo quien le discuta a Nanna el privilegio de compartir casa con ella.

Adad-shuma sonrió, sin que la sonrisa le llegara del todo a los ojos, y dejó que el joven sacerdote se alejara antes de comentar, ya solo con los escribas que lo acompañaban, algo que ninguno de los dos repetiría después en voz alta:

—Es fácil tener fe cuando uno no ha visto todavía el día en que esa fe deje de coincidir con sus propios intereses.

Esa misma tarde, mientras los administradores revisaban el reparto de las nuevas tropas entre la guardia oriental y los hombres de Itti-Bel, Lugalanne se cruzó con Adad-shuma en el corredor que llevaba a los graneros reales, un encuentro que cualquier otro día habría sido tan intrascendente como cualquier otro cruce de pasillo entre un militar y un funcionario.

—Comandante —saludó Adad-shuma, deteniéndose el tiempo justo para no parecer descortés—. Una mañana interesante en el consejo.

—Interesante no es la palabra que yo usaría.

—Curioso, entonces, cómo un imperio que se enorgullece de su ejército termina organizando ese ejército según el calendario de visiones de una mujer que jamás ha pisado un campo de batalla.

Lugalanne no respondió de inmediato. Se limitó a sostenerle la mirada a Adad-shuma un instante más de lo que el protocolo exigía, y en ese instante, breve y silencioso, ninguno de los dos dijo nada que pudiera repetirse después ante un tribunal, pero ambos comprendieron, con la misma claridad con que se comprende un trato sin necesidad de palabras, que acababan de reconocerse como aliados en algo que todavía no tenía nombre.

—Buena tarde, administrador.

—Buena tarde, comandante.

Y siguieron cada uno su camino, sin que ningún escriba de la corte, por minucioso que fuera, llegara jamás a registrar en una tablilla aquel cruce de miradas que duró menos de lo que tarda una respiración.

Aquella noche, ya en sus habitaciones privadas, Sargón compartió con su hija una copa de vino mientras los últimos asuntos del día se resolvían solos en los pasillos del palacio.

—Lugalanne no pareció complacido con la reorganización —comentó Enheduanna, sirviendo ella misma el vino, como hacía siempre que estaban a solas.

—Lugalanne nunca parece complacido con nada que no decida él mismo —respondió Sargón, sin demasiada preocupación—. Es un buen comandante,

hija mía, pero los buenos comandantes también necesitan que se les recuerde, de vez en cuando, quién gobierna realmente este imperio.

—¿Y si ese recordatorio termina costándonos su lealtad?

—Lugalanne ha enterrado más hombres por este imperio que cualquier otro comandante de mi ejército. Esa clase de lealtad no se quiebra por una reorganización de mando, por incómoda que le resulte digerirla.

—No hablo de la lealtad que se demuestra en el campo de batalla, padre. Hablo de la que vive aquí dentro —dijo Enheduanna, llevándose una mano al pecho—, donde nadie puede revisarla antes de que sea demasiado tarde.

Sargón sonrió, con la confianza tranquila de un hombre que ha sofocado rebeliones mayores que el orgullo herido de un solo general.

—Ningún hombre traiciona veinte años de servicio por un mando compartido, Enheduanna. Duerme tranquila. Este imperio ha sobrevivido a amenazas mucho más serias que la vanidad de Lugalanne.

Enheduanna no insistió, aunque por un instante, mientras su padre bebía de su copa con la misma calma de siempre, sintió una inquietud que no sabía nombrar y que decidió, como tantas otras veces, atribuir simplemente al cansancio de un día largo.

CAPÍTULO 4

El asalto al sanctasanctórum

Ur, cuartel de la guardia oriental y templo de Nanna — noche del solsticio de verano

Lugalanne despachó a Ibni-Adad poco después del anochecer, con una orden que cualquier otra noche habría parecido del todo razonable.

—Quiero que revises personalmente la guarnición del corredor norte antes del amanecer. Si la suma sacerdotisa tiene razón sobre la presión elamita, prefiero encontrar los fallos esta misma noche y no cuando ya sea tarde para corregirlos.

—¿Esta noche, comandante? Es una marcha de varias horas.

—Por eso te lo pido a ti, y no a cualquiera. Llévate veinte hombres y vuelve al amanecer con tu informe.

Ibni-Adad no preguntó más, porque jamás había tenido motivo para preguntar, y salió del cuartel con sus veinte hombres antes de que la última luz del crepúsculo terminara de apagarse sobre los tejados de Ur. Solo cuando ya no podía verlo desde la puerta, Lugalanne permitió que algo parecido a la culpa le cruzara el rostro, breve como un relámpago de verano, antes de que la voz, ya instalada en él con la misma naturalidad con que respiraba, le recordara que un hombre leal lejos del peligro era un hombre leal que seguiría vivo para servirle después.

En el palacio, mientras tanto, Sargón presidía el banquete del solsticio con la despreocupación de un hombre que ha aprendido a disfrutar las pocas noches en que el imperio no exige de él decisión alguna. Los cantores entonaban himnos antiguos en honor a Inanna y a Nanna por igual, como mandaba la costumbre desde la fusión de los dos cultos, y el vino corría con la generosidad propia de una noche sagrada.

—Veo que el comandante Lugalanne nos ha enviado sus disculpas esta noche —comentó un consejero anciano, sentado cerca del rey—. Dicen que partió hacia el corredor norte con una guardia reducida.

—Hace bien en tomarse en serio la advertencia de mi hija —respondió Sargón, sin levantar demasiado la vista de su copa—. Más vale un comandante prudente en la frontera que un comandante alegre en mi mesa.

—¿Y la suma sacerdotisa no asiste tampoco esta noche?

—Se retiró temprano al Giparu. Dice que el solsticio le exige sus propios ritos, aunque sospecho que también le exige, simplemente, una noche de descanso que aquí no encontraría.

El consejero asintió, satisfecho con la explicación, y la conversación derivó hacia asuntos menos urgentes mientras la música continuaba y nadie en aquel salón, ni el rey ni sus invitados, sospechaba que a esa misma hora doscientos hombres armados avanzaban hacia el recinto sagrado que su hija consideraba su único refugio verdadero.

Adad-shuma lo esperaba en el patio trasero del cuartel, envuelto en una capa oscura que no se molestaba en disimular del todo su rango.

—Los guardias del portón sur del recinto sagrado responden ya solo a la plata, comandante, no a ningún juramento —dijo, sin preámbulos—. Se apartarán en cuanto vean la señal acordada. Los del portón principal son más leales, pero también menos numerosos de lo habitual; el sumo sacerdote ordenó reforzar las cocinas para la fiesta del solsticio y eso dejó la guardia de las puertas más delgada de lo que cualquiera querría admitir.

—¿Y el Giparu?

—Ahí no puedo prometerte nada. Las mujeres que sirven a la suma sacerdotisa no se compran con la misma facilidad que un soldado aburrido de hacer guardia. Tendrás que abrirte paso tú mismo hasta el sanctasanctórum.

—Para eso me sobran los hombres.

—Para eso, comandante, sobran los hombres siempre. Lo que escasea es el momento adecuado, y esta noche, con media ciudad bebiendo cerveza por el solsticio y la otra mitad dormida, es el único que tendrás en mucho tiempo.

Lugalanne asintió, y no hubo entre ellos ningún juramento solemne, ningún apretón de manos cargado de simbolismo. Solo un cálculo compartido, frío como la piedra que llevaba escondida bajo la coraza desde hacía meses, y que esa noche, por primera vez, no necesitaba ocultar de nadie porque ya no quedaba nadie a quien temer descubrir.

A medianoche, doscientos hombres de la guardia oriental avanzaban hacia el recinto del templo en columnas silenciosas, las sandalias envueltas en trapo para no delatar su paso sobre el empedrado, las lanzas inclinadas para no rozar contra los muros de las callejuelas que serpenteaban entre las casas dormidas. Ur, ajena por completo a lo que se movía entre sus propias calles, seguía celebrando el solsticio con hogueras pequeñas en los patios y cantos que se apagaban poco a poco a medida que la cerveza vencía a los más entusiastas. En una de esas hogueras, ya casi extinguida, un grupo de niños dormía amontonado junto a sus padres, ajenos a que la columna que pasaba a media calle de distancia, cualquier otra noche habría merecido gritos de alarma en cada ventana, y aquella noche solo mereció el silencio cómplice de quienes prefirieron no asomarse a comprobar qué clase de tropa marchaba con tanto sigilo bajo la luz de la luna.

El portón sur del recinto sagrado se abrió exactamente como Adad-shuma había prometido, sin una sola voz de alarma, los guardias apartándose hacia las sombras con la mirada baja de quien ya ha cobrado su plata y prefiere no ver lo que viene después. Pero el portón principal, donde Bel-ibni, capitán de la guardia del templo, hacía su ronda con la disciplina de veinte años de servicio, no estaba dispuesto a apartarse de nada.

—¡Alto! —gritó Bel-ibni en cuanto distinguió las primeras siluetas avanzando hacia las puertas, reconociendo de inmediato, por el estandarte que algunos de los hombres todavía no habían tenido tiempo de ocultar, el emblema de la guardia oriental—. ¿Qué hace aquí la guardia oriental en plena noche, sin orden del rey que yo conozca?

—Apártate, Bel-ibni —respondió Lugalanne, saliendo al frente de la columna—. Esto no tiene por qué llegar a más.

—No puedo apartarme de mi puesto sin una orden de Sargón, comandante, y vos lo sabéis mejor que nadie. —Bel-ibni desenvainó su espada, y a su espalda, dos guardias más hicieron lo mismo, conscientes ya de que algo terrible estaba ocurriendo aunque no alcanzaran a comprender del todo qué —. Os lo pido una sola vez. Retiraos, y hablemos de esto a la luz del día, ante el consejo.

—A la luz del día ya será demasiado tarde para ambos —dijo Lugalanne, y en su voz, por primera vez esa noche, se filtró algo que no era del todo suyo.

Bel-ibni no tuvo tiempo de responder. El primer golpe de los hombres de Lugalanne lo alcanzó por el costado antes de que pudiera levantar del todo la espada, y los dos guardias que lo acompañaban cayeron casi en el mismo instante, ahogados por un número de adversarios que ninguna lealtad, por grande que fuera, podía compensar. La sangre de Bel-ibni se extendió sobre las losas de piedra que durante generaciones solo habían conocido el aceite de las lámparas rituales y el agua de las purificaciones, y nadie entre los hombres de Lugalanne se detuvo a pensar en lo que significaba aquella primera mancha sobre suelo sagrado.

—Adentro —ordenó Lugalanne, sin volver a mirar el cuerpo de Bel-ibni—. Que nadie salga de este recinto antes del amanecer.

La columna se dividió según lo planeado: la mitad de los hombres a contener cualquier resistencia en los patios exteriores, la otra mitad siguiendo a Lugalanne hacia el corazón del complejo, donde los corredores se estrechaban entre muros decorados con escenas de cosechas y de batallas antiguas que ningún escultor había imaginado jamás profanadas de esa manera. Un sacerdote anciano, despertado por el ruido, salió de su celda justo a tiempo para ver pasar la columna armada, y se pegó contra la pared con los ojos muy abiertos, demasiado asustado para gritar, demasiado viejo para huir.

—No tenéis nada que temer si no os movéis de ahí —le dijo Lugalanne al pasar, con una cortesía que sonaba más extraña que cualquier amenaza, y el anciano asintió, temblando, sin atreverse a comprobar si aquella promesa merecía alguna confianza.

Más adelante, dos jóvenes escribas que dormían en una de las salas de copiado fueron sorprendidos por los hombres de la segunda columna, y aunque ninguno de los dos llevaba arma alguna, el pánico de verse rodeados por soldados armados en plena noche bastó para que uno de ellos, el más joven, intentara correr hacia un corredor lateral antes de que una mano cerrada sobre su brazo lo detuviera en seco.

—Quietos, y no os pasará nada —dijo el soldado que lo sujetaba, con una voz que pretendía sonar tranquilizadora y solo lograba sonar cansada—. Esto no es con vosotros.

—¿Y con quién es, entonces? —preguntó el escriba mayor, la voz quebrada por el miedo pero todavía capaz de hacer la pregunta que todos en el complejo se estaban haciendo ya en silencio.

Nadie le respondió.

Más allá de la sala de copiado, Lu-Nanna había despertado con el primer clamor en los patios exteriores, y en cuanto comprendió, todavía a medio vestir, que los gritos no pertenecían a ninguna celebración del solsticio, corrió hacia el Giparu por el camino más corto que conocía, uno que cruzaba precisamente el patio donde la segunda columna de Lugalanne acababa de terminar de asegurar el perímetro.

—¡Debo llegar hasta la suma sacerdotisa! —gritó, forcejeando contra los dos soldados que lo habían sujetado por los brazos en cuanto lo vieron correr—. ¡Soltadme, en nombre de Nanna, soltadme!

—Nadie cruza este patio esta noche, sacerdote —dijo uno de los soldados, sin soltarlo, aunque tampoco con la dureza que había empleado minutos antes contra los escribas—. Quietos, y no tendrás que lamentar nada más que el susto.

—¡No sabéis lo que estáis haciendo! ¡Ella es la voz de la diosa, y vosotros...!

—Nosotros cumplimos órdenes, igual que tú cumples las tuyas —lo interrumpió el soldado, con un cansancio que sonaba más sincero que

cualquier crueldad—. Si tu diosa quiere intervenir esta noche, sacerdote, este sería un buen momento para que lo hiciera. Hasta entonces, te quedas aquí con nosotros.

Lu-Nanna dejó de forcejear, no porque hubiera renunciado, sino porque comprendió, con una claridad que le heló la sangre más que cualquier amenaza, que ningún forcejeo lo acercaría un solo paso más al Giparu esa noche, y que lo único que podía hacer por Enheduanna desde aquel patio era quedarse con vida para contar, después, lo que había visto.

Lugalanne avanzaba mientras tanto hacia la puerta del sanctasanctórum, una puerta de cedro tachonada con bronce que ningún hombre fuera de la propia Enheduanna y sus sirvientas más cercanas tenía permitido cruzar sin invitación expresa. El corredor que llevaba hasta ella se estrechaba de tal manera que solo dos hombres podían avanzar al mismo tiempo, y el silencio que reinaba allí dentro, lejos ya del tumulto de los patios exteriores, tenía una densidad que ninguno de los soldados que escoltaban a Lugalanne supo nombrar, aunque más de uno bajó instintivamente la voz, como si hablar fuerte en aquel pasillo fuera una ofensa distinta a todas las que ya habían cometido esa noche.

La voz, que durante toda la marcha había permanecido extrañamente silenciosa, como si también ella esperara este instante con una paciencia que no le había conocido antes, volvió a hablarle justo frente a esa puerta, con una claridad que le erizó la piel bajo la coraza.

Ya estás aquí, comandante. Lo que hagas a partir de ahora, lo harás tú solo.

Lugalanne se detuvo un instante con la mano apoyada sobre el bronce frío de la puerta, y por primera vez desde que encontró la piedra negra en las colinas del oriente, sintió que algo en su interior, algo que todavía podía reconocer como suyo, le pedía dar un paso atrás. Pensó, brevemente y sin quererlo, en Ibni-Adad marchando hacia una frontera donde no había amenaza alguna que enfrentar, y en lo fácil que habría sido, todavía esa misma tarde, ordenar a sus hombres regresar a los cuarteles sin que nadie en Ur supiera jamás lo cerca que había estado de cruzar aquella puerta. Detrás de él, sus hombres esperaban en silencio, las antorchas proyectando sombras largas sobre los muros donde generaciones de sacerdotisas habían dejado grabados himnos que ahora nadie en aquel corredor se detenía a leer.

Empujó la puerta.

CAPÍTULO 5

El día en que la diosa enmudeció

Ur, sanctasanctórum del templo de Nanna — la misma noche del solsticio

El interior del sanctasanctórum olía a incienso y a aceite de cedro, y la única luz provenía de un brasero bajo que proyectaba sombras largas sobre los muros cubiertos de inscripciones que ningún hombre ajeno al templo había visto jamás de cerca. Enheduanna, arrodillada frente al pequeño altar donde

oficiaba sus ritos más privados, apenas tuvo tiempo de volverse antes de que la puerta de cedro y bronce terminara de abrirse del todo y la luz de las antorchas exteriores inundara el recinto que durante generaciones había permanecido reservado solo para ella.

—¿Qué significa esto? —preguntó, levantándose de inmediato, y su voz, aunque temblaba en el borde, conservaba todavía la autoridad de quien no concibe que alguien pueda desobedecerla—. Lugalanne. ¿Has perdido la razón?

—No, suma sacerdotisa. La he recuperado, después de mucho tiempo de tenerla prestada a este imperio sin recibir nada a cambio.

Amat-Mamu, que dormía en la antesala contigua, entró corriendo al oír las voces y se interpuso entre Enheduanna y los soldados con una valentía que no medía las consecuencias.

—¡Atrás! ¡Esta es la cámara más sagrada de Ur, y vosotros...!

Un soldado la sujetó por los hombros antes de que pudiera terminar la frase y la apartó hacia un rincón, no con crueldad pero sin ninguna delicadeza tampoco, mientras ella seguía gritando el nombre de su señora hasta que otro hombre le cubrió la boca con la mano.

—No le hagáis daño —ordenó Lugalanne, sin volverse a comprobar si se le obedecía—. No a ella.

—¿Y a mí sí? —preguntó Enheduanna, retrocediendo un paso hacia el altar, aunque no había ya ningún lugar al que retroceder dentro de aquella cámara—. Mi padre te hizo comandante de la guardia oriental. Te dio honores que ningún otro general recibió tan joven. ¿Esto es lo que le devuelves?

—Tu padre me dio honores con una mano y se los entregó de vuelta a ti con la otra, cada vez que tu palabra pesaba más que veinte años de mi propia sangre derramada por este imperio. —La voz de Lugalanne, hasta entonces fría, ganó un filo que llevaba meses conteniendo—. No vine aquí por honores, suma sacerdotisa. Vine a recuperar lo que nunca debió pertenecerte solo a ti.

—No me pertenece a mí, Lugalanne. Le pertenece a Inanna, y a través de mí, a todo Ur. Si me la quitas, no me la quitas a mí. Se la quitas a tu propio pueblo.

—Mi pueblo dormirá esta noche sin saber siquiera que algo le ha sido quitado, y mañana despertará obedeciendo a un rey al que seguirá llamando elegido de los dioses, solo que esta vez los dioses no necesitarán intermediaria para hacerse oír.

Hizo una seña, y dos de sus hombres avanzaron hacia ella. Enheduanna intentó retroceder de nuevo, pero la cámara era pequeña y sagrada precisamente porque nunca había sido diseñada para una huida, y en cuestión de instantes la sujetaron por los brazos mientras Lugalanne se acercaba él mismo, despacio, como quien teme tocar algo que podría quemarle las manos.

—No te atrevas —dijo Enheduanna, y por primera vez esa noche su voz dejó de sonar como una orden y empezó a sonar como un ruego—. No sabes lo que estás haciendo. No sabes lo que le ocurrirá a Ur si me la quitas.

—Lo que le ocurrirá a Ur, suma sacerdotisa, es que por fin se gobernará con el bronce de sus hombres y no con la palabra de una mujer que nunca tuvo que pagar con sangre propia ni un solo triunfo.

Sus manos se cerraron sobre la diadema de plata y lapislázuli, y al arrancarla de su frente, Enheduanna gritó con una intensidad que ninguno de los presentes había escuchado jamás salir de su garganta, un sonido que no parecía del todo humano y que, sin embargo, dejó en el aire algo profundamente humano: el terror puro de quien siente que le arrebatan, de golpe, una parte de sí misma que creía indestructible. Cayó de rodillas, después de costado, convulsionando contra el suelo de piedra mientras un hilo de sangre le brotaba de la nariz y de las comisuras de los ojos, y sus manos, antes firmes sobre el altar, ahora solo arañaban el aire en busca de algo que ya no estaba ahí.

—¡Mi señora! —gritó Amat-Mamu, debatiéndose contra el hombre que la sujetaba, pero nadie en aquella cámara se movió para ayudarla, ni siquiera Lugalanne, que se quedó mirando el cuerpo convulso de Enheduanna con una expresión que, por un instante, no fue del todo la suya.

—¿La matamos ahora, comandante? —preguntó uno de sus hombres, con la espada ya medio desenvainada—. Sería lo más limpio. Nadie en Ur podría reprocharos haber dejado con vida a una traidora a medio morir.

—No —respondió Lugalanne, y la palabra le salió con más firmeza de la que sentía por dentro—. Nadie derrama la sangre de una elegida de Inanna sin que esa misma diosa se lo cobre tarde o temprano, y yo no necesito otra deuda más con los cielos esta noche.

—Entonces, ¿qué hacemos con ella?

Lugalanne se acercó a la diadema, que uno de sus hombres sostenía ahora con una mezcla de respeto y repulsión, como quien sostiene una brasa que todavía quema. La observó un largo instante antes de responder.

—El desierto hará lo que ninguno de nosotros se atreve a hacer con sus propias manos. Sin esto —dijo, señalando la diadema—, su mente se consumirá sola, lejos de los muros de Ur, y ningún sacerdote podrá decir jamás que un hombre la mató. Solo que los dioses, o el desierto, decidieron su destino.

—Es una sentencia más lenta que la espada.

—Es una sentencia que no me hace a mí responsable —respondió Lugalanne, con una calma que no admitía más discusión—. Llévala a las puertas del oriente antes del amanecer. Que nadie la reconozca al salir, y que nadie hable de esto hasta que yo mismo me presente ante el pueblo de Ur con una explicación que convenga a todos.

Mientras dos de sus hombres levantaban el cuerpo todavía convulso de Enheduanna, Amat-Mamu consiguió por fin zafarse del soldado que la sujetaba, aunque solo el tiempo justo para arrojarse contra Lugalanne con los puños cerrados antes de que la volvieran a contener, esta vez con más fuerza.

—¡Monstruo! ¡Pagarás esto, Lugalanne, lo pagarás aunque tengas que esperar a la otra vida para que la diosa te lo cobre!

—Llévensela también a ella —ordenó Lugalanne, sin mirarla—. Que se quede encerrada en sus propias habitaciones hasta que esto termine. No quiero más gritos esta noche.

Reunió después a los oficiales que habían dirigido el asalto en el patio principal, donde las antorchas seguían ardiendo sobre el cuerpo todavía tendido de Bel-ibni, sin que nadie se hubiera atrevido aún a retirarlo.

—A partir de esta hora, este recinto responde a mi mando y a nadie más —anunció Lugalanne, con una voz que pretendía sonar segura ante sus propios hombres—. Que los sacerdotes continúen con sus oficios habituales mientras decidimos qué hacer con ellos. Que nadie salga del templo sin mi permiso expreso, y que nadie hable de lo ocurrido esta noche fuera de estos muros hasta que yo mismo me presente ante Sargón con una explicación.

—¿Y qué explicación piensa daros, comandante? —preguntó uno de los oficiales, sin atreverse del todo a que la pregunta sonara como un reproche.

—La que convenga al imperio, y a mí mismo de paso —respondió Lugalanne, y nadie se atrevió a pedirle que fuera más preciso.

Para cuando el sol comenzó a asomar sobre los tejados de Ur, la ciudad que se había dormido celebrando el solsticio despertó a una calma extraña y vigilada: soldados de la guardia oriental apostados en cada esquina del recinto del templo, el portón principal cerrado a cal y canto, y un silencio en las calles que ningún pregonero se atrevía todavía a romper con explicaciones, porque ni ellos mismos las tenían. En el palacio, Sargón, que había dormido las últimas horas de la noche sin saber nada de lo ocurrido, fue despertado por un consejero pálido que apenas conseguía ordenar las palabras.

—Mi rey... el templo de Nanna... la guardia oriental ha tomado el recinto sagrado durante la noche, y de la suma sacerdotisa nadie sabe dar razón.

Sargón se incorporó de golpe, con la misma rapidez con que se incorporaba ante cualquier amenaza de guerra, aunque ninguna campaña de las que había librado en treinta años de reinado lo había preparado para una noticia como aquella.

—¿Lugalanne? —preguntó, casi sin voz—. Dime que no es Lugalanne.

El consejero no respondió, porque no necesitaba hacerlo.

Itti-Bel llegó al palacio antes incluso de que Sargón terminara de vestirse, alertado por sus propios hombres, y entró sin esperar a que lo anunciaran formalmente.

—Mi rey, reúno ya a las tropas de mi mando. Si Lugalanne ha tomado el templo, lo recuperamos antes del mediodía.

—¿Y los hombres de Lugalanne? ¿Cuántos lo siguen?

—Toda la guardia oriental, según me dicen. Doscientos hombres, quizá más.

Sargón cerró los ojos un instante, calculando con la frialdad de treinta años de guerra lo que aquel número significaba para una ciudad que aún no sabía si debía considerarse en guerra consigo misma.

—Reúne a tus hombres, Itti-Bel, pero no avances todavía. Quiero saber primero qué ha pasado con mi hija antes de que el bronce decida algo que ya no pueda deshacerse.

Puzur-Sin se presentó poco después, y si algo en su rostro delataba más cautela que sorpresa ante la noticia, ningún hombre en aquel salón, demasiado ocupado con su propio temor, se detuvo a notarlo.

—Lo que ordene mi rey —dijo simplemente, cuando Sargón le pidió que mantuviera a sus tropas listas pero quietas, y nadie repararía hasta mucho después en cuánto tiempo había tardado en pronunciar esas cuatro palabras.

A esa misma hora, lejos ya de los muros de Ur, dos soldados arrastraban entre las dunas a una mujer que apenas conseguía sostenerse sobre sus propios pies, la frente desnuda bajo el sol que comenzaba a quemar. Ninguno de los dos le había dirigido la palabra desde que cruzaron la puerta del oriente, no por crueldad sino por una incomodidad que ninguno sabía nombrar, la misma incomodidad de quien sospecha que está participando de algo que los dioses, tarde o temprano, encontrarán manera de juzgar.

—Hasta aquí llega la orden —dijo finalmente uno de ellos, deteniéndose junto a la primera línea de dunas que el camino real ya no alcanzaba a tocar—. Más allá no responde Ur por lo que le ocurra.

Dejaron caer a Enheduanna sobre la arena todavía fresca de la noche, sin ceremonia ni palabra de despedida, y dieron media vuelta hacia la ciudad sin volver a mirar atrás, como si no mirar fuera la única manera de no llevarse consigo, también ellos, una parte de aquella culpa. Enheduanna quedó tendida bajo un cielo que empezaba a clarear sin diadema, sin séquito, sin la voz que durante años le había permitido ver más allá de lo que sus propios ojos alcanzaban, y por primera vez desde que era niña, el mundo que la rodeaba guardó silencio absoluto, un silencio que no se parecía a la paz sino a una herida abierta de par en par.

CAPÍTULO 6

El destierro y la ceguera

Desierto al oriente de Ur — los tres días siguientes al golpe de Lugalanne

El primer amanecer sin la diadema lo pasó tirada en la arena sin moverse, no porque hubiera decidido quedarse sino porque su cuerpo, que durante años había obedecido a una mente capaz de calcular el movimiento de ejércitos

enteros, ya no encontraba la señal que le indicara hacia dónde ir. El sol subió despacio, como siempre, y el calor que Enheduanna había conocido toda su vida como un hecho más del mundo, predecible y manejable, se convirtió de pronto en algo que no sabía cómo anticipar. Antes habría sabido la temperatura exacta que alcanzaría aquel desierto al mediodía con días de antelación. Ahora solo sentía que quemaba, y que seguiría quemando, y que más allá de eso su mente no tenía nada más que ofrecerle.

Intentó ponerse de pie dos veces antes de conseguirlo. La tercera vez logró sostenerse sobre las rodillas un momento, miró hacia el horizonte sin que el horizonte le devolviera ninguna información útil, y comprendió, con la claridad brutal que a veces tiene la desesperación, que no sabía en qué dirección quedaba el agua más cercana. Nunca lo había necesitado saber. Siempre había habido alguien que se lo dijera, o simplemente siempre había sabido ella misma, sin que nadie se lo dijera, porque la diadema lo sabía primero.

La diadema ya no estaba.

Se puso a caminar hacia el norte porque el norte era el único punto cardinal que podía calcular por la posición del sol, y caminar en alguna dirección, aunque fuera la equivocada, le parecía preferible a esperar sentada a que el desierto terminara el trabajo que Lugalanne le había encomendado. El suelo bajo sus sandalias pasó de arena suelta a piedra caliza y de vuelta a arena en un ciclo que no guardaba ningún patrón que ella pudiera identificar, y en algún momento del mediodía, cuando el calor llegó a su punto más alto, comenzó la primera migraña.

No había experimentado nada parecido antes, o sí, pero tan brevemente y tan envuelta en el contexto del templo que siempre había podido atribuirlo a la fatiga del ritual, al precio que la diosa cobraba por el don, como decían los sacerdotes. Esto era diferente. Esto era como si alguien le hubiera abierto el cráneo para meter adentro algo demasiado caliente y demasiado grande, y la presión buscaba salida por todos los orificios de su cabeza al mismo tiempo. Cayó de rodillas por segunda vez en el día, sin que hubiera nadie cerca para verlo, y permaneció así durante un tiempo que no supo medir, apretándose las sienes con ambas manos mientras el paisaje a su alrededor perdía primero los contornos y después los colores.

Cuando la migraña retrocedió lo suficiente para que pudiera volver a ver con claridad, el sol estaba más bajo y las sombras de las dunas se habían alargado hacia el oriente. Había perdido horas. No sabía cuántas. Antes de la diadema tampoco lo habría sabido, pero antes de la diadema tampoco habría importado, porque nunca había estado sola en el desierto sin agua ni escolta ni la más mínima idea de cuánto tiempo le quedaba antes de que el cuerpo empezara a fallar de maneras que ninguna plegaria a Inanna podía revertir.

Siguió caminando porque no había otra opción. Siguió hasta que las piernas empezaron a protestar y la boca se le secó de una manera que le resultó casi ofensiva en su banalidad, ella que había gestionado el suministro de agua de ciudades enteras sin pensarlo dos veces, reduciéndose ahora a la misma

necesidad elemental de cualquier animal de las colinas. A medida que el sol descendía, la temperatura bajó lo suficiente para que el cuerpo dejara de ser el problema más urgente, y entonces el problema más urgente volvió a ser la mente.

Porque la mente no callaba. Sin el flujo constante de datos que la diadema le suministraba, el cerebro de Enheduanna no encontraba cómo ocuparse, y el resultado no era el silencio sino el ruido: imágenes sin orden que se sucedían sin propósito, cálculos que empezaban y no terminaban, patrones que su mente intentaba construir sobre la nada porque construir patrones era todo lo que sabía hacer, y la nada se resistía a dejarse ordenar de cualquier manera que tuviera sentido. Era como intentar leer una tablilla en la que alguien hubiera borrado todas las cuñas excepto las marcas más tenues, las que solo dejan huella en la arcilla sin llegar a convertirse en escritura.

La segunda noche la pasó tendida sobre una roca plana que conservaba el calor del día, temblando a pesar de ello cada vez que el viento subía, y mirando un cielo que en otras circunstancias habría sabido interpretar en términos de estaciones y presagios y que ahora solo le devolvía la indiferencia de los astros, que seguían su curso sin ningún interés particular por lo que le ocurriera a una mujer abandonada en un desierto del que no conocía los límites.

En algún momento de aquella segunda noche, cuando el agotamiento empezó a ganarle terreno a la migraña y los ojos empezaron a cerrarse solos, tuvo el primero de los sueños. No se parecía a los sueños ordinarios, y tampoco se parecía, del todo, a las visiones que la diadema le había proporcionado durante años. Era algo intermedio: fragmentado, impreciso, con la textura de algo que intenta transmitirse a través de un canal dañado y solo consigue llegar en pedazos. Vio el zigurat de Ur, pero no como lo recordaba sino como nunca lo había visto, desde una altura que no correspondía a ningún punto de la ciudad desde el que pudiera haberse observado, brillando con una luz que no provenía del fuego de su cima sino de algo más profundo, algo incrustado en su propia estructura. Y oyó, o creyó oír, un sonido que no era exactamente una voz pero que tampoco era exactamente ruido, algo en el límite entre los dos que se desvaneció en el instante en que intentó concentrarse en él.

Despertó con la boca más seca que la noche anterior y la certeza, difícil de justificar pero imposible de ignorar, de que lo que había soñado no era solo un sueño. No sabía qué más podía ser. Pero no era solo un sueño.

Despertó con la boca más seca que la noche anterior y la certeza, difícil de justificar pero imposible de ignorar, de que lo que había soñado no era solo un sueño. No sabía qué más podía ser. Pero no era solo un sueño.

El tercer día comenzó con el intento de calcular cuánto tiempo podría sobrevivir sin agua, y la amarga constatación de que ese cálculo, que antes habría completado en fracciones de instante con una precisión que no dejaba margen de error, ahora requería un esfuerzo extenuante del que emergía con cifras que no le inspiraban ninguna confianza. Doce horas, quizás. Quizás

menos, dado el calor y el esfuerzo de los días anteriores. Quizás más, si encontraba sombra. La imprecisión la irritó con una intensidad desproporcionada, como si no fuera la sed el problema real sino la incapacidad de medirla con exactitud.

Anduvo poco. Las piernas habían decidido, con una pragmática ajena a cualquier determinación de la mente, que no tenían combustible para otra jornada como las anteriores, y Enheduanna se vio reducida a buscar sombra entre las rocas y a esperar, que era exactamente lo opuesto de todo lo que había hecho con su vida durante el tiempo que llevaba siendo suma sacerdotisa. Esperar sin saber. Sin calcular. Sin anticipar. Solo esperar, con la única certeza de que algo o alguien llegaría, o no llegaría, y que ningún poema ni ninguna plegaria que pudiera recitar bajo aquel sol cambiaría el resultado ni un instante.

Fue en ese estado, sentada a la sombra de una formación de roca con los ojos entornados contra la reverberación del calor, cuando los nómadas la encontraron.

Los oyó antes de verlos, porque se había sentado a la sombra de una formación de roca y desde allí el sonido llegaba antes que la imagen: el paso de los asnos sobre la piedra, el roce de las tiendas dobladas sobre los lomos de los animales de carga, voces humanas hablando en una variante del sumerio que Enheduanna entendía con esfuerzo pero entendía. Cuando la columna pequeña de la tribu doblaba el recodo de la roca y la primera mujer la vio, el grito de sorpresa que dio fue suficiente para detener a todo el grupo en el acto.

Se llamaba Ninbanda, y aunque llevaba ya muchos años recorriendo aquellos desiertos con su gente, el aspecto de Enheduanna, cubierta de polvo pero con las joyas de lapislázuli que nadie le había quitado todavía, y con la marca en la frente donde la diadema había descansado durante años, grabada en la piel como si el metal hubiera dejado su huella, le bastó para hacer una señal de respeto instintiva antes de acercarse con cautela.

—¿Puedes hablar? —preguntó Ninbanda, en el sumerio de las rutas comerciales, más simple y más directo que el de los templos.

—Puedo —respondió Enheduanna, con una voz que sonó más extraña que nunca en sus propios oídos, áspera por la sed y por los dos días de silencio.

—¿Vienes de Ur?

—Sí.

—¿Sola?

—Ahora sí.

Ninbanda estudió la marca de su frente, las joyas, el estado de sus sandalias, que eran demasiado finas para haber caminado mucho tiempo pero que llevaban claramente el polvo de dos días de marcha, y tomó la decisión con la rapidez práctica de quien sabe que las preguntas adicionales pueden esperar y el agua no.

—Viene con nosotros —dijo, dando media vuelta hacia el resto de la tribu, y aquello fue todo, sin explicación ni deliberación adicional.

El anciano que encabezaba formalmente el grupo, un hombre de nombre Ur-Namma que compartía nombre con un rey sin que eso le incomodara en absoluto, se acercó cuando ya le habían dado a Enheduanna agua y un trozo de pan de cebada, y la estudió con la misma calma con que un hombre de su edad estudia casi todo, es decir, sin apresurarse a concluir nada.

—La marca de tu frente —dijo, señalándola con un dedo que los años habían curvado pero no habían debilitado del todo—. La he visto antes. No en una persona, sino en un dibujo, en una tablilla que un escriba de Ur nos mostró hace muchos años a cambio de que lo guiáramos hasta el oasis del este. Decía que era la marca de la suma sacerdotisa de Nanna.

Enheduanna no respondió de inmediato. Miró a Ur-Namma a los ojos, y algo en la manera en que el anciano sostenía la mirada, sin miedo y sin devoción excesiva, solo con el interés tranquilo de quien ha visto demasiadas cosas para sorprenderse fácilmente, le hizo tomar una decisión que en circunstancias normales habría consultado antes con alguien.

—Esa era yo —dijo.

Ur-Namma asintió, como si aquello confirmara algo que ya sospechaba y que no alteraba en lo esencial su valoración de la situación.

—¿Y la diadema?

—Me la quitaron.

—¿Los hombres que te enviaron al desierto?

—Sí.

El anciano volvió a asentir, con la economía de quien no necesita más detalles para entender lo que ha pasado, o al menos para entender lo suficiente.

—Aquí nadie tiene por qué saber más que lo que tú quieras contarles —dijo finalmente—. Llevas las marcas de alguien que los dioses conocen de cerca, y eso, en este grupo, es suficiente razón para no dejarte en el desierto. Lo que hayas hecho o lo que te hayan hecho en Ur es asunto de Ur, y Ur queda hoy bastante lejos.

Enheduanna lo miró, y por primera vez desde que los soldados la habían dejado caer sobre la arena, sintió algo que no era exactamente alivio sino su precursor más frágil, la sensación de que quizá, todavía, el mundo no había terminado de decidir qué hacer con ella.

Esa noche acamparon en un pequeño oasis que Ur-Namma conocía como si fuera un patio de su propia casa, y Enheduanna durmió bajo una tienda prestada con la cabeza todavía zumbando de una manera que no se parecía al dolor sino a un silencio que protestaba por sí mismo, como el silencio de una ciudad después de un terremoto, cuando el ruido ha terminado pero las paredes todavía vibran. Antes de cerrar los ojos, miró durante un momento las estrellas que se veían por la abertura de la tienda, y pensó que en otros

tiempos habría sabido exactamente qué le decían sobre las próximas semanas.

Ahora solo eran estrellas. Hermosas, indiferentes y completamente mudas.

CAPÍTULO 7

La voz de las dunas

Campamento de la tribu de Ur-Namma — días y semanas siguientes al encuentro

Los nómadas no hacían preguntas innecesarias. Eso fue lo primero que Enheduanna aprendió de ellos, y en las primeras semanas de su vida entre la tribu, aquella costumbre le resultó más valiosa que cualquier comodidad material que pudieran ofrecerle. Nadie le preguntó qué había hecho para merecer el desierto. Nadie le preguntó por qué le faltaba la diadema ni qué significaba la marca que le había dejado en la frente. La recibieron con la misma economía con que Ur-Namma había tomado la decisión de no dejarla atrás: como un hecho del mundo que había que gestionar, no como un misterio que hubiera que resolver antes de actuar.

Su lugar en la tribu se estableció solo, sin que nadie lo decretara. Dormía en la tienda de Ninbanda, que tenía dos hijas pequeñas y un marido que pasaba largas temporadas conduciendo caravanas hacia el norte y que por tanto no estaba casi nunca presente para opinar sobre las decisiones domésticas. Las hijas, Ninsun y Lilit, de siete y nueve años respectivamente, aceptaron a la recién llegada con la indiferencia práctica de los niños que ya han visto suficientes cosas extrañas para no escandalizarse por una más, aunque Lilit, la mayor, la observaba a veces desde lejos con una atención fija y silenciosa que resultaba más penetrante que cualquier pregunta directa.

Los días tenían una estructura que Enheduanna tardó dos semanas en aprender a seguir sin cometer errores. La tribu se despertaba antes del amanecer, cuando el fresco todavía permitía cargar los asnos y doblar las tiendas sin sudar, y marchaba durante las horas más tempranas de la mañana antes de que el sol se pusiera a trabajar en serio. A mediodía buscaban sombra y descansaban. Al caer la tarde marchaban de nuevo, si el siguiente punto de agua lo justificaba, o montaban el campamento si ya habían llegado a donde querían estar. Era una rutina dictada enteramente por el agua y por el calor, dos variables que Enheduanna habría calculado con semanas de antelación en cualquier otra circunstancia, y que ahora simplemente seguía porque Ur-Namma las conocía desde niño y no necesitaba que nadie se las calculara.

Esa dependencia silenciosa la incomodaba más de lo que habría querido admitir en voz alta. Ella, que había gestionado el aprovisionamiento de agua de todo el sur de Ur, que había anticipado inundaciones y sequías con una precisión que a los ingenieros del canal les llevaba semanas de medición alcanzar, ahora esperaba que un anciano nómada le dijera cuándo caminar y

cuándo detenerse. No era ingratitud. Era la irritación específica de quien ha perdido una herramienta tan integrada a su manera de existir que su ausencia se nota no en momentos grandes sino en los más pequeños, en el instante de levantar los ojos al cielo y no saber nada de lo que el cielo está pensando.

Las migrañas continuaron durante la primera semana, aunque con menos intensidad que en el desierto abierto, como si el simple hecho de estar rodeada de personas y de una rutina que no exigía ningún cálculo urgente le diera al cerebro algo con qué ocuparse de manera más benigna. Ninbanda le preparó una infusión de raíces amargas que según ella servía para los dolores de cabeza que venían de adentro, y aunque Enheduanna no habría sabido decir si el alivio lo producía la infusión o simplemente el descanso, dejó de preguntar y empezó a beberla cada noche sin comentarios.

Fue Ur-Namma quien más tiempo le dedicó en aquellas primeras semanas, sin que eso pareciera costarle ningún esfuerzo especial. El anciano tenía la costumbre de sentarse junto al fuego después de cenar con la misma tablilla de madera entre las manos, una tablilla vieja y gastada que usaba para ensayar cuentas y no para otra cosa, y a veces invitaba a Enheduanna a sentarse con él con un simple gesto de la mano que podía ignorarse sin ofensa.

—¿Qué sabes de las tribus del norte? —le preguntó una de esas noches, sin levantar la vista de su tablilla—. Las que comercian con Akkad por las rutas del cedro.

—Conozco sus patrones de movimiento —respondió Enheduanna, con más automatismo que reflexión—. En otoño se acercan a los pasos del este buscando acceso a las ferias de cobre. En invierno retroceden hacia el interior porque las nevadas cierran las rutas altas.

—¿Y sabes eso porque lo aprendiste, o porque lo viste antes de que ocurriera? Enheduanna lo miró. Ur-Namma seguía con los ojos en su tablilla.

—Las dos cosas —dijo ella, después de un momento.

—¿Y ahora puedes seguir viéndolo?

—No. Ya no.

El anciano asintió, sin sorpresa ni compasión, con la misma expresión con que habría registrado el hecho de que una herramienta se hubiera roto.

—¿Y si una parte de esa capacidad siguiera ahí, aunque ya no pudieras usarla del mismo modo?

Enheduanna tardó en responder.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque te he observado durante dos semanas, y hay momentos en que miras el horizonte de una manera que no tiene nada que ver con mirar el horizonte —dijo Ur-Namma, con tranquilidad—. Hay momentos en que tu cabeza está en algún otro lugar, aunque tu cuerpo esté aquí con nosotros. No

lo digo para asustarte. Lo digo porque en esta tribu, la gente que tiene ese tipo de mirada generalmente acaba siendo útil de maneras que no siempre se pueden explicar de antemano.

Enheduanna no respondió aquella noche, pero la pregunta le quedó dando vueltas con la tenacidad de las cosas que se formulan en el momento exacto en que la mente está lista para recibir las aunque todavía no lo sepa.

Los sueños continuaban. Fragmentados, irregulares, como señales de humo que alguien mandara desde muy lejos sin poder garantizar que el viento las llevara en la dirección correcta. Algunas noches el zigurat con su luz interior. Otras noches solo la sensación de un sonido que no terminaba de ser sonido. Dos veces vio, o creyó ver, el rostro de Lugalanne en un contexto que no correspondía a ningún recuerdo suyo, rodeado de algo que no se parecía a ningún paisaje de Mesopotamia que ella conociera, como si el sueño intentara mostrarle algo que su propia experiencia no tenía categorías para procesar.

Dejó de intentar interpretarlos con el aparato mental de una suma sacerdotisa y empezó a tratarlos como lo que en apariencia eran: sueños perturbadores después de un trauma, que era lo que cualquier persona sensata diría que eran, y que era también lo más cómodo de creer mientras no hubiera manera de demostrar lo contrario.

Fue a finales de la tercera semana cuando ocurrió lo que cambió esa decisión.

La tribu había acampado en un punto llano entre dos formaciones de roca baja, un lugar que Ur-Namma frecuentaba porque el suelo conservaba la humedad suficiente para que los asnos pastaran sin demasiado esfuerzo. Era una tarde tranquila, sin viento, con el cielo de ese naranja limpio que en el desierto anuncia la llegada de la noche sin complicaciones. Ninsun y Lilit jugaban cerca de los asnos, Ninbanda remendaba una de las tiendas con el hilo de cáñamo que guardaba siempre en una bolsa al costado del cinturón, y Enheduanna estaba sentada a distancia prudente del fuego, mirando sin propósito particular el horizonte occidental, cuando sintió algo.

No era la migraña. Era diferente, más parecido a la sensación de los primeros años con la diadema, cuando el flujo de datos todavía no se había integrado del todo a su manera de percibir y llegaba en oleadas reconocibles como algo separado de ella misma. Una presión detrás de los ojos, no dolorosa sino urgente, que empujaba hacia afuera una imagen que al principio no logró sostener con suficiente claridad para describirla, pero que cuando por fin tomó forma fue suficientemente nítida para que se pusiera de pie sin darse cuenta.

—Levantad las tiendas —dijo, en voz más alta de lo que pretendía, lo suficiente para que Ninbanda levantara la vista de su remiendo con una expresión de sorpresa.

—¿Qué ocurre?

—Hay una tormenta de arena que viene del suroeste. Llegará antes de que oscurezca del todo. Hay que mover los asnos hacia el resguardo de las rocas del norte y apretar bien las cuerdas de las tiendas o las perderemos.

Ninbanda la miró un segundo, valorando no tanto las palabras como el tono con que estaban dichas, y después miró al horizonte suroeste, donde el cielo seguía limpio y naranja sin el menor indicio de nada que pudiera llamarse tormenta.

—El cielo está despejado.

—Todavía, sí. No lo estará en una hora.

—¿Cómo lo sabes?

Enheduanna abrió la boca para responder y la cerró de nuevo, porque la respuesta honesta era que no lo sabía de ninguna manera que pudiera explicar en términos que Ninbanda pudiera aceptar sin más preguntas, y las preguntas adicionales consumirían el tiempo que ya no tenían si la imagen que se le había formado detrás de los ojos correspondía a algo real.

—Lo sé —dijo solamente—. Por favor.

Ninbanda sostuvo su mirada otro instante, y después llamó a su hija mayor.

—Lilit, ve a buscar a Ur-Namma y dile que la señora de la diadema quiere mover los asnos hacia las rocas del norte.

Cuando Ur-Namma llegó y escuchó la explicación, tampoco miró al cielo ni pidió más detalles. Solo hizo una seña a los hombres de la tribu que estaban desensillando los animales, y en media hora el campamento estaba reorganizado con las tiendas apretadas contra las rocas del norte y los asnos agrupados en el único ángulo que ofrecía algo parecido a un refugio natural.

La tormenta llegó cincuenta minutos después, según el cálculo aproximado de Ur-Namma, que era el único de la tribu que medía el tiempo de manera sistemática. Duró tres horas. Cuando pasó y la arena se asentó y quedaron visibles los postes de lo que habría quedado de las tiendas si las hubieran dejado donde estaban, nadie dijo nada durante un buen rato. Luego Lilit se acercó a Enheduanna con la expresión de quien acaba de decidir una cosa importante.

—Mi madre dice que Inanna a veces elige a sus favoritas de maneras que los demás no entienden de inmediato —dijo la niña, con la seriedad de los nueve años—. Yo creo que mi madre tiene razón.

—Tu madre es una mujer sabia —respondió Enheduanna.

—¿Tú lo crees también? ¿Que Inanna te eligió?

Enheduanna miró a la niña un momento antes de responder, y en ese momento pasó por su mente, brevísimo pero real, el recuerdo del sueño del zigurat brillando con una luz que no provenía de ningún fuego conocido.

—Creo que hay cosas que me eligieron —dijo finalmente—, aunque todavía no estoy segura de cómo llamarlas.

Lilit asintió, aparentemente satisfecha con esa respuesta, y se fue a ayudar a su madre a revisar las cuerdas de la tienda, dejando a Enheduanna sola junto al fuego que alguien había vuelto a encender, mirando el horizonte suroeste por donde la tormenta ya se alejaba, y sintiendo que lo que se había movido detrás de sus ojos esa tarde no había terminado de moverse, que era apenas el primer indicio de algo que volvería, más claro o más doloroso, en las noches que quedaban por delante.

Esa misma madrugada tuvo el sueño más intenso hasta entonces. No fue el zigurat esta vez. Fue Ur, vista desde arriba, con algo que se movía por sus calles en formaciones demasiado ordenadas para ser procesiones religiosas y demasiado silenciosas para ser un ejército en marcha, y en el centro de todo, el templo de Nanna convertido en algo que ella no reconocía pero que le producía un miedo visceral y sin nombre que seguía ahí, apretado en el pecho, mucho tiempo después de haber abierto los ojos.

Salió de la tienda sin despertar a Ninbanda ni a las niñas, y encontró a Ur-Namma sentado junto a las brasas del fuego que se había reducido ya a su mínima expresión, con su tablilla de madera entre las manos como siempre. No preguntó cómo sabía que iba a salir. Simplemente la miró y esperó.

—He soñado con Ur —dijo Enheduanna, envolviéndose en la manta que había traído de la tienda.

—¿Cómo la has soñado?

—Enferma. —Buscó otra palabra, y no la encontró—. Como cuando un hombre tiene fiebre y su cuerpo todavía parece el mismo de siempre pero algo adentro ya no funciona como debe. Así.

—¿Y tu padre?

—No lo he visto. Solo la ciudad. Y el templo, que ya no se parecía a lo que recuerdo.

Ur-Namma depositó la tablilla sobre sus rodillas y miró las brasas con la misma calma con que miraba todo.

—En mi experiencia, los sueños que dan miedo son de dos clases. Los que vienen de lo que uno teme que pueda ocurrir, que son la mayoría, y los que vienen de lo que ya está ocurriendo, que son más raros y más difíciles de ignorar. ¿Sabes cuál de los dos es este?

—No con certeza —respondió Enheduanna—. Pero me inclino por el segundo.

—Entonces conviene que te recuperes cuanto antes —dijo el anciano, con una sencillez que no intentaba disimular lo que implicaba—. Porque lo que ya está ocurriendo no suele esperar a que los testigos estén listos para verlo.

Enheduanna no respondió, pero se quedó junto a las brasas hasta que la primera claridad del amanecer empezó a insinuarse en el horizonte, pensando en lo que Ur-Namma no había dicho y que sin embargo estaba en cada una de sus palabras: que recuperarse, fuera lo que fuera lo que eso significara sin la diadema, tendría que ocurrir antes de que los sueños se volvieran demasiado claros para seguir llamándolos simplemente sueños.

CAPÍTULO 8

El templo profanado

Ur, recinto del templo de Nanna — semanas después del golpe de Lugalanne

Los escribas de Ur habían pasado toda su vida adulta aprendiendo que el conocimiento era sagrado, que las tablillas que copiaban eran la memoria del mundo y que su oficio, por humilde que pareciera desde afuera, era el hilo que evitaba que la civilización se olvidara de sí misma cada generación. Nadie les había enseñado cómo se comporta ese conocimiento cuando el hombre que lo exige a punta de lanza no sabe leer lo que está pidiendo que escriban.

Ur-kabta llevaba treinta años como escriba principal del templo de Nanna. Había copiado himnos, contratos de préstamo, registros de cosecha, cartas diplomáticas en cuatro lenguas distintas, y dos veces en su carrera había tenido el honor de transcribir palabras dictadas por la propia suma sacerdotisa. Era un hombre menudo, de manos sorprendentemente firmes para su edad, que guardaba sus estiletes con el mismo cuidado con que un general guarda sus armas y que dormía mal cada vez que la humedad de la sala de copiado amenazaba con arruinar las tablillas que tenía a medio terminar. Nada en su formación lo había preparado para la mañana en que los soldados de Lugalanne entraron en la sala de copiado, apilaron sin ningún cuidado las tablillas de los estantes más bajos, y le pusieron delante una hoja de lino en blanco con la instrucción de que copiara, con la misma exactitud de siempre, los símbolos que un hombre sin nombre le iba a dictar.

—No entiendo qué es esto —dijo Ur-kabta, mirando los trazos que el hombre sin nombre había dibujado sobre la hoja de lino, trazos que no pertenecían a ningún sistema de escritura que él hubiera visto en treinta años de oficio.

—No tienes que entenderlo. Tienes que copiarlo.

—Un escriba que copia sin entender no es un escriba. Es una herramienta.

El soldado que supervisaba la sesión dio un paso hacia él con una paciencia que tenía un límite visible.

—Esa es exactamente la clase de herramienta que necesitamos hoy. ¿Alguna objeción más?

Ur-kabta no tuvo ninguna objeción más, al menos no en voz alta. Tomó su estilete y comenzó a copiar.

Llevaban tres semanas así, desde el amanecer hasta que la luz ya no alcanzaba para los trazos finos que el trabajo requería, en turnos que incluían a los doce escribas que el templo tenía en plantilla y a otros cuatro que habían sido traídos de los talleres comerciales de la ciudad con una mezcla de promesas y amenazas que ninguno de ellos había tenido tiempo de sopesar con calma antes de encontrarse ya sentado frente a una tablilla con un soldado detrás. Lo que copiaban era siempre lo mismo: esa serie de trazos que no correspondían a ningún cuneiforme conocido, dispuestos en patrones que variaban ligeramente de un día para otro según las indicaciones del

hombre sin nombre, que parecía recibir esas indicaciones de Lugalanne en reuniones privadas a las que ningún escriba tenía acceso.

El trabajo no era solo de escritura. Cada ciertos días, grupos de albañiles entraban al recinto con herramientas que ningún arquitecto del templo había pedido, y realizaban modificaciones en los muros y en las cámaras interiores que los sacerdotes más viejos observaban desde lejos con una consternación que preferían no expresar en voz alta mientras los soldados estuvieran presentes. Se abrían nichos en paredes que llevaban generaciones cerradas, se instalaban objetos de bronce de formas que ningún artesano de Ur habría diseñado porque ningún culto conocido los necesitaba, y en la terraza superior del zigurat, donde antes ardía el fuego perpetuo, se construía algo que desde abajo parecía una plataforma nueva, demasiado grande para un altar y con una orientación que un sacerdote entendido en astronomía, si hubiera tenido permiso para hablar, habría identificado como deliberadamente alineada con el horizonte del amanecer del solsticio.

Lu-Nanna, confinado desde la noche del golpe en sus habitaciones del Giparu con libertad de movimiento restringida al recinto interior del templo, observó aquella construcción en la terraza durante días antes de atreverse a comentarla con Dumuzi-gamil, el sacerdote más anciano del colegio de Nanna y el único que a su edad parecía haber alcanzado una ecuanimidad que los más jóvenes todavía no podían permitirse.

—¿Ves lo que están construyendo ahí arriba? —preguntó Lu-Nanna, sentado junto al anciano en el pequeño patio interior donde los sacerdotes tomaban el fresco de la tarde.

—Lo veo —respondió Dumuzi-gamil, sin levantar la vista del tejido que llevaba entre manos desde antes del golpe y que seguía avanzando con una serenidad que desconcertaba a los más jóvenes.

—¿Qué crees que es?

—No lo sé. Y eso es lo que más me inquieta, porque en sesenta años de oficio, nunca había visto algo en este templo que no supiera nombrar.

—¿Y qué hacemos?

Dumuzi-gamil dejó el tejido sobre sus rodillas y miró a Lu-Nanna con la expresión de quien no tiene una respuesta fácil pero tampoco ve motivo para disimularlo.

—Lo que siempre han hecho los sacerdotes cuando el poder temporal decide que el templo le pertenece: recordar. Recordar con exactitud qué estaba aquí antes de que llegaran, para que cuando se vayan, y tarde o temprano siempre se van, quede alguien que sepa cómo debería verse esto sin sus modificaciones.

—¿Y si no se van?

—Lu-Nanna, llevas sirviendo en este templo ocho años, y eres todavía lo suficientemente joven para creer que lo que estás viendo ahora podría ser permanente. Yo llevo más de medio siglo, y te aseguro que nada de lo que los

hombres construyen apresuradamente, guiados por un dios que nadie más puede oír, dura tanto como creen que durará.

Lu-Nanna permaneció en silencio un momento, mirando la silueta de la plataforma en construcción sobre la terraza del zigurat.

—Hace dos noches oí a uno de los soldados hablar del solsticio —dijo—. Decía que para el solsticio todo tiene que estar terminado o el comandante Lugalanne respondería de ello personalmente.

—¿Qué solsticio? ¿El de verano o el de invierno?

—No lo especificó. Pero por el ritmo en que trabajan, diría que no tienen tiempo para esperar el de invierno.

Dumuzi-gamil retomó su tejido sin prisa, aunque Lu-Nanna advirtió que los dedos del anciano tardaron un instante más de lo habitual en encontrar el hilo.

—Entonces tenemos semanas, no meses. —Hizo una pausa breve—. Bien. Semanas son suficientes para que ocurran muchas cosas, entre ellas que Sargón encuentre la manera de recuperar lo que le han quitado. No le subestimes, muchacho. Ese hombre sobrevivió a una infancia en un río. No va a dejarse vencer por un general al que nombró él mismo.

—¿Y si para entonces ya es demasiado tarde? ¿Si lo que construyen ahí arriba funciona antes de que Sargón pueda hacer algo?

El anciano no respondió de inmediato. Miró la terraza, donde en ese momento dos albañiles colocaban una pieza de bronce con la concentración de quien sabe que no puede permitirse un error, y cuando volvió a hablar lo hizo en voz más baja.

—Entonces rezamos para que alguien, en algún lugar, esté haciendo una pregunta mejor que la que nosotros podemos hacer desde aquí.

En los talleres del recinto, Ur-kabta había encontrado mientras tanto la única forma de resistencia que estaba a su alcance sin exponerse a una consecuencia inmediata: ralentizar. Copiaba con la precisión de siempre, porque falsificar los trazos podría detectarse fácilmente, pero lo hacía a un ritmo que rozaba el límite inferior de lo que un escriba competente podía justificar por delante de un supervisor sin conocimientos de escritura. Cada tablilla que tardaba una hora extra era una hora que la construcción en la terraza no podía avanzar por falta de las instrucciones que los albañiles esperaban. Era una resistencia tan pequeña que resultaba casi cómica, y Ur-kabta lo sabía, pero era la única que tenía.

Un escriba joven llamado Shulgi-atal, que llevaba menos de un año en el templo y que todavía conservaba algo del entusiasmo de quien no ha visto suficiente para desengañarse del todo, se acercó a él una tarde mientras los soldados supervisores se distraían con una discusión entre ellos.

—Maestro Ur-kabta —susurró—, he visto los símbolos que copiamos. He intentado buscarlos en todos los sistemas de escritura que conozco.

—¿Y?

—No están en ninguno. Ni en el sumerio antiguo, ni en el acadio, ni en los signos que usan los comerciantes del norte. Es como si alguien hubiera inventado una lengua nueva para este único propósito.

—O como si fuera una lengua muy antigua que ninguno de nosotros ha tenido ocasión de aprender —respondió Ur-kabta, en el mismo tono bajo.

—¿Creéis que Lugalanne sabe lo que significan?

—Creo que alguien que él escucha se lo ha dicho, y que eso es suficiente para él. Lo que me preocupa es algo distinto, Shulgi-atal.

—¿Qué?

Ur-kabta miró hacia la terraza superior, donde los albañiles seguían trabajando a pesar de que la luz de la tarde ya empezaba a resultar insuficiente para los detalles finos.

—Me preocupa que alguien que diseña una escritura enteramente nueva, para un único propósito, en un único lugar, y que necesita que la copien con exactitud sin errores, sabe muy bien lo que está haciendo. Y eso significa que lo que está haciendo importa más de lo que cualquiera de nosotros puede imaginar desde aquí abajo.

—¿Entonces qué hacemos?

Ur-kabta lo miró un momento con algo que podría haber sido afecto paternal o simplemente el cansancio de un hombre mayor frente a una pregunta que también él se hacía.

—Lo mismo que yo. Copiar despacio. Cada hora que ganemos es una hora que Sargón tiene para hacer lo que nosotros no podemos.

—¿Y si Sargón no consigue hacer nada a tiempo?

—Entonces habremos retrasado lo inevitable, que es una forma bastante honesta de describir la mayor parte de lo que los hombres llaman resistencia.

Shulgi-atal no respondió, y los dos volvieron a sus tablillas en el mismo instante en que uno de los supervisores se dio vuelta hacia ellos con una expresión de sospecha que ninguno de los dos se molestó en interpretar más de lo necesario.

Esa misma semana, en la sala donde Lugalanne recibía los informes de sus oficiales, el comandante convocó a sus principales lugartenientes para una reunión a la que ningún escriba fue invitado.

—El trabajo en la plataforma va con retraso —dijo, sin preámbulos—. Los albañiles dicen que las instrucciones llegan incompletas desde los talleres.

—Los escribas trabajan lento, comandante —respondió uno de los oficiales—. Podríamos presionarlos más.

—Si presionan demasiado cometerán errores, y los errores en este trabajo son inaceptables —respondió Lugalanne, con una seguridad que no provenía de ningún conocimiento técnico propio sino de algo que la voz le había repetido

con suficiente insistencia como para que lo asumiera como certeza propia—. Duplicad las jornadas, pero no toquéis a nadie. Los necesito con las manos enteras y la mente clara. ¿Entendido?

Los oficiales asintieron sin comentarios.

—¿Y el plazo sigue siendo el mismo, comandante? —preguntó el más joven, con la prudencia de quien sospecha que la pregunta no va a resultar bienvenida.

—El plazo es el que es. El solsticio no negocia con ninguno de nosotros. —Lugalanne hizo una pausa, recorriendo con la vista los rostros de sus hombres—. Para esa fecha, lo que se está construyendo en la terraza tiene que estar terminado y listo. Lo que ocurra después no lo decidimos nosotros, y eso, en mi experiencia, es la única garantía real de que funcionará.

Ninguno de sus oficiales entendió qué significaba esa última frase. Ninguno se atrevió a pedirle que la explicara.

Adad-shuma, que seguía gozando de libertad de movimiento por ser administrador civil y no sacerdote ni militar, visitó el recinto del templo esa tarde con el pretexto de revisar los registros de los graneros imperiales que seguían almacenados bajo la administración del templo. Paseó despacio por los patios interiores, observó las obras de la terraza con la misma atención con que un hombre mira algo que le interesa pero no quiere que lo vean interesado, y cuando pasó junto a la sala donde Ur-kabta y los demás escribas trabajaban bajo vigilancia, se detuvo el tiempo justo para que sus ojos y los del escriba mayor se encontraran un instante antes de seguir caminando.

No era información. Era un reconocimiento: alguien fuera del recinto seguía prestando atención, lo cual, en las circunstancias presentes, era lo más parecido a un mensaje de esperanza que un administrador imperial podía enviar sin correr el riesgo de perder la cabeza junto con el cargo.

Ur-kabta volvió a sus tablillas. Y siguió copiando despacio.

CAPÍTULO 9

Sueños de un mal sin nombre

Campamento de la tribu de Ur-Namma — semanas después de la tormenta de arena

El don, si podía seguirse llamando así, no regresó de golpe. Llegó como llega la vista después de un golpe en la cabeza: primero solo bultos borrosos que podrían ser cualquier cosa, después contornos que empiezan a parecerse a cosas reales, y solo mucho después, con una lentitud que desesperaba a quien la padecía, los detalles que permiten decir con certeza qué se está viendo. Enheduanna aprendió a no forzarlo, porque las dos veces que lo intentó la recompensa fue una migraña de tres horas que la dejó inutilizada hasta el mediodía siguiente. Aprendió también a no rechazarlo cuando llegaba solo, aunque lo que llegaba no siempre era algo que quisiera ver.

Los sueños de las primeras semanas habían sido vagos. Los de la cuarta semana empezaron a tener formas reconocibles. Y los de la quinta semana, que coincidió con una época de calor especialmente seco que obligó a la tribu a permanecer dos días en el mismo campamento esperando que un asno con la pata lastimada se recuperara lo suficiente para seguir la marcha, fueron lo suficientemente claros para que Enheduanna comenzara a hablar de ellos con Ur-Namma, cosa que hasta entonces no había hecho con ningún detalle real.

—Veo el zigurat —le dijo una noche, mientras el anciano atendía al asno lastimado con una habilidad que ningún veterinario de Ur habría desdenado—. Lo veo desde arriba, desde un ángulo que no corresponde a ningún punto de la ciudad desde el que yo lo haya observado jamás. Y lo veo diferente. Algo en su terraza superior ha cambiado.

—¿Cambiado cómo?

—Han construido algo. Una plataforma, creo. Grande, orientada hacia el horizonte del amanecer. —Hizo una pausa—. He estudiado suficiente astronomía sagrada para saber que esa orientación solo tiene sentido en una fecha concreta.

—¿Cuál?

—El solsticio de verano.

Ur-Namma terminó de revisar la pata del asno antes de responder, con la paciencia que daba a todo lo que hacía una calidad de presencia plena que Enheduanna había aprendido a respetar como una forma de inteligencia distinta a la suya.

—¿Y cuánto falta para el solsticio de verano?

—Menos de un mes. Quizás tres semanas, si los sueños corresponden a lo que está ocurriendo ahora mismo y no a lo que ya ocurrió o lo que aún no ha empezado.

—¿Puedes distinguirlo?

—Antes sí. Ahora no siempre. —La admisión le costó más que cualquier cosa que hubiera dicho en semanas—. El canal por el que llegan estas imágenes está dañado, Ur-Namma. Es como intentar leer una tablilla que alguien ha roto y recompuesto mal. Las piezas están, pero los bordes no encajan del todo y hay huecos donde debería haber texto.

—Pero suficiente texto para saber que algo va a ocurrir en el solsticio.

—Suficiente para saber que algo se está preparando para ocurrir, sí. Y que tiene que ver con esa plataforma. Y que Lugalanne cree que lo que ocurra le va a dar un poder que no tenía antes del golpe.

El anciano asintió, acariciando el morro del asno con una mano que el animal reconoció lo suficiente para no moverse.

—¿Y lo que guía a Lugalanne? ¿Sigues sin poder verlo con claridad?

Enheduanna tardó más en responder esa pregunta que cualquiera de las anteriores.

—Lo veo, pero no sé cómo nombrarlo. Y eso es lo que más me inquieta, Ur-Namma, porque yo he pasado mi vida entera nombrando cosas. Inanna, Nanna, las fuerzas que mueven el mundo y los hombres que las interpretan. Tengo un nombre para todo lo que he visto jamás. Pero lo que mueve a Lugalanne no tiene nombre en ninguna lengua que yo conozca, y no es porque sea demasiado sutil para nombrarse. Es porque no debería estar aquí.

La frase le salió antes de que pudiera pensarla dos veces, y una vez dicha sonó más cierta de lo que habría querido que sonara. Ur-Namma la miró en la penumbra del campamento con la misma calma con que la miraba siempre, sin sorpresa ni alarma.

—Eso es mucho decir —dijo finalmente.

—Lo sé. Y lo digo de todas formas.

Ninbanda, que bordaba a unos metros y que había aprendido en semanas a distinguir cuándo las conversaciones entre Enheduanna y el anciano eran asuntos privados que no le concernían y cuándo eran cosas que también ella necesitaba oír, levantó la vista de su trabajo.

—Mi abuela decía que hay presencias que el desierto rechaza. Que cuando algo que no debería estar aquí se instala en un lugar, el desierto lo expulsa tarde o temprano, igual que el cuerpo expulsa lo que no puede digerir.

—Tu abuela era más sabia de lo que probablemente sabía —respondió Enheduanna, y lo decía en serio.

—¿Pero el desierto tarda? —preguntó Ninbanda, con la practicidad de quien quiere saber si tiene tiempo de terminar el bordado antes de que ocurra la catástrofe.

—A veces tarda demasiado —dijo Enheduanna—. Por eso me preocupa el solsticio.

Los sueños de los días siguientes confirmaron, con esa crueldad específica de las certezas incompletas, que el tiempo se acortaba. Vio el zigurat de noche, iluminado desde la plataforma de la terraza con una luz que no correspondía a ningún fuego que hubiera visto jamás, una luz que tenía una dirección demasiado precisa para ser llama y una continuidad demasiado regular para ser relámpago. Vio el Éufrates, o lo que le parecía el Éufrates, visto desde arriba, y en el reflejo del agua algo oscuro que se movía con una regularidad que tampoco correspondía a ningún patrón natural. Y vio, dos noches seguidas, el rostro de su padre, no como el rey que ella conocía sino como un hombre que miraba algo que no lograba comprender, con la expresión que Sargón no se permitía casi nunca en público: la expresión de quien no sabe qué hacer.

Esos sueños la despertaban antes del amanecer, y en cada uno de ellos la frustración central era siempre la misma: podía ver, o casi ver, pero no podía comunicar. No tenía manera de enviar palabra a Ur. No tenía manera de advertir a su padre. No tenía manera de hacer nada con lo que los sueños le traían más que despertarse con ello y cargarlo durante el día como un peso

que nadie más a su alrededor podía ver, aunque Ur-Namma, Ninbanda y hasta la pequeña Lilit habían aprendido a reconocer en su rostro las mañanas en que la noche había sido especialmente prolífica.

—¿Fue malo el sueño? —le preguntó Lilit una de esas mañanas, con esa franqueza de los niños que no ha aprendido todavía que hay preguntas que los adultos prefieren que no les hagan.

—No fue malo. Fue mucho —respondió Enheduanna.

—¿Es diferente?

—Mucho puede ser peor que malo, porque malo se termina cuando termina. Mucho se queda contigo todo el día.

Lilit lo consideró con la seriedad de los nueve años.

—Cuando yo tengo muchos sueños que no entiendo, mi madre dice que me siente y me hace contarlos en voz alta desde el principio. Dice que los sueños se quedan atrapados adentro cuando no los sacas, y que sacarlos, aunque no los entiendas, los hace más pequeños.

—Tu madre tiene razón en casi todo —dijo Enheduanna.

—¿Quieres contarme el tuyo?

Enheduanna la miró un momento, y pensó que en toda su vida en la corte de Ur, rodeada de sacerdotes y generales y escribas y consejeros, ninguno de ellos le había ofrecido jamás algo tan sencillo como eso: simplemente escuchar sin necesitar que el relato tuviera una conclusión ni una utilidad política.

—No creo que tengas la edad adecuada para los detalles —dijo.

—Tengo nueve años. Hemos sobrevivido dos sequías, una plaga de langosta y tres tormentas de arena desde que nací. Puedo con los detalles.

Enheduanna no pudo evitar algo parecido a una sonrisa.

—Está bien. Pero cuando te parezca demasiado, me lo dices y paramos.

—No me va a parecer demasiado.

Y Enheduanna le contó el sueño del zigurat con la luz nueva en la terraza, y el Éufrates visto desde arriba, y el rostro de su padre mirando algo que no comprendía. Lo contó con más detalle de lo que habría contado a cualquier consejero de la corte, precisamente porque Lilit no iba a interrumpirla para preguntarle qué consecuencias políticas tenía lo que estaba describiendo, y cuando terminó, la niña permaneció callada un momento largo antes de hablar.

—El hombre que te quitó la diadema —dijo finalmente—. ¿Él no ve los sueños que tú ves?

—Él ve otra cosa. Ve lo que algo distinto quiere que vea.

—¿Y lo que ese algo quiere es malo?

—Lo que ese algo quiere es Ur. Y eso, para Ur, sí es malo.

—¿Entonces tienes que volver.

No era una pregunta. Lilit lo había dicho con la simplicidad absoluta de quien acaba de identificar la conclusión obvia de un problema que los adultos habían estado complicando innecesariamente durante semanas.

—Volver no me sirve de nada si no puedo hacer nada cuando llegue —respondió Enheduanna.

—¿Y puedes hacer algo?

Esa pregunta la tuvo guardada todo el resto del día, caminando junto a los asnos bajo el sol de la mañana mientras la tribu retomaba su marcha habitual, sentada a la sombra de una roca durante el descanso del mediodía, preparando el fuego con Ninbanda al atardecer. Y la respuesta que fue tomando forma a lo largo de esas horas no era la que habría querido tener, porque implicaba un riesgo que conocía con exactitud y que no había manera de calcular con mayor precisión de la que ya tenía, pero era la única respuesta que, con cada sueño nuevo, resultaba más difícil de seguir postergando.

Cuando cayó la noche y Ur-Namma se instaló junto al fuego con su tablilla de siempre, Enheduanna se sentó frente a él con la postura de quien ha tomado una decisión que todavía no ha dicho en voz alta.

—Necesito saber una cosa —dijo.

—Pregunta.

—Si intentara recuperar el canal por el que llegaban antes las visiones, sin la diadema, ¿qué crees que ocurriría?

Ur-Namma la miró largo rato antes de responder.

—Supongo que dependería de lo que ese canal sea realmente. Si es una gracia divina que se da o se retira según la voluntad de la diosa, intentar forzarla sin el objeto que la canaliza podría no servir de nada. —Hizo una pausa—. Pero si ese canal es algo más parecido a un músculo que has estado usando toda tu vida sin saberlo, intentar forzarlo sin el objeto que lo estabilizaba podría hacer mucho daño.

—¿Cuánto daño?

—Eso solo lo sabe quién lo intenta.

Enheduanna asintió despacio, con la expresión de alguien que acaba de oír confirmada una cosa que ya sabía y que esperaba que alguien le dijera de otra manera.

—Eso pensaba yo también —dijo, y se quedó mirando el fuego hasta que las brasas se apagaron solas, mucho después de que el resto del campamento se hubiera dormido.

La mañana siguiente llegó con el cielo más despejado de las últimas semanas y con un viento del norte que bajaba la temperatura lo suficiente para hacer la marcha casi placentera. La tribu recogió el campamento con su eficiencia habitual, los asnos fueron cargados, las tiendas dobladas, y Enheduanna

ayudó a Ninbanda a atar los últimos bultos con un nudo que había aprendido de Lilit y que tardaba el doble que el nudo que ella misma usaba pero que, según Lilit con todo el convencimiento de sus nueve años, no se soltaba con el viento.

Marcharon durante tres horas antes del descanso del mediodía, y en ese tiempo Enheduanna fue acumulando, sin proponérselo, todos los detalles del mundo que la rodeaba: el sonido específico que hacía el paso de los asnos sobre la piedra caliza comparado con el de la arena compacta, el olor del viento cuando cambiaba de dirección, la manera en que Ninbanda calculaba la distancia al siguiente punto de agua con una sola mirada al horizonte y a la posición del sol. Cosas que antes habría procesado sin necesidad de atención consciente y que ahora requería observar deliberadamente, como un escriba que ha olvidado los signos más básicos y tiene que aprenderlos de nuevo uno por uno.

Fue durante ese descanso del mediodía, sentada a la sombra de una roca con el sonido del viento como único fondo, cuando el sueño la alcanzó despierta por primera vez.

No fue una visión completa. Fue un fragmento: el zigurat, la plataforma de la terraza, y desde esa plataforma algo que apuntaba hacia el cielo con una precisión que ningún altar religioso necesitaba, y por un instante, brevísimo, la certeza de que si esa cosa llegaba a activarse el solsticio no sería el fin de la usurpación de Lugalanne sino el principio de algo mucho peor que cualquier usurpación que la historia de Mesopotamia hubiera visto hasta entonces.

El fragmento duró menos de un latido, pero dejó en su estómago el frío particular de las cosas que no se pueden desconocer una vez que se han sabido.

Cuando Ur-Namma se sentó a su lado con un trozo de pan y un cuenco de agua sin preguntar nada, Enheduanna lo miró y dijo simplemente:

—Tengo que encontrar la manera de hacer algo antes del solsticio, Ur-Namma. No sé todavía qué ni cómo. Pero tengo que encontrarla.

El anciano mordió su pan, masticó despacio, y respondió sin ningún drama:

—Entonces supongo que la encontraremos. La gente que tiene que encontrar algo generalmente lo encuentra, siempre que no espere a que llegue solo.

CAPÍTULO 10

El precio de romper el silencio

Campamento de la tribu de Ur-Namma — últimas semanas antes del solsticio

El problema con tomar una decisión difícil no es el momento en que se toma, sino todos los momentos anteriores en que se sabe que habrá que tomarla y se sigue aplazando con argumentos que uno mismo reconoce como insuficientes pero que, mientras duren, cumplen la función de mantener el mundo en su lugar un poco más. Enheduanna había pasado por ese proceso

con cada decisión importante de su vida, y la experiencia no lo hacía más cómodo, solo más reconocible.

Sabía desde la visión diurna junto a la roca que no iba a poder seguir aplazando. Lo que no sabía todavía era el mecanismo exacto de lo que tendría que intentar, y esa ignorancia, para una mente que había funcionado durante años con información completa y precisa, era un obstáculo tan real como cualquier muro físico.

Pasó tres días pensando en ello con la misma meticulosidad con que habría analizado cualquier otro problema antes del golpe, solo que ahora el análisis tenía que hacerse sin datos fiables, sin referencias externas y sin nadie en el mundo que pudiera confirmarle si lo que planeaba era físicamente posible o simplemente el delirio de alguien que había perdido demasiado en poco tiempo y buscaba compensarlo con un gesto heroico que no llevaría a ningún resultado práctico.

Lo primero que hizo fue intentar recordar con exactitud cómo funcionaba el don antes de perderlo. No el resultado, sino el proceso. La diadema no pensaba por ella: era más preciso decir que la diadema amplificaba algo que ya estaba en su propia biología, de la misma manera en que un espejo no crea la luz sino que la dirige. Eso significaba que la capacidad, en algún grado, seguía siendo suya. Los sueños lo confirmaban. La tormenta de arena lo confirmaba. No con la precisión de antes, no con el rango que la diadema le otorgaba, pero ahí.

Lo segundo que se preguntó fue hacia dónde tendría que dirigir esa capacidad para que sirviera de algo. No hacia su padre, a quien no podía alcanzar por ninguna vía que conociera. No hacia los escribas del templo, a quienes tampoco podía contactar. La única posibilidad que tenía sentido, aunque no pudiera explicar por qué la tenía desde ningún razonamiento que hubiera aprendido en el templo, era hacer lo que había hecho con la tormenta de arena pero en una escala incomparablemente mayor: proyectar hacia afuera, con toda la fuerza que le quedara, lo que sabía sobre la amenaza que se cernía sobre Ur, y confiar en que hubiera algo o alguien capaz de recoger esa señal y actuar en consecuencia.

Lo tercero que se preguntó fue cuánto le costaría físicamente. Y esa pregunta no tenía respuesta satisfactoria, porque la única referencia que tenía era el costo de las sesiones del consejo con la diadema puesta, que ya entonces le producía sangrado y agotamiento, y lo que estaba considerando ahora era hacer algo similar sin el estabilizador que la diadema representaba, lo cual era como intentar cargar un peso que antes sostenías con una grúa usando únicamente las manos desnudas. El resultado podía ser simplemente insuficiente. O podía ser que las manos cedieran antes de que el peso estuviera arriba.

El cuarto día, mientras la tribu descansaba en un oasis de palmeras bajas que Ur-Namma frecuentaba cada temporada, Enheduanna se sentó junto al anciano después del descanso del mediodía con la determinación de alguien

que ha terminado de deliberar consigo mismo y necesita decirlo en voz alta para que se vuelva real.

—He tomado una decisión —dijo.

—Lo sé —respondió Ur-Namma, sin sorpresa—. Lo llevas tres días escrito en la cara.

—¿Y qué lees en ella?

—Que has decidido hacer algo que sabes que puede matarte, y que has concluido que no hacerlo también puede matarte, aunque de una manera más lenta y más difícil de ver.

Enheduanna lo miró.

—¿Tanto se nota?

—Solo para quien te observa desde hace semanas. —El anciano acomodó su posición sobre la piedra donde estaba sentado con la parsimonia de sus años—. ¿Quieres contarme el plan o solo querías confirmar que ya tomaste la decisión?

—Quiero contártelo, porque voy a necesitar tu ayuda. Y la de la tribu.

—Cuéntamelo entonces.

Enheduanna tomó aire y habló durante un tiempo considerable, más del que habría tardado si hubiera estado frente al consejo de Sargón con toda la claridad que la diadema le proporcionaba. Sin esa claridad, el relato tenía huecos que tuvo que llenar con suposiciones, y tuvo que detenerse dos veces para reformular cosas que había dicho de una manera que no reflejaba exactamente lo que quería decir. Ur-Namma la escuchó sin interrumpirla hasta que terminó.

—Lo que describes —dijo el anciano— es intentar proyectar una advertencia hacia algún lugar que no puedes ver con precisión, a través de un canal que está dañado, con la esperanza de que algo o alguien en ese lugar la reciba y actúe en consecuencia antes de que pase algo que no puedes detener de ninguna otra manera.

—Así es.

—¿Y el riesgo para ti?

—Podría quedarme sin la capacidad de percibir que me queda. Podría quedarme sin más. O podría funcionar y no pasar nada malo, aunque eso me parece la posibilidad menos probable.

—¿Lo que necesitas de nosotros?

—Estabilidad. Cuando entro en ese estado, mi cuerpo necesita un ancla. En el templo la ancla era el ritual, el incienso, la repetición de los cantos que los sacerdotes habían perfeccionado durante generaciones para sostener el cuerpo en el mundo mientras la mente viajaba más lejos de lo habitual. Aquí no tengo nada de eso, pero tengo algo que creo que puede funcionar de manera similar: el ritmo. Si la tribu canta mientras yo lo intento, algo regular y

continuo, eso puede ser suficiente para que mi cuerpo no pierda completamente el hilo de dónde está.

Ur-Namma asintió despacio.

—Cantar sabemos. ¿Qué canto?

—No importa el qué, sino el cómo. Tiene que ser regular, sin pausas largas, y tiene que mantenerse aunque lo que ocurra delante de vosotros parezca preocupante.

—¿Qué va a parecernos preocupante?

—No lo sé con exactitud. Pero si la última vez que intenté algo parecido me produjo un sangrado en la nariz con la diadema puesta y durante diez minutos de esfuerzo, calculad vosotros mismos qué podría ocurrir sin ella y durante más tiempo.

Ur-Namma guardó silencio un momento, y en ese silencio Enheduanna pudo escuchar los sonidos del oasis, el viento en las palmas, los asnos bebiendo en el pequeño charco, las voces de Lilit y Ninsun jugando a algo que implicaba mucha carrera y poco respeto por el calor de la tarde.

—¿Cuándo? —preguntó el anciano finalmente.

—Tiene que ser antes del solsticio. Cuanto antes mejor, aunque necesito estar descansada y en el estado más claro que pueda conseguir. Diría que en tres o cuatro días, si la tribu puede quedarse en este oasis ese tiempo.

—El oasis lo permite. Los asnos necesitan el descanso de todas formas. —Ur-Namma se levantó con la lentitud de sus años pero sin ninguna vacilación—. Se lo diré a los demás esta noche.

—¿Cómo se lo explicarás?

El anciano se sacudió el polvo de la ropa con un gesto tranquilo.

—La verdad. Que la mujer de la diadema necesita cantar con nosotros durante un rato, y que es importante no parar aunque el rato sea largo y lo que se vea no sea agradable. Esta gente ha acampado junto a tormentas de arena sin moverse porque yo les pedí que se quedaran quietos. Esto no les va a resultar más difícil.

—¿Y si alguien pregunta por qué?

—Porque los dioses exigen lo que exigen, y preguntarles por qué es una pérdida de tiempo que la experiencia de esta tribu no recomienda. —Lo dijo con una sequedad tan absolutamente libre de ironía que resultaba imposible saber si lo creía de verdad o si simplemente había aprendido que era la respuesta más eficiente—. ¿Algo más que necesites de nosotros?

—Una cosa. Cuando termine, independientemente de cómo termine, necesito que alguien se asegure de que como. Aunque no quiera. Aunque no pueda. Los sacerdotes del templo siempre me forzaban a comer algo después de las sesiones largas, y con la diadema tardaba ya horas en recuperarme. Sin ella, podría no querer levantarme del suelo durante algún tiempo.

—Eso lo entiende cualquiera que haya trabajado todo el día en pleno verano y se haya olvidado de beber agua —dijo Ur-Namma—. Ninbanda se encargará.

Esa noche, el anciano habló a la tribu reunida alrededor del fuego con la misma economía de palabras con que hablaba de todo: que en tres días realizarían un rito de petición a los poderes que protegen los viajeros del desierto, que la señora de la diadema necesitaría el canto de todos durante ese rito, y que nadie debería interrumpirlo por lo que viera. La tribu lo escuchó con la atención que reservaba a las instrucciones de Ur-Namma, que en dos décadas de haberlos guiado no los había llevado a ningún lugar que no pudieran dejar atrás. Hubo una pregunta, planteada por un hombre joven de nombre Dumuzi que conducía los asnos del grupo y que era conocido por no aceptar sin más las cosas que no comprendía.

—¿Va a dolerle? —preguntó, señalando hacia Enheduanna con un gesto directo que otros habrían suavizado.

—Probablemente sí —respondió Ur-Namma.

—¿Y de todas formas lo hace?

—De todas formas.

Dumuzi asintió con la expresión de quien no tiene más preguntas porque la única que importaba ya tiene respuesta, y la conversación derivó hacia los asuntos prácticos del campamento con la naturalidad con que aquella tribu transitaba de lo extraordinario a lo cotidiano sin necesitar demasiado tiempo de transición.

Enheduanna, sentada un poco aparte del círculo, oyó el intercambio y sintió algo que llevaba semanas sin sentir en ningún grado reconocible: no gratitud exactamente, ni alivio, sino algo más parecido a la certeza de que no estaba completamente sola en lo que iba a intentar, lo cual no cambiaba el riesgo ni reducía el costo, pero hacía que ambos resultaran, de alguna manera difícil de articular, más soportables que si los hubiera cargado en silencio hasta el final.

Pasó los tres días siguientes con la conciencia deliberada de quien sabe que está preparándose para algo. Comió con más cuidado de lo habitual. Durmió todo lo que su cabeza le permitió, que no siempre fue suficiente, pero fue más de lo que había dormido en las semanas anteriores. Caminó poco durante las horas de calor. Habló menos de lo acostumbrado con Ur-Namma y con Ninbanda, no porque no tuviera cosas que decirles sino porque cada conversación gastaba energía que ya no le sobraba, y el solsticio esperaba con la puntualidad indiferente de los fenómenos astronómicos, sin ningún interés particular en si ella estaba lista o no para cuando llegara.

La noche anterior al rito, mientras el resto del campamento dormía, Enheduanna se quedó sentada junto a las brasas del fuego con las manos abiertas sobre las rodillas, mirando el interior de sus propias palmas con la misma atención con que en otra vida miraba el cielo para leer los presagios. Las líneas que cruzaban la piel tenían la misma geografía de siempre, no le decían nada que no supiera ya, y sin embargo seguía mirándolas porque

necesitaba mirar algo concreto mientras el pensamiento hacía lo que el pensamiento hace cuando ya no hay más decisiones que tomar: repasar, una última vez, todo lo que podría salir mal.

La lista era larga. La alternativa de no intentarlo era más corta pero más definitiva. Cuando terminó de repasar ambas, cerró las manos, apagó mentalmente la lista, y se fue a dormir.

A orillas del campamento, sin que ella lo supiera, Ur-Namma tampoco dormía. Estaba sentado junto a las últimas brasas con su tablilla de madera sobre las rodillas, aunque esa noche no hacía cuentas. Miraba el cielo con la calma de quien conoce cada estrella por su posición habitual y sabe, sin necesidad de consultarlo, cuántos días faltan para el solsticio.

Tres. Faltaban tres días.

Y Dumuzi, el conductor de asnos que no aceptaba sin más las cosas que no comprendía, pasó junto al anciano de regreso de una visita al extremo del campamento y se detuvo un momento al verlo.

—¿No dormís, Ur-Namma?

—Pronto.

—¿Creéis que funcionará? Lo que va a intentar la señora de la diadema.

El anciano miró el cielo un momento antes de responder.

—Creo que si no funciona, no será por falta de convicción de su parte. Y en mi experiencia, eso es lo único que uno puede garantizar de antemano en cualquier cosa que valga la pena intentar.

Dumuzi asintió, consideró si había algo más que valiera la pena preguntar, y decidió que no.

—Buenas noches, Ur-Namma.

—Buenas noches, Dumuzi.

El conductor de asnos se alejó hacia su tienda, y el anciano siguió mirando el cielo hasta que las últimas brasas se convirtieron en ceniza y el campamento quedó en el silencio completo de la madrugada, con solo el viento del norte moviéndose entre las palmeras del oasis con la indiferencia tranquila de quien no tiene opinión sobre lo que los hombres y las mujeres debajo de él deciden hacer con sus vidas.

CAPÍTULO 11

La cueva de medianoche

Desierto al oriente de Ur — víspera del solsticio de verano

La cueva no era gran cosa. Una hendidura en la roca caliza que la erosión había abierto a lo largo de siglos, orientada hacia el norte, con el techo más alto en la entrada y más bajo en el fondo, como si la roca hubiera cedido solo lo estrictamente necesario y no un palmo más. Ur-Namma la conocía desde hacía décadas, la utilizaba como refugio de mediodía cuando la marcha los

llevaba por aquella zona, y nunca había necesitado que tuviera nombre porque tampoco había necesitado hablar de ella con nadie que no la conociera ya. Que esa noche se convirtiera en el lugar más importante de varios cientos de leguas a la redonda era algo que el anciano había aceptado con la misma tranquilidad con que aceptaba todo lo que el desierto decidía por su cuenta.

Llegaron poco después del atardecer, con el cielo todavía rojo sobre el horizonte occidental y las primeras estrellas asomando en el oriente. Enheduanna se detuvo en la entrada y estudió el interior antes de entrar, con los ojos recorriendo el espacio de la misma manera metódica con que había recorrido toda su vida los lugares nuevos, buscando lo que necesitaba encontrar y evaluando lo que no podía cambiarse.

—Huele a tiempo —dijo.

—Todos los lugares donde nadie ha vivido huelen igual —respondió Ninbanda, detrás de ella—. ¿Es lo que necesitas?

—No lo sé. Pero es lo que hay, así que tendrá que bastar.

—Si necesitas algo que no hay, dímelo antes de entrar. Después será más difícil buscarlo.

—Lo que necesito no se busca, Ninbanda. Se encuentra o no se encuentra. —Una pausa—. Pero gracias.

Entró. Se instaló en el fondo con las piernas cruzadas sobre la roca fría y las manos abiertas sobre las rodillas, y desde esa posición la entrada de la cueva enmarcaba un rectángulo de cielo donde las primeras estrellas empezaban a aparecer. Cada estrella que asomaba era un recordatorio de que el tiempo seguía avanzando hacia el amanecer del solsticio con total indiferencia por lo que ella pudiera o no estar lista para hacer cuando llegara.

La tribu completa los había seguido hasta allí. Enheduanna lo vio desde el fondo sin sorpresa: Ninbanda con las niñas, Dumuzi con su paso tranquilo de conductor de caravanas, los demás hombres y mujeres del grupo instalándose en semicírculo frente a la entrada con esa expresión de quien acude a algo importante sin saber exactamente de qué importancia se trata pero reconociendo que la tiene. Ur-Namma se quedó en el umbral, a medio camino entre ella y todos los demás, en el lugar exacto donde un hombre que lleva décadas de intermediario entre el mundo y las personas que lo habitan aprende a situarse sin que nadie tenga que pedírselo.

—No esperaba que vinieran todos —dijo Enheduanna.

—Tampoco yo —respondió el anciano—. Pero cuando les dije esta tarde que ibas a necesitar el canto, empezaron a recoger sus mantas sin que nadie se los pidiera. No me pareció correcto decirles que se quedaran.

—¿Entienden lo que va a ocurrir aquí?

—Entienden que algo va a ocurrir, que puede ser difícil de ver, y que el canto es lo que se les pide. Para esta gente, eso es suficiente razón para estar presentes.

Enheduanna miró el semicírculo de rostros afuera, iluminados por la hoguera pequeña que Dumuzi había encendido a distancia prudente de la entrada, y sintió el peso específico de que otras personas estuvieran pagando con su tiempo y su sueño un precio que no les correspondía.

—Diles que si en algún momento se vuelve demasiado, pueden parar. No quiero que nadie cargue esto por obligación.

Ur-Namma salió al umbral y transmitió el mensaje. Fue Dumuzi quien respondió desde donde estaba avivando el fuego con una rama seca.

—Dile a la señora de la diadema que los que seguimos aquí después de todo lo que ha llovido este año no somos exactamente gente que para cuando las cosas se ponen difíciles.

Ninbanda añadió, sin levantar la vista de las trenzas que terminaba de hacer en el cabello de Lilit antes de que la niña se durmiera:

—Y dile también que si sangra, que no intente limpiárselo ella sola. Que nos avise y yo entro.

Ur-Namma transmitió ambas cosas, y Enheduanna asintió desde el fondo de la cueva sin encontrar palabras que estuvieran a la altura de ninguna de las dos.

El canto que comenzó era el de marcha larga, el más antiguo del repertorio de la tribu y el más resistente al cansancio porque su estructura era tan repetitiva que podía sostenerse durante horas sin esfuerzo consciente, como respirar. Empezó con la voz de Ur-Namma, que tenía menos alcance que la de los más jóvenes pero una firmeza que marcaba el compás con la solidez de algo construido durante décadas, y las demás voces fueron sumándose una por una hasta llenar el espacio frente a la cueva con ese ritmo colectivo que tiene la cualidad de las cosas vivas: nunca exactamente igual de un ciclo al siguiente, pero reconocible como el mismo río aunque el agua cambie.

Enheduanna cerró los ojos. Escuchó el canto hasta que el ritmo le encontró el pulso, que era lo más difícil de explicar en términos racionales y lo más fácil de reconocer cuando ocurría: el instante en que el ritmo exterior y el ritmo interior dejaban de ser dos cosas distintas y se convertían en una sola.

El primer intento fue un fracaso limpio. Demasiada fuerza, demasiada urgencia, el mismo error de siempre que los sacerdotes del templo le habían corregido cien veces durante sus años de formación: que la urgencia y la potencia no son lo mismo, y que empujar más fuerte en la dirección equivocada no acerca a la meta, solo agota más rápido. El resultado fue una presión detrás de los ojos que no produjo ninguna visión y sí bastante dolor, y tuvo que detenerse y esperar a que cediera mientras afuera el canto seguía sin que nadie hubiera notado todavía que adentro algo había salido mal.

El segundo intento fue más cauteloso. Buscó primero el canal antes de intentar usarlo, lo cual era como buscar la boca de una vasija en la oscuridad antes de verter agua: el canal estaba ahí, lo notó con la misma certeza con que se nota una cicatriz en la piel, un lugar que había sido abierto y cerrado y que guardaba todavía la forma de lo que había pasado por él, sin el grosor y

la capacidad que tenía antes. Lo tocó con cuidado y la respuesta fue una imagen fugaz, tan breve que no pudo retenerla, pero real: el zigurat, la terraza, la plataforma apuntando al cielo. Breve, borrosa, pero real.

Sí. El hilo seguía ahí.

El tercer intento fue más sostenido y más caro. La imagen duró más, suficiente para reconocer actividad en torno a la plataforma, movimiento de personas preparando algo con la urgencia de quien tiene un plazo inamovible al día siguiente. La migraña llegó antes de que pudiera retirar la atención del canal, y fue más intensa que cualquiera de las que había padecido desde el destierro. No gritó, pero apretó los dientes con una fuerza que le dolería en la mandíbula durante horas.

Afuera, Ninbanda lo vio.

—Ur-Namma. Sangra.

El anciano no se movió del umbral.

—¿Mucho?

—Del labio hacia abajo. Y está apretando los puños.

—¿Respira con regularidad?

—Sí.

—Entonces seguimos.

Ninbanda lo miró con la expresión de quien necesita que alguien la mire de vuelta y le confirme que lo que están haciendo tiene algún sentido.

—Cuando yo la encontré en el desierto —dijo, en voz baja para que no entrara en la cueva—, era una mujer al borde de morir de sed. La traje para que viviera, Ur-Namma. No para esto.

—La trajiste para que siguiera siendo ella misma —respondió el anciano, con la misma calma—. Y esto es lo que ella necesita ser esta noche. No son la misma cosa, pero tampoco son cosas distintas.

—No siempre entiendo cómo piensas.

—No siempre hace falta entenderlo. Sigue cantando, Ninbanda.

Ella vaciló un instante, miró hacia el interior de la cueva donde la silueta de Enheduanna era apenas visible en la penumbra, y retomó el canto con la monotonía resistente de quien ha decidido que seguir es la única opción que le queda.

Enheduanna pasó la mano por su labio superior y confirmó lo que Ninbanda había visto desde fuera. Sangre, como en los peores días del consejo real, aunque entonces tenía la diadema y el ritual y el respaldo de la infraestructura entera del templo de Nanna. Esta vez solo tenía una cueva, una piedra fría bajo los huesos de la cadera y el canto de un grupo de nómadas que no sabían exactamente por qué cantaban pero que cantaban de todas formas con la fidelidad que da la confianza ganada sin haberla pedido.

—No pares —se dijo en voz baja, sin estar del todo segura de si se lo decía al canal, al cuerpo, o a ambos.

El cuarto intento lo planteó de manera diferente. En lugar de buscar imágenes, buscó el ritmo específico del canal dañado, la frecuencia con que vibraba desde que lo habían roto, e intentó acompasarse a ella en lugar de empujar contra ella, del mismo modo en que un músico afina su instrumento al de otro antes de tocar en conjunto. Era un método que ningún sacerdote le había enseñado porque ningún sacerdote la había preparado para tocar sin instrumento. Pero era el único que tenía lógica desde lo que sabía sobre cómo había funcionado el don antes de perderlo, y la lógica, en ausencia de cualquier otra guía, tendría que ser suficiente.

Tardó. Y mientras tardaba, la noche avanzaba sobre el desierto con el descenso gradual de temperatura que hacía que las estrellas parecieran más nítidas a medida que pasaban las horas. Lilit se había quedado dormida apoyada contra el hombro de su madre sin que Ninbanda la despertara. Dumuzi mantuvo el compás con los nudillos sobre la rodilla cuando la voz le flaqueó por el cansancio. Ninsun, la pequeña, había resuelto el problema del sueño con una practicidad que su hermana no había tenido: se había acostado directamente en el suelo con una manta sobre los hombros.

Fue uno de los hombres de la tribu, un curtidor llamado Malik que rara vez hablaba pero que cuando lo hacía nunca decía nada que no valiera la pena escuchar, quien rompió el silencio entre ciclos del canto.

—Ur-Namma. ¿Cuánto tiempo llevamos?

—No lo cuento.

—¿Por qué no?

—Porque si lo cuento, vosotros empezáis a contarlo también, y cuando la gente empieza a contar el tiempo que lleva haciendo algo difícil, ese algo se vuelve el doble de difícil sin que haya cambiado nada más.

Malik consideró la respuesta con la misma seriedad con que consideraba todo.

—¿Y si lo que ocurre adentro no está funcionando? ¿Cuánto tiempo esperamos antes de admitirlo?

—Cuando ella salga y lo diga, lo admitimos. Hasta entonces, seguimos.

—¿Y si no puede salir?

—Entonces entro yo —dijo Ninbanda, desde donde estaba sosteniendo a Lilit dormida sobre las piernas, sin levantar la vista—. Y no necesito que nadie me lo diga para hacerlo.

Malik asintió, aparentemente satisfecho con esa distribución de responsabilidades, y retomó el canto.

Cuando Enheduanna encontró por fin el ritmo del canal, no fue un momento dramático. Fue más parecido al instante en que una llave entra en una cerradura que lleva tiempo siendo forzada: un encaje sutil, casi silencioso, que de repente hace posible lo que un segundo antes no lo era. Y el canal se

abrió. No con la amplitud que tenía antes de que Lugalanne le arrancara la diadema, quizás con menos de un tercio de eso, pero suficiente para que a través de él comenzara a filtrarse algo anterior a las imágenes: datos en bruto que su cerebro empezó a procesar con la velocidad de siempre y que, después de semanas de silencio, resultaban casi insoportables en su intensidad.

Agarró ese hilo y no lo soltó.

La hemorragia aumentó. Lo notó por el calor en el labio superior y por el esfuerzo creciente de mantener la concentración mientras una parte de su atención tenía que dedicarse a gestionar el dolor físico. Apretó los puños sobre las rodillas y pensó, brevísimamente, en los sacerdotes del templo que le habrían dicho que parara, que ninguna visión valía el cuerpo de la suma sacerdotisa.

Ninguna visión, no. Pero lo que venía después de la visión era otra cosa.

Siguió.

Fue entonces cuando los animales reaccionaron. Los asnos se agitaron en sus ataduras con un nerviosismo súbito que no correspondía a ninguna amenaza visible. El perro de la tribu, que nunca ladraba de noche, se levantó de su lugar junto a la hoguera y miró hacia la cueva con las orejas erguidas y el cuerpo completamente quieto, sin ladrar tampoco ahora, como si lo que olía no le resultara exactamente peligroso pero tampoco exactamente familiar.

Ninbanda lo vio y se levantó con cuidado de no despertar a Lilit.

—Los asnos —le dijo a Ur-Namma en voz baja.

—Los veo.

—¿Qué significa?

—Que algo está ocurriendo que ellos notan antes que nosotros. —El anciano dio un medio paso hacia el interior de la cueva, lo suficiente para ver la silueta de Enheduanna en el fondo—. Que es exactamente lo que necesitábamos que ocurriera.

Ella tenía la cabeza levantada hacia el techo de la cueva, los labios moviéndose sin sonido audible, y de la nariz le caía una línea oscura que en la penumbra podría haber sido sombra pero que Ur-Namma sabía que no lo era. Y sin embargo algo en su postura, en la tensión específica de sus hombros y de sus manos cerradas sobre las rodillas, no era la postura del dolor sino la del esfuerzo: la diferencia entre alguien que está siendo vencido y alguien que está venciendo algo a un precio que todavía está dispuesto a pagar.

—¿Seguimos? —preguntó Dumuzi, que también había visto los asnos y que miraba ahora la entrada de la cueva con una expresión que mezclaba el respeto con algo más parecido al temor.

—Seguimos —dijo Ur-Namma, volviendo al umbral—. Y que nadie interrumpa el canto aunque lo que vea le parezca demasiado. Esa fue la única condición que ella puso, y es la única que importa ahora mismo.

El canto siguió. Grave y regular, sosteniéndola desde afuera mientras la medianoche pasaba sobre el desierto sin que ninguno de los presentes supiera exactamente en qué momento lo hizo, y el fuego pequeño que Dumuzi había encendido se fue reduciendo a brasas sin que nadie se levantara a alimentarlo, como si todo el calor de aquella noche tuviera un solo destino posible y ninguno de ellos quisiera desperdiciarlo en otra cosa.

CAPÍTULO 12

El himno prohibido

La misma cueva — horas antes del amanecer del solsticio

Lo primero que entendió, cuando el canal por fin se abrió lo suficiente para que algo pasara por él, fue que no podía usarlo como lo había usado siempre.

Antes, con la diadema, el proceso era en esencia una recepción: la información llegaba en un formato que su mente estaba preparada para procesar, la procesaba, y la traducía en palabras comprensibles para las personas que la rodeaban. Un general, una fecha, una ruta. El equivalente de escuchar un mensaje y repetirlo en voz alta. Lo que tenía ahora no era eso. Lo que tenía ahora era un canal dañado que vibraba con algo que no llegaba como información sino como presión, como la sensación de que había algo enorme al otro lado que necesitaba pasar y que el canal, en su estado actual, era demasiado estrecho para dejarlo pasar entero.

No podía recibir. Pero podía, quizás, enviar.

La diferencia era fundamental, y tardó un tiempo que no supo medir en comprenderla del todo. Enviar significaba que el origen no era el otro lado del canal sino ella misma, que tenía que construir el mensaje desde aquí en lugar de recibirlo desde allá, y que ese mensaje debería tener una forma que pudiera atravesar el canal dañado sin deshacerse en el intento, de la misma manera en que el agua puede pasar por una grieta en la roca pero el barro no. Necesitaba algo que mantuviera su estructura durante el tránsito. Algo que no dependiera de la amplitud del canal para llegar íntegro al otro lado.

Fue entonces cuando pensó en el canto de la tribu.

El canto llevaba horas sosteniéndola desde afuera con su ritmo regular e inquebrantable, y Enheduanna lo había estado usando como ancla del cuerpo sin prestarle más atención que esa. Pero en el instante en que su mente, trabajando con la velocidad que siempre la había caracterizado incluso en las peores condiciones, conectó la pregunta del formato con el hecho del canto, algo se ordenó de una manera que ningún proceso racional podría haber producido tan rápido. La estructura sonora de un texto recitado podía atravesar lo que la información en bruto no podía. La métrica, la repetición, el patrón de sílabas largas y cortas que los sacerdotes del templo utilizaban desde tiempos inmemoriales para transmitir textos sagrados con una fidelidad que la escritura tardaba en alcanzar: eso era lo que necesitaba.

No un mensaje. Un poema.

Abrió los ojos en la oscuridad de la cueva y afuera seguía el canto de la tribu, y por primera vez en toda aquella noche larga y dolorosa, Enheduanna sintió algo que no era exactamente esperanza pero que se le parecía lo suficiente para que le cambiara la respiración.

Cerró los ojos de nuevo y empezó.

El primer verso llegó de una manera que no la preparó para los que vendrían: entero, de golpe, como si alguien lo hubiera dejado caer desde arriba y ella solo hubiera necesitado estar debajo con las manos abiertas. No era el verso que habría escrito de haber tenido tiempo y calma y tablillas de arcilla frente a ella. Era algo más primitivo, más urgente, con una violencia en el ritmo que en otras circunstancias habría considerado impropia de un himno sagrado y que ahora reconocía como exactamente correcta, aunque no pudiera decir por qué.

El segundo verso tardó más, y cuando llegó no terminó de encajar con el primero de la manera que habría esperado. Tuvo que trabajarlo, ajustarlo, sentir cómo la métrica protestaba y cedía y protestaba de nuevo hasta que encontró la posición que le correspondía, y ese proceso de ajuste fue también el proceso durante el cual comprendió que lo que estaba construyendo no obedecía solo a las reglas que conocía de la poesía sagrada sumeria. Obedecía a otra cosa además, una estructura subyacente que no podía ver directamente pero que notaba en la resistencia del lenguaje cuando los versos no encajaban y en la extraña fluidez cuando sí lo hacían.

Afuera, Ur-Namma fue el primero en escucharla.

Los labios de Enheduanna habían estado moviéndose en silencio desde el principio, pero en algún momento entre el segundo y el tercer verso dejaron de ser silenciosos, y las sílabas que salían de la cueva llegaron al umbral donde el anciano seguía de pie con la claridad inconfundible del lenguaje aunque a un volumen que no alcanzaba para que pudiera entender las palabras.

—Está hablando —dijo en voz baja, sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Qué dice? —preguntó Dumuzi, acercándose sin dejar de marcar el compás con la mano.

—No llego a oírlo.

—¿Es bueno o malo que hable?

—No lo sé. Sigue cantando.

Ninbanda levantó la vista de Lilit dormida sobre sus piernas y miró hacia la entrada de la cueva con una expresión que mezcla la atención y el miedo de maneras que en la oscuridad era difícil separar.

—Suenas como un rezo —dijo.

—O como un himno —respondió Ur-Namma—. Sigue cantando, Ninbanda.

Dentro de la cueva, Enheduanna no oía sus propias palabras como las habrían oído desde afuera. Las oía desde adentro, desde el punto de origen donde

cada verso nacía, y lo que escuchaba no era sonido sino estructura: la arquitectura de un texto que se construía a sí mismo con una lógica que ella seguía más que dirigía, como quien sigue a un guía por un camino en la oscuridad sin ver adónde conduce pero reconociendo que cada paso pisa terreno firme.

El tercer verso fue el que le produjo el primer sangrado adicional, más allá del que ya llevaba. No fue el esfuerzo de componerlo sino el de sostener al mismo tiempo la composición y el canal abierto, que eran dos procesos que su mente no estaba diseñada para ejecutar en paralelo sin el hardware que la diadema le había proporcionado durante años. Era como intentar escribir con la mano derecha y leer con la izquierda simultáneamente, excepto que cada uno de esos procesos costaba físicamente y los costos se sumaban.

Se limpió la sangre con el dorso de la mano sin detenerse.

El cuarto verso fue el primero que la sorprendió. Había esperado que el poema alabara a Inanna, como correspondía a un himno de petición, y en efecto la alabanza estaba ahí, pero lo que describía en ese verso no era la grandeza de la diosa en términos que cualquier sacerdote del templo habría reconocido, sino algo más específico, más técnico en un sentido que Enheduanna no supo nombrar en ese momento, una descripción de la capacidad destructiva de Inanna expresada en términos de alcance y precisión y dirección que sonaban a alabanza religiosa si no se prestaba demasiada atención y sonaban a algo completamente diferente si sí se la prestaba.

Se preguntó, por un instante, quién estaba escribiendo realmente ese verso.

Y después decidió que no era el momento para esa pregunta, y siguió.

El quinto y el sexto versos vinieron juntos, más rápido de lo que había llegado ninguno de los anteriores, y eran los que describían el exilio, la separación del templo y de la diadema y del don, narrados con un dolor que no tuvo que fingir porque estaba ahí, todavía fresco debajo de todo lo demás, esperando que alguien le diera forma. Esos versos los compuso llorando, aunque no lo supo hasta que sintió la humedad en las mejillas y la distinguió de la sangre por la temperatura.

Afuera, Ninbanda la oyó claramente por primera vez.

La voz de Enheduanna había ganado volumen con los versos del exilio, como si el dolor de lo que describía necesitara más espacio acústico que los versos de alabanza. Ninbanda no entendía todo el vocabulario, que era el de los templos y no el de las rutas comerciales, pero entendió suficiente para reconocer lo que estaba oyendo.

—Ur-Namma —dijo, con la voz más baja que pudo—. Habla de nosotros. Del desierto. De cuando la encontramos.

—Sí.

—¿Cómo puede estar componiendo un himno ahora? ¿En este estado?

—Porque es lo que ella sabe hacer cuando todo lo demás falla —respondió el anciano, con algo en la voz que no era exactamente admiración pero que tampoco era otra cosa—. Igual que tú sabes encontrar agua cuando nadie más la ve, y Dumuzi sabe calmar a los asnos cuando se asustan. Cada uno tiene una cosa que hace cuando el mundo se pone imposible. Esta es la suya.

Dumuzi, que había oído el intercambio, levantó la vista del fuego que había avivado mientras Ninbanda hablaba.

—¿El himno lo manda a alguien?

—Eso creo.

—¿A quién?

Ur-Namma tardó en responder.

—A quien pueda recibirlo —dijo finalmente.

—¿Y si nadie puede?

—Entonces habrá sido un himno muy hermoso en una cueva que nunca lo pidió, y eso también es algo.

Dumuzi asintió con la expresión de quien no está del todo convencido pero reconoce que no tiene una respuesta mejor, y el canto retomó su ciclo con las voces que quedaban despiertas, más pocas que al principio pero más firmes, con esa resistencia específica que tiene la gente cuando ya ha pasado la parte difícil de la noche y sabe que solo queda la parte más larga.

Dentro de la cueva, el séptimo verso le costó más que todos los anteriores juntos. No por la composición en sí sino porque en algún punto de ese verso el canal se estremeció de una manera que no había sentido hasta entonces, como si algo al otro lado hubiera notado que algo al este lado estaba intentando comunicarse, y esa noción, que no podía confirmar pero que sentía con la misma certeza con que había sentido todas las cosas verdaderas de su vida, fue suficiente para que el dolor físico de los últimos versos le resultara, de repente, completamente aceptable.

El octavo verso lo compuso en voz alta, ya sin contención. Las palabras salían formadas del todo antes de que pudiera decidir si la cadencia era correcta, y la cadencia era correcta siempre, con una precisión que no era suya, o no era solo suya, con esa sensación específica de estar siendo usada por algo que sabía exactamente lo que necesitaba y que la había elegido a ella como el único instrumento disponible en ese momento y en ese lugar.

Afuera, las pocas personas que seguían completamente despiertas, Ur-Namma en el umbral, Ninbanda con Lilit dormida en el regazo, Dumuzi junto al fuego, escuchaban ya en silencio, el canto olvidado, porque lo que salía de la cueva ocupaba todo el espacio que el canto había llenado hasta entonces y algo más.

—¿Paramos el canto? —preguntó Dumuzi, en voz muy baja.

—No —dijo Ur-Namma—. El canto no era para nosotros. Era para ella. Sigue mientras puedas.

Dumuzi retomó el compás con los nudillos sobre la rodilla, suave, casi inaudible junto a la voz que venía de la cueva, y siguió.

El noveno verso fue el último que Enheduanna compuso con plena conciencia de lo que hacía. A partir del décimo, el proceso se volvió algo que era más como caer que como construir: las palabras llegaban ya formadas y ella las recibía y las dejaba pasar por su garganta hacia afuera sin el filtro del juicio, sin verificar si la métrica era correcta ni si el vocabulario era apropiado ni si alguien en el futuro, sin el contexto de aquella cueva y aquella noche, podría entender de qué hablaba realmente. Solo dejaba que salieran.

Y salían.

Y el canal, que había estado apenas entreabierto durante horas, se abrió un poco más con cada verso, como una puerta que cede poco a poco al peso de quien la empuja desde el otro lado, hasta que en algún momento entre el verso doce y el verso trece Enheduanna dejó de saber exactamente dónde terminaba ella y dónde empezaba lo que el canal transmitía, y esa confusión ya no le dio miedo, que era quizás la señal más clara de que algo había cambiado fundamentalmente desde el principio de aquella noche.

El último verso lo terminó con la sangre llegándole ya hasta la barbilla y los ojos abiertos sobre la oscuridad de la roca del fondo de la cueva, viendo cosas que no estaban en esa roca, y cuando la última sílaba se cerró sobre sí misma con la misma precisión con que se cierra un sello sobre la arcilla blanda, el silencio que la siguió fue tan completo y tan repentino que afuera Dumuzi soltó el compás y Ninbanda levantó la cabeza y Ur-Namma dio un paso hacia el interior de la cueva.

—¿Enheduanna?

No hubo respuesta inmediata. Y entonces, desde el fondo de la cueva, en una voz que sonaba como si viniera de muy lejos aunque la distancia fuera de solo unos pasos:

—Aquí.

—¿Terminaste?

Una pausa larga. Y después:

—Creo que sí. No sé si fue suficiente. Pero creo que sí terminé.

Ur-Namma entró. Ninbanda entró detrás de él, despertando a Lilit sin querer con el movimiento, y la niña abrió los ojos a la oscuridad del amanecer que comenzaba apenas a insinuarse y preguntó, con la voz ronca del sueño interrumpido, qué había pasado.

—Nada malo —dijo su madre—. Vuelve a dormir.

Pero Lilit, que tenía nueve años y había pasado la noche en el suelo del desierto para acompañar a una mujer que no era de su tribu, miró hacia el fondo de la cueva donde Ur-Namma se arrodillaba junto a Enheduanna, y decidió que eso no era una respuesta satisfactoria.

—¿Funcionó? —preguntó.

Nadie respondió de inmediato, porque nadie lo sabía todavía. Y en ese silencio, el cielo sobre el horizonte comenzó a ponerse del color exacto que antecede al amanecer del solsticio de verano.

CAPÍTULO 13

El grito que sangra

La misma cueva — amanecer del solsticio de verano

El cielo sobre el horizonte oriental era ya del color del cobre cuando Ninbanda terminó de limpiarle la cara con el lienzo húmedo que había sacado de su propia bolsa de viaje. Enheduanna dejó que lo hiciera sin moverse, con los ojos abiertos y la mirada fija en la entrada de la cueva donde la oscuridad de la noche cedía paso, lenta pero irreversible, a la primera claridad del día más largo del año.

—¿Puedes levantarte? —preguntó Ninbanda.

—Todavía no. Dame un momento.

—El sol no va a esperar tu momento.

—Lo sé.

Ur-Namma estaba arrodillado frente a ella con un cuenco de agua y un trozo de pan de cebada que sacó de algún lugar de sus ropas con la imprevisibilidad de quien siempre lleva consigo lo que hace falta sin que nadie sepa exactamente dónde lo guarda.

—Come algo —dijo.

—No hay tiempo.

—Hay tiempo para cinco mordiscos. Sin eso no vas a llegar a donde necesitas llegar.

Enheduanna lo miró. El anciano sostuvo el pan sin insistir más, y esa ausencia de insistencia fue más efectiva que cualquier argumento, porque venía de alguien que no perdía palabras en cosas que no creía. Tomó el pan y comió los cinco mordiscos. Bebió del cuenco. Y cuando terminó se sentía exactamente igual que antes, lo cual era a la vez una decepción y una confirmación de que el problema no era la cebada.

—El poema está compuesto —dijo, devolviendo el cuenco—. Pero componerlo no es suficiente. Tengo que proyectarlo. Hacia afuera, hacia arriba, con toda la fuerza que me quede. Y eso es diferente de lo que hice esta noche. Eso es lo que va a costar de verdad.

—¿Diferente cómo? —preguntó Ninbanda, que seguía de rodillas junto a ella con el lienzo manchado entre las manos.

—Lo de esta noche fue encontrar la forma. Lo que viene ahora es lanzarla. Como la diferencia entre fabricar una flecha y soltarla.

—¿Y tienes fuerza para soltarla?

—Voy a averiguarlo.

Afuera, Lilit se había vuelto a quedar dormida apoyada contra la roca de la entrada, con la manta hasta la barbilla y el pelo lleno de polvo del desierto. Dumuzi estaba de pie junto a las brasas casi extintas, mirando el horizonte con la expresión de quien lleva toda la noche sin dormir y ha llegado a ese estado de cansancio en el que el sueño ya no parece importante comparado con saber cómo termina lo que está viendo. Malik el curtidor dormía sentado con la espalda contra la roca, la barbilla sobre el pecho, el canto abandonado hace horas aunque sus dedos todavía marcaban el compás sobre la rodilla con el automatismo de lo que se ha repetido demasiadas veces para detenerse solo.

Cuando Enheduanna se puso de pie en la entrada de la cueva, Dumuzi fue el primero en notarlo.

—¿Ya terminó?

—Todavía no —respondió Ur-Namma, que salía detrás de ella—. Necesitamos el canto de nuevo. Despierta a los que puedas.

—¿Todos?

—Los que quieran. No los fuerces.

Dumuzi despertó a Malik con una sacudida en el hombro, y Malik abrió los ojos con la expresión de quien no estaba tan dormido como parecía.

—¿Seguimos? —preguntó.

—Seguimos.

Ninbanda despertó a Lilit, que protestó brevemente y después vio a Enheduanna de pie frente a la entrada de la cueva mirando el horizonte, y la protesta se apagó sola.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó la niña, en voz baja, como si hablar alto pudiera interrumpir algo.

—Terminar lo que empezó —respondió su madre.

Enheduanna se había detenido exactamente en el umbral, con los pies en la línea donde el suelo de la cueva cedía paso a la roca del desierto, y miraba hacia el oriente donde el cielo seguía ganando color por minutos. El horizonte tenía ya una franja dorada que no era todavía el sol sino el anuncio del sol, y en algún punto de ese horizonte, aunque no pudiera verlo, estaba Ur, y encima del zigurat de Ur estaba la plataforma que había visto en las visiones de semanas, y la plataforma esperaba el amanecer del solsticio con la misma puntualidad con que el solsticio esperaba al sol.

—El canto —dijo, sin volverse.

El canto empezó de nuevo, más delgado que en las horas anteriores porque las voces eran menos y las que quedaban llevaban toda la noche en uso, pero suficiente. Suficiente era lo que tenían, y suficiente tendría que bastar.

Enheduanna respiró hondo una vez, dos veces, tres, buscando el ritmo del canal que había abierto durante la noche y que seguía ahí, vibrando con esa frecuencia específica que había aprendido a reconocer como la suya propia

aunque no lo fuera del todo. Lo encontró. Y después hizo lo que no había hecho en ningún momento de aquella larga noche: abrió la boca y elevó la voz.

No fue un susurro. No fue la voz medida de las ceremonias del templo. Fue algo que empezó donde terminaba su propio rango vocal habitual y siguió hacia arriba, hacia una intensidad que su garganta no estaba entrenada para sostener de esa manera, y el primer verso del poema que había compuesto en la oscuridad de la cueva salió al aire del amanecer del solsticio con una claridad que hizo que Dumuzi diera un paso involuntario hacia atrás y que los asnos, atados todavía a distancia, levantaran las cabezas al mismo tiempo.

—Madre de Inanna —murmuró Ninbanda, casi sin voz.

El segundo verso fue más intenso que el primero. El tercero fue más intenso que el segundo. Enheduanna sentía el canal abrirse un poco más con cada verso proyectado, como si la presión sonora de las palabras empujara desde dentro hacia afuera ensanchando el paso, y ese ensanchamiento tenía un precio que se cobraba directamente en el cuerpo: la hemorragia nasal que había cedido mientras comía el pan retomó con renovada intensidad, y a ella se sumó un sangrado nuevo en el lagrimal izquierdo que Ninbanda vio pero no interrumpió porque Ur-Namma estaba a su lado y no se había movido.

El cuarto verso la dobló hacia adelante un instante, no por el dolor sino por la sacudida de algo que pasó por el canal en dirección contraria, de afuera hacia adentro, como si lo que estaba enviando hubiera encontrado algo al otro extremo y ese algo hubiera acusado el contacto. Recuperó la postura antes de que nadie pudiera reaccionar y siguió con el quinto verso sin detenerse, porque detenerse ahora equivalía a soltar el hilo justo cuando el hilo empezaba a tensar.

—Se tambaleó —dijo Dumuzi, en voz baja.

—Lo vi —respondió Ur-Namma.

—¿Intervenimos?

—No.

—Ur-Namma, si cae...

—Si cae la recogemos. Mientras no caiga, no intervenimos.

Dumuzi miró al anciano con una expresión donde el desacuerdo y la confianza estaban mezclados en proporciones que no habría sabido separar, y siguió cantando.

El sexto verso produjo el primero de los temblores. Empezó en las manos, se extendió por los brazos, y durante los cinco o seis segundos que duró, Enheduanna siguió recitando sin pausas porque interrumpir el verso a la mitad era perder la estructura que lo hacía transitable por el canal, y perder esa estructura era perder el verso entero, y perder el verso entero en ese punto del poema era comprometer lo que venía después. Así que siguió, con las manos temblando y la voz firme, lo cual era una combinación que quienes

la presenciaban desde afuera recordarían durante mucho tiempo sin saber exactamente cómo describirla.

Lilit se había pegado al costado de su madre con los ojos muy abiertos y la manta apretada entre los puños.

—¿Le duele? —preguntó.

—Sí —respondió Ninbanda, sin adornos.

—¿Mucho?

—Sí.

—¿Y por qué no para?

—Porque hay algo que solo ella puede hacer ahora mismo, en este lugar, y si para lo pierde y no vuelve a tener la oportunidad. —Ninbanda la miró—. Como cuando tú te caíste del asno el año pasado y te rompiste el dedo y yo tuve que ponértelo en su sitio y tú no podías parar de llorar pero tampoco parabas de dejarme hacerlo porque sabías que era necesario. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo. Fue horrible.

—Esto también es horrible. Y también es necesario.

Lilit procesó la comparación con la seriedad que merecía y no hizo más preguntas, aunque siguió mirando con los ojos muy abiertos.

El séptimo verso fue el más largo del poema, el que en la oscuridad de la cueva había llegado más despacio que todos los demás y que ahora, proyectado al exterior con la voz entera, revelaba una complejidad rítmica que durante la composición no había sido completamente visible. Enheduanna tardó más en este verso que en ninguno de los anteriores, y el costo de esa duración se sumó a los anteriores con la lógica implacable de las cosas que se acumulan: el temblor regresó, más pronunciado, y esta vez incluyó las piernas. Tuvo que plantar los pies en la roca con una firmeza deliberada para no perder el equilibrio, y ese esfuerzo adicional de mantenerse en pie mientras el resto del cuerpo protestaba fue el momento en que comprendió, con una claridad que no necesitaba del canal para existir, que le quedaban fuerzas para terminar el poema o para hacer otra cosa, pero no para ambas.

Eligió terminar el poema.

El octavo verso salió con una intensidad que no había podido anticipar, como si todo el esfuerzo reprimido de los versos anteriores hubiera encontrado por fin el volumen que le correspondía. Afuera, Malik el curtidor dejó de marcar el compás y se quedó simplemente escuchando, con la boca entreabierta y la expresión de quien presencia algo que no tiene categoría mental donde colocar. El perro de la tribu, que había permanecido quieto durante horas, se sentó sobre sus patas traseras y levantó el morro hacia el cielo con un gesto que en cualquier otro contexto habría parecido absurdo.

El noveno verso fue el de los lamentos, el que durante la composición la había hecho llorar, y al proyectarlo en voz alta las lágrimas regresaron mezcladas

con la sangre del lagrimal de maneras que en la cara de cualquier otra persona habrían resultado aterradoras y que en la de Enheduanna en ese momento resultaban simplemente coherentes con todo lo que llevaba horas ocurriendo.

—Está llorando —dijo Lilit.

—Ya lo sé —respondió Ninbanda.

—¿El himno es triste?

—Parte de él sí.

—¿La parte de cuando estaba sola en el desierto?

—Esa parte, sí.

El décimo verso fue el último. Enheduanna lo supo en cuanto empezó a formarlo, no porque el poema le hubiera dicho que era el último durante la composición sino porque sentía el canal al otro extremo de una manera que no había sentido en ningún momento anterior de aquella noche: como una presencia que había estado recibiendo cada verso y que ahora esperaba el cierre con una atención que ella notaba físicamente en algún lugar entre la nuca y la base del cráneo.

Lo proyectó entero, sin pausas, con toda la voz que le quedaba, que era menos de la que había tenido al primer verso pero suficiente para que la última sílaba llegara donde tenía que llegar con la misma claridad que las primeras.

Y cuando la última sílaba se cerró sobre sí misma, Enheduanna cayó.

No fue una caída dramática. Fue la caída de quien ha terminado de hacer lo que tenía que hacer y simplemente deja de sostenerse, porque ya no hay razón para el esfuerzo de estar en pie. Ur-Namma la recogió antes de que llegara al suelo con una rapidez que no correspondía a sus años, o que tal vez sí correspondía pero de una manera que nadie había tenido ocasión de comprobar antes porque nadie había necesitado que el anciano recogiera a nadie con esa urgencia.

La llevaron al interior de la cueva entre Ur-Namma y Ninbanda, la acostaron sobre las mantas que alguien había extendido en el fondo mientras todo lo demás ocurría, y Ninbanda empezó a limpiarle la cara de nuevo con el lienzo que ya estaba completamente manchado y que siguió usando de todas formas porque era lo que había.

—¿Respira bien? —preguntó Dumuzi desde el umbral.

—Respira —respondió Ninbanda.

—¿Y....?

—Respira, Dumuzi. Por ahora eso es suficiente.

Afuera, sobre el horizonte oriental, el sol del solsticio de verano comenzó a asomar con la puntualidad exacta que Enheduanna habría podido predecir semanas antes con la diadema puesta y que ahora, tendida en el fondo de

una cueva sin nombre en el desierto al oriente de Ur, solo podía esperar que hubiera llegado a tiempo.

Nadie sabía todavía si lo había hecho.

CAPÍTULO 14

El descenso de Inanna

Ur y desierto al oriente — amanecer del solsticio de verano

Lugalanne había subido a la terraza del zigurat antes del amanecer, solo, con la diadema de Enheduanna colgada al cuello como un trofeo que también era un instrumento, aunque no habría sabido explicar en qué sentido exacto lo era sin recurrir a palabras que la voz le había enseñado y que no pertenecían a ninguna lengua que hubiera aprendido de niño. Sus hombres ocupaban los niveles inferiores del zigurat con la disciplina de quienes han esperado mucho tiempo algo grande y no quieren estropearlo en el último momento. Adad-shuma estaba abajo, en el patio principal, con la expresión de quien empieza a preguntarse si el precio de lo que ha contribuido a construir no era exactamente lo que creyó que sería cuando lo acordó en un pasillo con una mirada sin palabras.

La plataforma que los escribas y albañiles habían tardado semanas en terminar era más grande vista desde arriba que desde el patio, y más extraña. Lugalanne había seguido las instrucciones de la voz con la misma precisión con que seguía los planos de un campamento militar, sin entender del todo qué función cumplía cada elemento pero confiando en que la función existía. Ahora, de pie en el centro de esa plataforma con el horizonte oriental empezando a clarear, entendía al menos una cosa que durante la construcción no había comprendido: la orientación no era caprichosa. La plataforma señalaba exactamente hacia el punto del horizonte donde el sol del solsticio saldría en cuestión de minutos.

—Ahora —dijo la voz, más clara que nunca, sin matices, sin rodeos.

Lugalanne colocó la diadema en el receptor central de la plataforma, el único elemento cuya forma reconocía porque correspondía exactamente al contorno de la diadema como si hubiera sido diseñado para ella, o como si la diadema hubiera sido diseñada para él. La plataforma respondió con una vibración que subió por las suelas de sus sandalias hasta la columna vertebral, y en el instante exacto en que el primer borde del sol tocó el horizonte oriental, algo en la plataforma se activó con un sonido que no era exactamente un sonido sino más bien la ausencia repentina de todos los demás sonidos.

Abajo, en el patio principal, Adad-shuma sintió el cambio en el aire antes de verlo. No era viento. Era algo más parecido a la presión que se siente antes de una tormenta grande, pero sin nubes y sin humedad, solo esa densidad específica del aire que los animales reconocen antes que los hombres y que hace que los caballos se inquieten y los perros se queden quietos.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de los oficiales a su lado.

Adad-shuma no respondió porque no tenía respuesta.

En la sala de copiado, Ur-kabta estaba despierto desde antes del amanecer, como llevaba estándolo desde el golpe, y cuando la vibración llegó hasta las paredes de la sala lo primero que hizo fue mirar las tablillas en los estantes por reflejo profesional, comprobando que ninguna hubiera caído. No habían caído. La vibración no era de ese tipo. Era más interna que física, algo que los huesos registraban antes que los oídos, y Shulgi-atal, que estaba sentado frente a él con el estilete todavía en la mano, levantó la vista con una expresión que el escriba mayor no le había visto antes.

—¿Lo sentiste?

—Lo sentí —respondió Ur-kabta.

—¿Qué fue?

—No lo sé. Pero viene de arriba.

Los dos miraron hacia el techo de la sala como si pudieran ver a través de él los varios niveles del zigurat que los separaban de la terraza, y después se miraron entre sí con la incomodidad específica de quienes comprenden que algo ha empezado y que desde donde están no pueden hacer nada más que esperar a ver qué termina siendo.

Lu-Nanna lo vio desde el patio interior del Giparu, donde había pasado la noche sin dormir en compañía de Dumuzi-gamil, que tejía a la luz de una lámpara con esa serenidad que el anciano sacerdote conservaba como si fuera una reserva que los años en lugar de agotar hubieran ido acumulando. La vibración llegó primero. Después llegó la luz.

No era la luz del sol, que todavía no había terminado de asomarse sobre el horizonte. Era otra luz, que venía de arriba y de más arriba que la terraza del zigurat, una luz que al principio Lu-Nanna confundió con el reflejo del amanecer en alguna superficie metálica de la plataforma hasta que comprendió, con la lentitud con que se comprenden las cosas que no deberían ser posibles, que esa luz se movía.

—Dumuzi-gamil —dijo, con la voz que produce el miedo cuando todavía no ha terminado de decidir si lo que ve es peligroso.

El anciano levantó los ojos del tejido.

—Lo veo —dijo, antes de que Lu-Nanna dijera nada más.

—¿Qué es?

—No lo sé. —Una pausa durante la cual el tejido quedó inmóvil entre sus manos por primera vez en semanas—. Y en sesenta años de oficio, eso sigue siendo lo que más me inquieta de algo.

La luz que se movía venía de una altura que ningún punto de Ur alcanzaba, de un lugar que estaba sobre las nubes aunque no hubiera nubes esa mañana, y descendía con una regularidad que excluía el viento y excluía las aves y excluía todo lo que Lu-Nanna había visto descender del cielo en sus treinta y dos años de vida. Descendía como descienden las cosas que tienen un

destino preciso y que no necesitan ajustar la trayectoria porque ya la calcularon desde el principio.

—Inanna —dijo Lu-Nanna, en un susurro que no era exactamente una afirmación sino algo a medio camino entre la afirmación y la pregunta.

—O algo que lleva su nombre —respondió Dumuzi-gamil, con la precisión de quien ha aprendido que las palabras exactas importan, sobre todo cuando lo que se está describiendo no encaja perfectamente en ninguna categoría que las palabras existentes puedan cubrir del todo.

En la terraza, Lugalanne veía la misma luz desde arriba, o desde más cerca, y lo que veía le produjo algo que no había sentido desde mucho antes de que la voz empezara a hablarle: miedo. No el miedo calculado del campo de batalla, que es un miedo que se puede gestionar porque tiene forma y velocidad y dirección conocidas. Era el miedo anterior al cálculo, el miedo de quien comprende de repente que lo que ha invocado no era exactamente lo que imaginaba cuando lo invocaba, aunque tampoco pudiera decir con precisión en qué se diferenciaba de sus expectativas.

—¿Qué es eso? —preguntó en voz alta, aunque no había nadie en la terraza para responderle.

La voz, que había estado con él en cada momento difícil de los últimos meses, no respondió. Y esa ausencia, en ese instante exacto, fue más aterradora que cualquier cosa que la voz hubiera dicho jamás.

Lo que descendía del cielo era enorme. No enorme como un edificio o como una formación montañosa, que son enormidades que los ojos humanos saben medir porque tienen puntos de referencia para hacerlo, sino enorme de una manera que el ojo rechazaba al principio y aceptaba solo cuando ya no quedaba otra opción. Tenía líneas. Líneas demasiado rectas para ser nubes, demasiado regulares para ser roca, demasiado simétricas para ser cualquier cosa que la naturaleza del mundo conocido produjera por su cuenta. Y tenía una superficie que reflejaba el sol naciente de maneras que ningún metal que Lugalanne conociera reflejaba la luz, con una uniformidad que era casi ofensiva en su perfección.

Sobre el recinto del templo, la ciudad entera de Ur despertó en el mismo instante.

No porque alguien diera la alarma. No porque los soldados de la guardia oriental llamaran a las puertas. Sino porque lo que estaba descendiendo sobre el zigurat era visible desde cualquier punto de Ur que tuviera línea de visión hacia el cielo, y en una ciudad plana construida sobre la llanura del Éufrates, eso era prácticamente cualquier punto.

La gente salió a las calles y a los tejados con la velocidad de quien responde a algo que no puede ignorarse aunque no entienda qué es, y lo que vio desde las calles y desde los tejados fue suficiente para que nadie en Ur dijera nada durante un tiempo que ninguno de los presentes habría podido medir después con ninguna exactitud. No era silencio de miedo, aunque el miedo estaba. Era

el silencio específico de quien está procesando algo que excede temporalmente la capacidad del lenguaje para nombrarlo.

Fue un niño, en una de las calles más cercanas al recinto del templo, quien habló primero.

—Mamá —dijo—. ¿Eso es Inanna?

Su madre, que llevaba al niño de la mano y miraba hacia arriba con los ojos tan abiertos que no le quedaba ninguna expresión facial disponible para el miedo o la devoción o cualquier otra cosa, tardó en responder.

—Sí —dijo finalmente—. Creo que sí.

Pero en el tono de esa afirmación, cualquier oyente atento habría detectado algo que no encajaba del todo con la certeza que las palabras pretendían transmitir. Era la misma afirmación de siempre, con el mismo nombre de siempre, pero dicha de una manera que revelaba, sin que quien la decía lo supiera del todo, que el nombre no terminaba de caber alrededor de lo que estaba viendo.

Sobre la terraza del zigurat, la plataforma que Lugalanne había activado emitió algo que no era luz sino su opuesto funcional, un pulso que apagó las antorchas del nivel superior del zigurat y que produjo en los hombres apostados en los niveles inferiores una sensación en los dientes que ninguno de ellos supo describir después salvo como "el sonido que hace el silencio cuando tiene demasiado peso". La diadema de Enheduanna, colocada en el receptor central, vibró con una intensidad que habría destruido cualquier objeto de fabricación humana, y no se destruyó, lo cual fue la primera de muchas cosas aquella mañana que no debería haber sido posible y que fue de todas formas.

Y entonces lo que descendía del cielo llegó a una altura sobre el zigurat que ya no era abstracta sino inmediata, y Lugalanne, de pie en la terraza con el viento que generaba su aproximación azotándole la ropa y el cabello, lo vio de cerca por primera vez y comprendió, con una certeza que no necesitó ninguna voz para confirmársela, que lo que había invitado a descender sobre Ur no era exactamente lo que le habían prometido que sería.

No era un dios. O si lo era, era un dios de una clase que ninguno de los textos sagrados de Mesopotamia describía con suficiente precisión para haberlo reconocido de antemano.

—Atrás —gritó a sus hombres, desde la terraza hacia los niveles inferiores—. ¡Todos atrás!

Pero sus hombres ya estaban retrocediendo, porque lo que descendía sobre ellos no pedía permiso y no esperaba órdenes y no tenía ningún interés aparente en si los hombres que estaban debajo de él se apartaban o se quedaban adonde estaban, aunque el resultado para los que se quedaban, como todos en el zigurat comprendieron en el mismo instante, iba a ser sustancialmente peor que para los que se apartaban.

En el desierto, a muchas leguas al oriente, Ur-Namma había salido de la cueva cuando el cielo empezó a cambiar de una manera que sus décadas de vida bajo ese cielo no le habían preparado para describir. Se quedó de pie junto a la roca de la entrada, mirando hacia el occidente donde Ur estaba, y aunque la distancia era demasiada para ver nada concreto, había algo en el horizonte esa mañana que no correspondía al horizonte habitual del solsticio, una luminosidad que no era el sol y que se movía.

Dumuzi se puso a su lado sin decir nada, y los dos miraron juntos durante un rato antes de que Dumuzi hablara.

—¿Eso es lo que ella estaba intentando alcanzar?

—No lo sé —dijo Ur-Namma.

—¿Entonces por qué sonríes?

El anciano consideró la pregunta.

—Porque cualquier cosa que sea —respondió—, está ahí. Y estuvo en algún lugar distinto antes de que ella cantara esta noche.

Dumuzi miró el horizonte un momento más y asintió, sin acabar de entender pero aceptando que no entender era, en ese momento, una posición perfectamente razonable para ocupar.

Dentro de la cueva, Ninbanda seguía junto a Enheduanna, que no había recuperado todavía el conocimiento pleno, y cuando la luminosidad del horizonte occidental llegó a ser suficiente para notarse incluso desde el interior de la cueva, Ninbanda la vio y no dijo nada, porque tenía las manos ocupadas y la atención puesta en la mujer tendida frente a ella, y porque había decidido, en algún momento de aquella noche larga, que lo que ocurriera en el resto del mundo podía esperar hasta que supiera que Enheduanna respiraba de manera regular.

Respiraba de manera regular.

Por ahora, eso era suficiente.

CAPÍTULO 15

La batalla de Ur

Ur, recinto del templo de Nanna y calles de la ciudad — amanecer del solsticio de verano

Lo que descendió sobre el zigurat no lo hizo con la lentitud de las cosas que dudan. Lo hizo con la precisión de las cosas que ya saben exactamente lo que van a hacer y solo están cumpliendo el último trámite de hacerlo. En el instante en que la sombra que proyectaba cubrió la terraza entera y los tres niveles superiores del zigurat, los hombres de Lugalanne apostados en esos niveles abandonaron sus posiciones sin esperar orden alguna, porque había algo en la proximidad de aquella cosa que hacía que el instinto de conservación superara sin esfuerzo cualquier juramento de lealtad a cualquier comandante.

Lugalanne fue el único que no retrocedió en ese primer instante. Se quedó en el centro de la terraza con los pies plantados y los ojos fijos en lo que tenía encima, y en su rostro había una mezcla de fascinación y terror que ningún hombre de su entorno habría reconocido en él si hubiera quedado alguien cerca para verlo.

—¿Qué eres? —dijo, en voz alta, al aire.

No hubo respuesta. La voz, que lo había acompañado durante meses con la regularidad de su propia respiración, había enmudecido por completo desde que la plataforma se activó, y esa ausencia era la única cosa de toda aquella mañana que Lugalanne no podía procesar sin que algo en su interior empezara a deshacerse.

Lo que vino después no fue lo que él había esperado.

Había esperado poder, de una clase o de otra. Había esperado que lo que descendía sobre Ur lo coronara de alguna manera, lo reconociera, lo situara por encima de Sargón y de cualquier otro rey del mundo conocido con la autoridad de algo que venía del cielo y que el cielo no le da a cualquiera. En cambio, lo que descendió sobre el zigurat del templo de Nanna en el amanecer del solsticio de verano no miró a Lugalanne en ningún sentido que él pudiera registrar. No lo reconoció. No lo coronó. Pasó sobre él y sobre su plataforma y sobre su diadema robada con la misma indiferencia con que un hombre de campo pasa sobre una hormiga, no con crueldad sino con una diferencia de escala que hace que la crueldad no sea siquiera una categoría relevante.

Lo primero que hizo fue con la plataforma.

Un pulso que no era luz pero que se comportaba como luz barrió la terraza de extremo a extremo y la plataforma que los escribas de Lugalanne habían tardado semanas en construir se desactivó con la misma ausencia de drama con que se apaga una lámpara cuando se acaba el aceite. La diadema de Enheduanna salió del receptor central y cayó al suelo de la terraza con un sonido metálico que en cualquier otra circunstancia habría parecido intrascendente y que en ese momento sonó, para el único oído que quedaba en esa terraza para escucharlo, como el cierre de algo que no iba a volver a abrirse.

Lugalanne se agachó a recogerla. No supo por qué lo hizo. No había nada que pudiera hacer con ella en ese momento que cambiara lo que estaba ocurriendo, y lo sabía. Pero la recogió de todas formas, con las dos manos, y la sostuvo contra el pecho mientras lo que había descendido del cielo comenzaba a hacer lo segundo que había venido a hacer.

Los pulsos que emitió sobre los niveles inferiores del zigurat y sobre el patio principal del recinto llegaron en secuencia rápida, uno detrás de otro, con intervalos tan regulares que Lu-Nanna, que los presenciaba desde el patio interior del Giparu con la mano apoyada en el muro por puro instinto de apoyo, los contó sin proponérselo: seis. Fueron exactamente seis pulsos, y

cada uno de ellos produjo en los hombres armados de la guardia oriental un efecto que ninguno de los presentes habría podido anticipar.

No los mató. No los hirió de ninguna manera visible. Lo que hizo fue más específico y más desconcertante que cualquiera de esas dos opciones: los dejó paralizados. No con el terror, que también estaba, sino con algo anterior al terror, algo que intervenía directamente en la cadena entre la voluntad y el músculo y que durante un tiempo que ninguno de los afectados supo medir con precisión los dejó completamente incapaces de moverse aunque pudieran pensar y ver y oír con absoluta claridad todo lo que ocurría a su alrededor.

Adad-shuma fue uno de los primeros en entender lo que estaba ocurriendo, porque estaba en el patio principal cuando llegaron los pulsos y porque, al contrario de los soldados de Lugalanne, no llevaba ninguno de los objetos metálicos que Lugalanne había distribuido entre sus hombres de mayor confianza en los días previos al solsticio, objetos que la voz le había dicho que los protegerían durante el rito y que en ese momento resultaron ser exactamente lo contrario de una protección. Los hombres que los llevaban eran los que caían. Los que no los llevaban, como Adad-shuma, se quedaron de pie, confusos y completamente indemnes, mirando a su alrededor con la expresión de quien sobrevive algo sin entender por qué él y no otros.

—¿Qué está pasando? —preguntó Adad-shuma a nadie en particular, porque no había nadie en particular a quien preguntarle.

Desde la puerta del recinto, que en ese momento comenzó a abrirse desde afuera, llegó una respuesta que no era exactamente lo que había preguntado pero que resultó ser la única que importaba.

—Lo que debería haber pasado hace semanas —dijo Itti-Bel, entrando al frente de dos centurias de hombres con la expresión de quien ha estado esperando el momento adecuado con una paciencia que le ha costado más de lo que está dispuesto a reconocer en voz alta.

Detrás de él, con sus propias tropas en formación, venía Puzur-Sin, que por primera vez en toda aquella historia se había puesto definitivamente del lado correcto, aunque el momento exacto en que había tomado esa decisión era algo sobre lo que prefería no insistir demasiado en las conversaciones que vendrían después.

—¿Sargón? —preguntó Adad-shuma.

—En el exterior, dirigiendo el resto de las fuerzas. Quería entrar él primero y tuve que convencerlo de que su vida valía más que su orgullo. —Itti-Bel recorrió el patio con la vista, evaluando la situación con la rapidez de quien lleva décadas haciéndolo—. ¿Lugalanne?

—Arriba —respondió Adad-shuma, señalando hacia la terraza con un gesto que no sabía cómo calificar—. Aunque no sé en qué condiciones.

—Ve a buscar a los sacerdotes y a los escribas. Que ninguno salga del recinto todavía. —Itti-Bel ya se movía hacia la escalera del zigurat mientras hablaba

—. Y Adad-shuma. Cuando todo esto termine, vamos a tener una conversación muy larga sobre exactamente cuánto sabías y desde cuándo lo sabías.

Adad-shuma no respondió. Se limitó a seguir a los soldados con la expresión de quien ha calculado que la conversación larga, por incómoda que vaya a ser, es preferible a las alternativas que ha visto esta mañana.

Ur-kabta oyó los pulsos desde la sala de copiado y salió al corredor con Shulgi-atal detrás, y lo primero que vieron al asomarse al patio fue a los soldados de Lugalanne inmóviles en sus posiciones, de pie o arrodillados o con la lanza a medio levantar según como los había sorprendido el último pulso, con los ojos completamente abiertos y la expresión de quien está perfectamente consciente de que no puede moverse y no termina de decidir si eso es más aterrador que no estarlo.

—Son los objetos de metal que les entregaron —dijo Shulgi-atal, con una rapidez de análisis que sorprendió al propio Ur-kabta—. Los que llevan esos objetos son los que están paralizados.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque fui yo quien copió las instrucciones para fabricarlos. Y porque los que no los llevan, como el administrador Adad-shuma, siguen en pie.

Ur-kabta miró a su joven colega con algo que en otras circunstancias habría sido orgullo pedagógico y que en esas circunstancias era simplemente alivio de que alguien hubiera estado prestando más atención de lo que parecía.

—¿Y nosotros tenemos alguno?

—Ninguno. Nunca nos los dieron.

—Bien.

En la terraza, Itti-Bel encontró a Lugalanne de pie en el centro de la plataforma desactivada, con la diadema de Enheduanna contra el pecho y los ojos mirando hacia el cielo donde lo que había descendido seguía presente aunque ya no descendía, simplemente estaba, sobre el zigurat, con esa inmovilidad de las cosas enormes que no necesitan moverse para resultar absolutamente definitivas.

—Lugalanne —dijo Itti-Bel.

El general se volvió despacio. No con los movimientos de un hombre que considera la resistencia, sino con los de alguien que ha llegado al final de un camino largo y que ya no tiene energía para pretender que el camino podría haber continuado.

—Itti-Bel.

—El rey quiere que te rindas.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces lo que sea que está ahí arriba decidirá por ti, y en mi experiencia, cuando algo decide por ti en lugar de dejarte decidir, el resultado es menos favorable para la persona que no decidió.

Lugalanne miró hacia arriba, donde la presencia seguía estática sobre el zigurat con esa paciencia que no se parecía a ninguna paciencia humana sino a la de las cosas que no conocen la urgencia porque no tienen límite de tiempo.

—¿Cuándo llegó? —preguntó, con una voz que por primera vez en meses no tenía ninguna certeza detrás.

—Al amanecer. Exactamente cuando tú activaste la plataforma.

—¿Y Sargón lo interpretará como que sus dioses intervinieron por él?

—Sargón interpretará lo que quiera interpretar, como siempre. Eso no cambia lo que tienes que hacer ahora mismo.

Lugalanne bajó la vista de la presencia hacia la diadema que sostenía en las manos. En ese momento la piedra negra que había llevado en el cinturón desde las colinas del oriente comenzó a calentarse con una intensidad que superó cualquier calor que hubiera producido antes, y Lugalanne soltó un sonido involuntario y dio un paso atrás mientras la piedra, que durante meses había sido la única prueba física de que la voz no era un delirio suyo, empezaba a resquebrajarse desde dentro con un crujido que los huesos registraban antes que los oídos.

—¿Qué es eso? —preguntó Itti-Bel, retrocediendo un paso.

—No lo sé —respondió Lugalanne, con una honestidad que era también la primera de los últimos meses—. Nunca lo supe del todo.

La piedra se abrió en dos mitades que cayeron al suelo de la terraza y se deshicieron en polvo antes de llegar, un polvo oscuro que el viento del amanecer dispersó sobre los bordes del zigurat hacia la ciudad de abajo sin que nadie pudiera recogerlo ni estudiarlo ni decir después, con ninguna certeza, qué había sido exactamente. Lugalanne cayó de rodillas al mismo tiempo que la piedra se deshacía, no por el impacto de ningún golpe físico sino con la lentitud de quien pierde de golpe el único sostén que ha tenido durante demasiado tiempo como para recordar cómo sostenerse sin él.

Itti-Bel se acercó y le puso una mano en el hombro con la misma firmeza con que habría sujetado a cualquier hombre que viera a punto de caer, sin distinción de si ese hombre era un aliado o un enemigo, porque algunas cosas se hacen por instinto y el instinto de Itti-Bel no había aprendido todavía a diferenciar entre ambas categorías cuando alguien estaba de rodillas delante de él.

—Vamos —dijo.

Lugalanne se dejó levantar. Y la diadema de Enheduanna, que había quedado en el suelo cuando él cayó, permaneció en la terraza del zigurat mientras los dos hombres bajaban por la escalera, brillando bajo el sol del solsticio de la misma manera extraña e inconfundible con que siempre había brillado, esperando a quien viniera a recogerla.

En las calles de Ur, la ciudad que había despertado mirando al cielo comenzaba a recuperar algo parecido a su ritmo habitual, aunque con la

lentitud de quien ha visto algo que todavía está procesando y que sospecha que tardará tiempo en terminar de hacerlo. En los mercados nadie pregonaba todavía los precios de la cebada. En los muelles los pescadores descargaban en silencio. En las esquinas los vecinos se miraban con esa expresión compartida de quienes han presenciado lo mismo sin haber estado en el mismo lugar.

Un anciano que vendía cerámica en el mercado del templo, y que llevaba cuarenta años levantando su puesto cada mañana antes del amanecer, se acercó a un guardia de la ciudad que pasaba cerca y le preguntó lo que estaban preguntando en ese momento en cada esquina de Ur.

—¿Fue Inanna?

El guardia lo miró un momento antes de responder.

—Eso es lo que dicen.

—¿Y tú qué crees?

El guardia tardó más de lo habitual en encontrar las palabras.

—Creo que fue algo —dijo finalmente—. Exactamente qué, lo sabremos cuando alguien que entienda estas cosas nos lo explique.

El anciano asintió como si eso fuera una respuesta satisfactoria, aunque en el fondo ambos sabían que no lo era del todo, y siguió acomodando su cerámica en el puesto con el gesto metódico de quien decide que mientras las manos tengan algo que hacer, la cabeza puede seguir procesando lo que los ojos han visto.

EPÍLOGO

El legado tallado en arcilla

Ur, santuario del Giparu — semanas después del solsticio

La llevaron de vuelta a Ur tres días después del solsticio, cuando los médicos imperiales que Sargón había enviado al desierto en cuanto tuvo tropas disponibles para ello la declararon en condiciones de resistir el traslado, lo cual era una manera elegante de decir que ya no era probable que muriera durante el camino, aunque todo lo demás seguía siendo incierto. Ur-Namma los recibió en el campamento con la misma calma con que recibía todo, firmó los documentos que le pusieron delante con la precisión de quien ha aprendido que los escribas de las ciudades necesitan su papel aunque el mundo pueda seguir sin él, y le dijo a Enheduanna, que estaba lo suficientemente consciente para entenderlo aunque no lo suficientemente fuerte para responder más que con los ojos, que había sido un honor inusual para su tribu.

—Inusual es una palabra amable —respondió Enheduanna, con una voz que todavía sonaba como si viniera de detrás de varios muros.

—Es la palabra exacta. El honor no disminuye por ser inusual. A veces aumenta.

Ninbanda, que estaba junto a ella con el lienzo de siempre, le apretó la mano sin decir nada, que era su manera de decir todo lo que no iba a decir en voz alta porque había gente con uniformes imperiales mirando y ella no era de las que explicaban sus afectos a los desconocidos. Lilit, que a los ojos de los médicos imperiales no tenía ningún motivo para estar tan cerca de una paciente en estado crítico, estaba de todas formas tan cerca como pudo hasta que uno de los soldados la apartó con delicadeza y ella se lo permitió porque Enheduanna le había guiñado un ojo antes de que lo hiciera, lo cual era suficiente despedida para nueve años bien vividos.

El regreso al Giparu fue el regreso de alguien que vuelve a un lugar que reconoce pero que ha cambiado, o que ella ha cambiado, y que el encuentro entre ambas versiones, la del lugar y la de quien regresa, produce una incomodidad silenciosa que nadie menciona porque nombrarlo lo haría más difícil de gestionar. Amat-Mamu la esperaba en la entrada del Giparu con una expresión que llevaba semanas preparando para que no delatara demasiado de las semanas que había pasado sin saber si Enheduanna seguía viva, y que de todas formas delataba todo en cuanto la vio.

—Pareces diferente —dijo Amat-Mamu.

—Lo soy.

—¿En qué?

—Todavía no lo sé del todo. Pero lo estoy descubriendo.

Los médicos imperiales pasaron los primeros días haciendo lo que hacen los médicos cuando no saben exactamente qué ha ocurrido pero necesitan parecer útiles: revisando, midiendo, preguntando sobre síntomas y registrando las respuestas en tablillas con una seriedad que Enheduanna encontraba a partes iguales reconfortante e inútil. Encontraron, como era de esperar, que el sangrado había cedido y que las funciones básicas se iban recuperando con la lentitud normal de los cuerpos que han sido exigidos hasta el límite. Lo que no encontraron, porque no tenían ninguna categoría mental donde colocarlo, era lo que Enheduanna sentía desde el momento en que había recuperado suficiente conciencia para prestarle atención: que el canal que había forzado abierto aquella noche en la cueva no había vuelto a cerrarse.

No con la amplitud de la diadema. No con la claridad de los años en que el don funcionaba sin interferencia. Pero estaba ahí, persistente y silencioso como un río subterráneo que no necesita superficie para seguir corriendo, y lo que fluía a través de él no eran ya solo imágenes o datos sino algo más parecido a una presencia, discreta e incuestionable, que Enheduanna empezó a reconocer con una familiaridad que no podía explicar porque era más antigua que cualquier cosa que hubiera aprendido en el templo.

Sargón vino a verla al cuarto día, cuando los médicos le dijeron que ya podía recibir visitas. Entró solo, sin escolta, lo cual no era una costumbre suya y que por tanto era una declaración en sí mismo, y se sentó junto a ella con la expresión de un hombre que ha estado ensayando lo que quería decir durante

cuatro días y que en el momento de decirlo descubre que ninguna de las versiones ensayadas sirve del todo.

—La diadema está en el exterior —dijo finalmente—. Mis hombres la recogieron de la terraza del zigurat. Si quieres que te la traigan...

—Sí.

Se la trajeron, y Enheduanna la sostuvo entre las manos durante un momento largo sin ponérsela, estudiándola con la misma atención con que se estudia algo que se ha conocido durante años y que de repente hay razones para ver de otra manera. Después se la colocó en la frente.

Y no pasó nada.

No el nada de cuando estaba rota o ausente, que era un nada ruidoso lleno de dolor y desorientación. Sino un nada tranquilo, casi neutro, que revelaba que la diadema ya no era el origen de nada de lo que Enheduanna podía percibir, sino simplemente un objeto de metal y piedra muy bien fabricado que descansaba sobre su frente sin añadir ni quitar nada a lo que su propia biología ya producía por sí sola.

Sargón la observó con la expresión de quien ha visto cosas extrañas toda su vida y que sin embargo reconoce que lo que está viendo ahora entra en una categoría diferente.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Que ya no la necesito —respondió Enheduanna—. Y que eso debería preocuparte bastante más que todo lo demás que ha ocurrido este mes.

—¿Por qué?

Enheduanna lo miró durante un momento, evaluando cuánto podía decirle y en qué orden, porque la verdad completa era una estructura compleja que necesitaba cimientos antes de poder sostener los niveles superiores.

—Siéntate, padre —dijo—. Esto va a llevar tiempo.

Lu-Nanna fue convocado también, a petición de Enheduanna, junto con el anciano Dumuzi-gamil, que llegó al Giparu con su tejido bajo el brazo como si fuera a una reunión de rutina y que se instaló en el rincón más cómodo de la sala con la parsimonia de quien ha esperado esta conversación desde mucho antes de que nadie la convocara formalmente.

—Lo que voy a contaros —dijo Enheduanna, cuando estuvieron todos presentes— es la verdad de lo que ha ocurrido en Ur durante los últimos meses. Y también la verdad de lo que ha ocurrido en este templo, y en esta diadema, y en mí misma, desde el día en que me la pusieron por primera vez. Os pido que escuchéis hasta el final antes de preguntar, porque si preguntáis demasiado pronto os quedaréis con la parte que más os cuesta entender y perderéis la parte que más importa.

Nadie preguntó antes de que ella terminara.

Lo que Enheduanna les contó no era todo lo que sabía, porque no todo lo que sabía era traducible a términos que su padre, su sacerdote más fiel y su

anciano colega pudieran procesar sin que el esfuerzo de procesarlo les impidiera escuchar el resto. Les contó lo que era esencial: que había fuerzas más allá de las que conocían, fuerzas que no eran dioses en ningún sentido que los textos sagrados de Mesopotamia describieran, pero que habían estado presentes en los asuntos humanos durante más tiempo del que cualquier crónica registraba. Que una de esas fuerzas, la que ella había conocido como el origen de su don, era custodio de algo que los humanos no habían pedido que nadie custodiara pero que de todas formas alguien custodiaba, porque la alternativa era peor de maneras que Lugalanne y su piedra negra habían demostrado esa mañana con toda la claridad necesaria. Y que la fuerza contraria, la que había sembrado en Lugalanne la ambición que ya existía y la había multiplicado hasta convertirla en algo que él solo nunca habría sido, tenía un nombre que Enheduanna pronunció en voz alta por primera vez: KORA-ULA.

Sargón repitió el nombre en voz baja, como si al repetirlo pudiera darle una forma que su mente pudiera manejar.

—¿Y la otra? —preguntó—. ¿La que envió lo que descendió sobre el zigurat?

—ASTOR-KHAN —dijo Enheduanna—. Y lo que descendió no fue enviado esa mañana. Llevaba esperando mucho tiempo la señal correcta para actuar. Yo le di esa señal. Con el poema.

—¿El poema que compusiste en el desierto.

—Sí.

—¿Y ahora? —preguntó Lu-Nanna, con la voz de quien necesita saber si lo que ha pasado ha terminado o si es simplemente un intervalo—. ¿Se ha ido? ¿Lo que descendió?

—Se ha retirado. No es lo mismo que irse. —Enheduanna se tomó un momento antes de continuar—. KORA-ULA reagrupará sus fuerzas. No sé cuándo ni cómo. Puede ser en generaciones, puede ser en siglos. Pero volverá a intentarlo, porque lo que quiere de este mundo no ha cambiado y las fuerzas que lo guían no tienen la paciencia que tenemos nosotros, tienen algo mucho peor: tienen tiempo.

El silencio que siguió fue el silencio de cuatro personas procesando información que no tenía precedente en ninguna de sus experiencias previas, cada una a su ritmo y con sus propios instrumentos mentales.

Fue Dumuzi-gamil quien habló primero, dejando el tejido sobre la rodilla con la misma calma de siempre.

—¿Y qué hacemos con eso?

—Lo que he venido a pedirlos que hagáis —respondió Enheduanna—. Que lo escribáis.

Los escribas del templo trabajaron durante los días siguientes bajo la dirección directa de Enheduanna, que por primera vez en semanas abandonó el lecho de convalecencia durante períodos lo suficientemente largos como para supervisar el trabajo en persona. Lo que dictó no era exactamente el

poema que había compuesto en la cueva del desierto, porque ese poema en su forma original solo tenía sentido como acto de transmisión y perdía parte de su estructura fuera de ese contexto. Lo que dictó era algo más amplio, más elaborado, que contenía el poema original como un núcleo rodeado de capas adicionales de alabanza y lamento y exaltación que lo hacían legible como un himno sagrado a Inanna por cualquier sacerdote de cualquier templo de Mesopotamia, y que contenía, para quien supiera buscarlo, el código de activación completo que había funcionado esa mañana del solsticio.

Ur-kabta supervisó la copia. Shulgi-atal fue el primero en transcribirla en arcilla, con una precisión que su maestro reconoció sin necesidad de comparar con el original.

—¿Entiendes lo que estás copiando? —le preguntó Ur-kabta, la primera mañana.

—Entiendo que es hermoso —respondió Shulgi-atal—. Y entiendo que hay algo más, debajo de lo hermoso, que no entiendo pero que siento que está ahí.

—Eso es suficiente por ahora.

—¿Alguna vez entenderé lo que está debajo?

Ur-kabta lo consideró con la honestidad de quien ya tiene la edad suficiente para no dar respuestas fáciles a preguntas que no las tienen.

—Quizás no tú —dijo—. Quizás alguien que venga después y que sepa leer lo que tú estás escribiendo sin saber del todo que lo estás escribiendo.

Las tablillas se produjeron en número que ningún texto sagrado había alcanzado antes en la historia de Mesopotamia. Se distribuyeron a los centros de enseñanza de Ur, de Uruk, de Nippur y de Lagash. Se enviaron copias a los archivos de templos que Enheduanna no había visitado nunca y que probablemente no visitaría. Se incluyeron en los currículos de formación sacerdotal con el nombre que Enheduanna había elegido para el texto completo, un nombre que describía con exactitud lo que el texto era para quien no supiera lo que era también para otras cosas: La exaltación de Inanna.

Sargón asistió a la última sesión de distribución sin haber pedido estar presente, lo cual significaba que había decidido estar presente, que no era lo mismo. Se quedó de pie junto a la puerta mientras los últimos mensajeros recibían sus tablillas y salían hacia sus destinos respectivos, y cuando la sala quedó vacía se acercó a Enheduanna con la expresión de quien tiene una pregunta que lleva días aplazando.

—¿Creen que alguien lo leerá algún día como tú quieres que lo lean? —preguntó—. ¿Que alguien encontrará lo que está debajo de lo hermoso?

—No lo sé —respondió Enheduanna—. Pero si lo necesitan, estará ahí. Y si no lo necesitan, habrán tenido un himno muy hermoso para los tiempos en que no lo necesitaban, que tampoco es poco.

—¿Y si nunca llega ese tiempo? ¿Si KORA-ULA no regresa en ninguna generación que llegue a leer estas tablillas?

Enheduanna miró la última tablilla que quedaba sobre la mesa, todavía sin reclamar, con los signos de Shulgi-atal ordenados sobre la arcilla con esa precisión que los escribas aprenden a producir y que a veces, muy de vez en cuando, produce también belleza sin proponérselo.

—Entonces habremos sido la civilización que escribió el himno más largo de su historia para un enemigo que no llegó a tiempo para leerlo —dijo—. Y eso, padre mío, me parece una manera bastante digna de haber gastado la arcilla.

Sargón la miró durante un momento con esa expresión que Enheduanna había visto pocas veces en toda su vida, la expresión de un hombre que ha decidido que lo que acaba de escuchar es lo más inteligente que ha oído en mucho tiempo aunque no esté del todo seguro de entenderlo.

—Nunca te he dicho —dijo finalmente, con la voz más baja de lo habitual— que estoy muy orgulloso de ti. No solo por esto. Por todo.

—Lo sé, padre.

—¿Lo sabes de verdad o lo dices para que no me sienta mal por no haberlo dicho antes?

—Las dos cosas —respondió Enheduanna—. Que es lo que pasa casi siempre con las cosas que se saben de verdad.

Sargón asintió, recogió la última tablilla de la mesa, la estudió un momento sin leerla del todo, y la dejó de nuevo donde estaba con el cuidado de quien sabe que lo que sostiene entre las manos es más pesado de lo que pesa.

Enheduanna lo vio salir, y después se quedó sola en la sala con la tablilla y con el canal que seguía abierto en algún lugar entre su nuca y el firmamento, silencioso como siempre excepto cuando necesitaba decirle algo, que hasta entonces había sido pocas veces y siempre en el momento exacto en que hacía falta.

Esperó un momento, por si algo necesitaba decirse.

No hubo nada. Solo el silencio de una sala vacía, una tablilla de arcilla sobre una mesa, y afuera el Éufrates siguiendo su curso con la indiferencia tranquila de quien lleva más tiempo en el mundo que cualquier civilización que haya construido a sus orillas y que seguirá siguiendo su curso cuando todas ellas, más tarde o más temprano, sean polvo y tablillas rotas y el recuerdo de una canción que alguien compuso una noche en el desierto y que nadie, durante miles de años, supo del todo por qué era tan imposible olvidar.